BIBLIOTECA HISPANO-SUR-AMERICANA.

# MISCELANEAS

# LITERARIAS.

TRADUCCIONES

DE

CÁRLOS GUIDO SPANO.

SEVILLA.

EDUARDO PERIÉ, EDITOR.

Direccion y Administracion, GUADIANA, 10. | Imprenta y encuadernacion, CASTELLAR 23.

## LUIS MAC LEAN Y C.ª

CANGALLO, 3.

Lancheros y agentes del vapor inglés *Naparta*.—Carrera de la Colonia y Buenos Aires.—Despachantes de aduana.—Reconquista, 4. —Agentes del Espreso Argentino.

---

## A. E. DE ITURRIAGA Y H.NOS

CASA INTRODUCTORA.

PERÚ, NUS. 58 Y 62.

Grandes surtidos de sederias, encages, espumillas y articulos de moda de las principales fabricas de Europa.—Géneros para iglesia, muebles y carruages, alfombrados de todas clases.—BUENOS AIRES. —Recibe directamente de Europa todos los vapores.

---

## CASA INTRODUCTORA.--FEDERICO LOOC.

BRILLANTES, ALHAJAS Y RELOJES.

BUENOS AIRES.—RIVADAVIA N.º 472.

---

## SASTRERÍA ESPAÑOLA.--CIVIL Y MILITAR.

FLORIDA, 62.

CLARET Y C.IA—BUENOS AIRES.

---

## ARECHAVALA Y HUERGO.

AGENTES MARÍTIMOS.—COMISIONISTAS EN GENERAL.

BUENOS AIRES.

Recoba núms. 68 y 70 y en la Boca del Riachuelo, calle del General Bravo, núm. 6.

---

## JOSÉ M. LAVAGGI.

CASA INTRODUCTORA DE VINOS.

TACUARÍ 50.—BUENOS AIRES.

---

## CAMBIO DE DOMICILIO.

La antigua casa de sastreria de Lépine y Drevon se ha trasladado á la calle de la Florida núm. 70 altos, en donde sus antiguos parroquianos y el público en general encontrarán un variado y elegante surtido de géneros de última novedad y cuanto concierne al ramo de sastreria.

# MISCELÁNEAS
# LITERARIAS.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Castellar 23.

BIBLIOTECA HISPANO-SUR-AMERICANA.

# MISCELANEAS

# LITERARIAS.

TRADUCCIONES

DE

CÁRLOS GUIDO SPANO.

SEVILLA.

EDUARDO PERIÉ, EDITOR.

1874.

# ÍNDICE.


| | Páginas. |
|---|---|
| Prólogo. . . . . | V |
| Maquiavelo y su siglo. . . . . | 1 |
| Mugeres griegas. . . . . | 61 |
| Los padres y los hijos del siglo XIX. . . . | 102 |
| Las pálidas viajeras. . . . . | 123 |
| Fragmento del canto VI de la Iliada. . . | 130 |
| Literatura rusa.—Tres encuentros. . . . | 136 |
| María Estuardo. . . . . | 180 |
| Carta de Lamartine á Mr. D'Esgrigny. . | 202 |
| A Elvira. . . . . | 232 |
| Canto de amor. . . . . | 235 |

# PRÓLOGO.

## I.

Debemos espresar ante todo el orígen de esta BIBLIOTECA; la causa que ha dado lugar á su fundacion; y nos es tanto mas satisfactorio el hacerlo, cuanto cumplimos con ello un deber de gratitud. La inmerecida benevolencia con que han sido acogidas en las Repúblicas Oriental y Argentina las obras editadas por nuestra casa, habia hecho surgir en nosotros hacía algunos meses el pensamiento de buscar la manera de corresponder á tanta distincion. Las mejoras en las publicaciones, el esmero en la eleccion de las obras y la distribucion gratuita de periódicos complementarios, no nos parecían medios bastante espresivos de agradecimiento. Discurriendo sobre el asunto con algunos ilustrados argentinos, vino á recaer la conversacion por

sus giros naturales acerca del estado de las letras en la República y de la escasez de publicaciones mencionadas, que consideraban algunos efecto de la escasez de cultura, y nosotros en esta ocasion con mas acierto, hija solo de la falta de costumbre y de empresas editoriales. Estas conferencias hicieron brotar en nuestra mente la idea de fundar una BIBLIOTECA SURAMERICANA, y acogido el pensamiento con grande entusiasmo por los dignos varones á quienes lo participamos, dá comienzo hoy á su realizacion con la publicacion del presente tomo.

No es esacto que carezcan estas Repúblicas de privilegiados ingénios, ni que haya en el pueblo escasez de cultura y falta de aficion á las letras. Nadie puede dar mejor testimonio en contrario que nosotros, y de inescusable ingratitud pecaríamos si no nos apresuraramos á consignarlo. Quien ha conseguido dar colocacion á millares de volúmenes sin gran trabajo y en los pocos años que llevamos de habitar en este privilegiado suelo, no puede aceptar la afirmacion de que en él sea escasa la aficion á las letras y la cultura.

Lo que es escaso en tan hermoso pais es otra cosa muy distinta; el movimiento literario. Y esto ya se esplica sin grande esfuerzo y por diferentes causas fáciles de comprender. La mayor parte de las repúblicas hispano-americanas, sino todas, son pueblos nuevos, viriles, que están constituyendo su organismo político y adminis-

trativo, y en que la contratacion, los negocios primordiales y las industrias originarias están desarrollándose, y atraen por su facilidad á todo el que mueve su espíritu activo y emprendedor. No son necesarias aquí como en la vieja Europa las combinaciones intrincadas y multiformes, para hacer la fortuna de los que se dedican al trabajo con disposicion verdadera y perseverante. La agricultura, la ganadería, las industrias primarias, ofrecen aun dilatados horizontes á los que agita el deseo de adquirir prontamente bienestar y riqueza. No es, pues, estraño que cuando se encuentran todavia espeditos los caminos mas fáciles y anchurosos, queden poco frecuentadas las vias mas estrechas, en que el producto pecuniario es siempre mas escaso y que exigen mayor número de combinaciones y dispendios para obtener favorable resultado.

Las empresas editoriales tienen que luchar con muchos obstáculos, que adunar demasiadas voluntades y que hacer escesivos desembolsos antes de empezar á obtener el éxito que como todas las empresas industriales apetecen. El editor ha de ser tambien, dígase de adverso lo que se quiera, algo artista. Vive en comunicacion contínua con los hombres de talento, en el comercio de las ideas y de las artes, y seria necesario suponerle inconcebible estupidez para que no se aficionase á las artes y á las letras. Esta aficion, permítase que lo espresemos en una frase vulgar, le cuesta el dinero. Mientras que otros in-

dustriales y comerciantes no atienden mas que al resultado de su negocio, el editor va cediendo utilidades considerables, en obsequio del autor ó del artista desvalido, del jóven cuya reputacion no se ha formado todavia, de la belleza tipográfica, de la eleccion de forma y hasta de la escuela literaria en cuyas filas ha venido á hallarse insensiblemente afiliado.

Los resultados de su trabajo no los recoge la empresa editorial, por otra parte, para sí sola, sino tiene que distribuirlos desde luego con muchos; siendo ella sola, no obstante, la que sufre las consecuencias inmediatas de la mala eleccion de obras y de la aglomeracion de existencias invendibles. Con estas condiciones no es estraño que siendo las utilidades siempre menores, las pérdidas harto posibles y el trabajo y las combinaciones extremadas, no haya apenas quien se dedique á fundar empresas editoriales en los paises donde la actividad humana encuentra otras vias mas fáciles, seguras y prósperas para el mejoramiento de la condicion individual.

De la falta de empresas editoriales es de lo que se sigue la falta de movimiento literario. El consumidor exige en todo caso que los productos se le acerquen; tener facilidades para su adquisicion; y los que no ve ó no se le aproximan, se borran fácilmente de su memoria como no pertenezcan al corto número de los de primera é imprescindible necesidad. Aunque se aprecie una cosa, cuando no se halla á nuestro alcance,

cuando no se puede obtener sin emplear un esfuerzo extraordinario y que acaso se necesita para la adquisicion de otro objeto de necesidad inmediata, cuando esto sucede, se acaba por llegar á olvidarse de la cosa apreciada.

Hé aquí el gran servicio que prestan á las letras las empresas editoriales; colocar los productos literarios bajo la mano y al alcance del público. Si este los apetece, sí es aficionado á cultivar su inteligencia, sucede lo que á nosotros nos ha pasado en Montevideo y en Buenos-Aires, se apresura á adquirir esos productos y se muestra gozoso de haberlos saboreado. Sobre ellos versan luego las conversaciones privadas, se les critica ó elogia, se discute sobre ellos, se anhelan otros nuevos, los autores se estimulan á producirlos, y de aquí el movimiento literario, que es como creemos haber demostrado con lo dicho cosa distinta de la aficion á las letras y al cultivo de nuestras facultades inteligentes. Son estas aspiraciones distintas de aquel hecho, como es diferente del perfecto y fructuoso amor de la esposa la vaga é impersonal aspiracion de la adolescente, sin que nadie se atreva á acusar á esta por ello de dura é insensible.

Si la aficion á las letras existe entre estos pueblos y nosotros podemos ofrecer de ello una prueba terminante y cumplida con el éxito de nuestras modestas publicaciones, es igualmente indudable que existen privilegiados ingénios en

el suelo argentino y lo podemos demostrar de manera análoga. No tenemos la pretension de que se nos numere entre los privilegiados hijos de la inteligencia que templan el ardor de su alma en la pura corriente de Helicona, no pretendemos pasar por poetas ni por doctos por falta de dotes para ello; pero al mismo tiempo que confesamos esto sin ningun linage de afectada modestia, podremos decir sin jactancia, que el hábito de vivir entre escritores y poetas, que las necesidades de nuestra profesion y comercio, deben habernos acostumbrado á discernir lo bello en las artes y en las letras y á conocer y apreciar los ingenios y el valor literarios de sus obras.

Pues bien; nosotros declaramos con toda la sinceridad de nuestra alma, que la nacion que cuenta en su seno inteligencias tan elevadas y perspicuas, ilustraciones tan notorias, talentos tan profundos, como los de los Doctores Gutierrez y Goyena, como los de Estrada, de D. Andres Lacuas, D. Vicente Fidel Lopez y tantos otros que dejamos de enumerar para no pecar de difusos, y no porque no merezcan alta y honrosísima mencion; que la nacion que cuenta en su seno personas de tan preclaro saber y entendimiento, puede ufanarse con razon de que posee ingénios dignos de parangonarse y competir con los de aquellos pueblos que mas largo trecho hayan andado en el camino de la civilizacion y de las ciencias.

¿Se apetece mayor prueba todavia? Pues la vamos á ofrecer inmediatamente: vá á serlo este libro; el primer volúmen de la BIBLIOTECA SUR AMERICANA, debido á la pluma del inspirado poeta argentino D. Cárlos Guido Spano.

Cárlos Guido, podemos decirlo nosotros que no tenemos la fortuna de haber visto la luz en el suelo americano, nosotros que no estamos unido á estas nobles repúblicas por otros lazos que por los de la simpatía y gratitud, Cárlos Guido repetimos, debe ser considerado como una gloria nacional por el pais en que ha nacido.

Recientemente hemos hecho una escursion por Europa, acompañándonos en ella como inestimable joya la coleccion principal de sus magníficas poesias, *Hojas al viento*. Muchos de los principales literatos españoles que no las conocian, se han entusiasmado con ellas, comparándolas á las de los mejores autores clásicos, y tenemos la satisfaccion de consignar aquí que uno de sus ejemplares, figura dignamente entre las obras escogidas de su clase, que se hallan en la selecta Biblioteca Nacional de Madrid.

No es mucho que la obra del Sr. Guido Spano haya sorprendido agradablemente á los poetas del otro continente que no la conocian y que le saludan como á un nuevo y queridísimo hermano. Las dotes de poeta de Guido, son, lo hemos de decir sin exageracion y sin que su modestia se ofenda por ello, eminentes. Poeta inspirado, escritor correcto que maneja como pocos el habla so-

nora de Castilla, versificador facilísimo, cantor apasionado de todo lo noble y lo bello, corazon abierto á todas las grandes impresiones y afectos, revela Guido en sus poesias esa grandeza de concepcion, esa genial melancolía, ese espíritu meditabundo y triste que constituye á los grandes poetas.

Suyo va á ser el libro que publicamos y este es un aliciente para que no podamos resistir al deseo de insertar en este desaliñado prólogo algunas de sus poesías, algunos rasgos de los que en ellas se contienen, que serán recordados con placer por los argentinos, y leidos con avidez, estamos seguros de ello, por los españoles de buen gusto, entre los cuales se halla destinado á circular tambien este tomo, contribuyendo así á dar á conocer á la madre España, la gloria y los progresos de su antigua hija y hoy queridísima hermana la República Argentina.

## II.

Las *Hojas al viento*, están dedicadas por Guido á su señor padre en el magnífico soneto con que encabeza la coleccion; nota la mas grave de este bellísimo concierto y que dá idea de la alta concepcion, de la ternura de sentimiento y de la elevacion de alma del poeta.

Dice así:

## PATRI CARISSIMO.

—

Proteja tu recuerdo el flébil canto
Que exhalo en estas rimas suspiradas,
Pálidas hojas de flexible acanto
Á una rota columna entrelazadas.
Hoy que el silencio en mi efusion quebranto—
Del eden á las cumbres sonrosadas,
Filial ofrenda que sublima el llanto,
Lleven mi voz las áuras perfumadas.
¡Alúmbreme un destello de tu gloria,
Óptimo padre! y desde el cielo riega
Mi huerto, por que dé frutos mejores.
Mas ¡ay! que sumergido en tu memoria,
Mi vida ya en su otoño se repliega
Como rústica tienda de pastores!

---

El mismo aspecto clásico tiene tambien este otro soneto, que aunque dedicado á asunto menos alto que el anterior, no desdeñaría seguramente como suyo, Góngora ó Argensola;

¿Será un crímen rasgar la ténue gasa
Con que oculta el amor gracias terrenas,
Ó en la pomposa viña las ajenas
Uvas gustar y el bien que ráudo pasa?
Cuando el amor el alma nos abrasa,
Que Vénus arde en las henchidas venas,
Desciende el cielo mismo á las amenas
Ígneas regiones del placer sin tasa.
Júpiter sumo el trono esplendoroso

XIV

Dejó, y á Leda en cisne transformado
Sedujo, y á la tiria Europa en toro;
Y en la prision entrando voluptuoso
De la blanca Dánae, derramado
Sobre ella se deshizo en lluvia de oro!

---

Tampoco dejaría Zorrilla de reconocer como digna émula de su pura inspiracion descriptiva, la poesía dedicada á «Myrta en el baño» que recuerda á Zoraya dormida sobre sus cogines de la Alhambra y tal como la describe el inspirado cantor de GRANADA entusiasmando al absorto Muley-Hacen.

Empieza así:

Fresca es el onda, azul y cristalina,
En que baña su cuerpo de alabastro
La rubia Myrta, al resplandor del astro
Que pálido las sombras ilumina.
La juventud divina
Ennoblece sus mágicos hechizos,
Mezclando en un conjunto soberano
La grana tiria y el marfil indiano.
Al desflocar gentil sus blondos rizos
Por el agua escarchados, semejaba
Del rio una alba y elegante ondina,
Que de las grutas de coral se alzaba
Jugando en sus cristales movedizos.

---

Y ya que vamos comparando las poesias de Guido con las de algunos de los mas preclaros

poetas españoles, no dejaremos de consignar que si hubiera nacido en los tiempos en que un solo madrigal bastaba para inmortalizar un nombre, hubiera alcanzado la misma fortuna que Gutierre de Cetina, con el siguiente:

SOÑABA.

Jamás me dijo que me amaba; un dia
Que bajo un tilo en su jardin dormía,
Mi nombre entre suspiros pronunció;
Yo la besé los lábios rojos, y ella
Sin despertarse, como nunca bella,
De súbito mortal palideció!

---

Pero no es solo poeta culto y que recuerda los modelos clásicos; hombre de su tiempo y su pais, sabe espresar cuanto quiere y es nuevo para los europeos, en pocas y enérgicas pinceladas. Sirve de ejemplo la siguiente originalísima poesía titulada *En el monte* que tiene un inapreciable valor de localidad, que casi nos hace ver á la muger salvaje que retrata:

Morena, desgreñada, con los ojos
Como ascuas ardientes y la boca
De cinabrio, su aspecto me provoca
De la sangre á los férvidos arrojos.
Azorada me huye entre el boscaje...
La alcanzo.... desde entonces, si es de ira
Ó por amor, lo ignoro—ella me mira
Sombría, melancólica y salvaje.

XVI

Y si se quiere admirar al poeta en todo el esplendor ya del genio americano, debe leerse la siguiente poesia cuya donosura y originalidad nos escita á trasmitirla casi íntegramente.

## NENIA.

—

LLORA, LLORA URUTAÚ (1)

En idioma guaraní,
Una jóven paraguaya,
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el harpa así,
En idioma guanarí:
¡Llora, llora urutaú
En las ramas del yatay, (2)
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú—
Llora, llora urutaú!
En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;
Vino la guerra y su saña
No ha dejado nada en pié
En el dulce Lambaré!
Padre, madre, hermanos ¡ay!
Todo en el mundo he perdido;
En mi corazon partido
Solo amargas penas hay—
Padre, madre, hermanos ¡ay!

(1) *Urutaú*—ave de dulcísimo canto.

(2) *Yatay*—palmera.

De un verde ubirapitá,
Mi novio que combatió
Como un héroe en el Timbó,
Al pié sepultado está
De un verde ubirapitá!
Rasgado el blanco *tipoy* (1)
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgado el blanco tipoy.

. . . . . .

¡Llora, llora urutaú
En las ramas del yatay,
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú—
Llora, llora urutaú!

---

Si todavía se quiere contemplar bajo otro aspecto al vate americano, esto es, al poeta moderno, que comprende su mision y canta las glorias del progreso, del trabajo y la virtud; que no necesita la inspiracion de antiguos preceptos ni de tradiciones antiguas, y sabe cantar la civilizacion moderna, al modo de Quintana y sin incurrir en nota alguno de prosaismo, si se le quiere admirar tambien en este estilo, hay que leer su poesía ¡Adelante! dedicada á los nobles soldados de la virtud y el trabajo

Su estension nos priva, con harto pesar de

---

(1) *Tipoy*—saya blanca que usan las paraguayas.

insertarla íntegra y solo vamos á trascribir algunas estrofas.

¡Ea, muchachos, es la aurora, ¡arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si como ayer tenaces trabajamos,
El monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas
Asilo de la enérgica pobreza;
Donde creció el jaral y la maleza
La viña lujuriante medrará.
Que el muelle cortesano la fortuna
Busque adulando á su señor adusto,
El torpe corazon siempre con susto
De perder de su afan el fruto vil.
Mientras él siembra el ódio y la zizaña,
Nuestras robustas manos siembren trigo;
Miéntras vé en cada hombre un enemigo,
Amémonos con pecho varonil.

. . . . . .

. . . . . .

No desmayeis conscriptos del progreso;
Rasgue el arado el seno de la tierra.
Guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
Amor á Dios, respeto por la ley;
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
Allanemos la ríspida montaña,
Y sea nuestro orgullo y noble hazaña
En cada ciudadano ver un rey.
Así avancemos como un haz; la ruta
Nos la haga mas liviana el noble canto

Del poeta; las artes con su encanto
Á nuestro rudo afan den galardon;
Busquemos la gran patria en que los hombres
Se reconozcan prósperos y hermanos,
Invitando á los pueblos soberanos
Á seguir de los libres el pendon.
Y dulce será el ver en nuestros lares
De la jornada al fin, todos reunidos,
Á los seres amables y queridos
Que ennobleció el trabajo y la virtud,
Recordando lòs triunfos del pasado
En las largas veladas del invierno,
Ó elevando sus preces al Eterno
Que nos dá la esperanza y la salud!

---

El patriota, el libre americano, además de esta poesía á México, se nos revela en el siguiente soneto dedicado á su pátria, á Buenos-Aires:

Fué aquí, en las playas que fecunda el Plata,
Peregrina region que cual ninguna.
El estro á las estrellas arrebata,
Donde en honrado hogar se alzó mi cuna.
¡Salve al gran rio, cuya faz retrata
La argéntea luz de la esplendente luna,
Ora arrastre sereno, ora combata
El esquife en que voy con mi fortuna!
Buenos Aires ¡oh patria! aunque me olvidas,
Mi esperanza en tu olvido sumergiendo,
Tuyo es mi corazon, tuyo es mi brazo.
Cuando ya no den sangre mis heridas,

Al cielo un postrer voto alzar pretendo:
Dormir mi último sueño en tu regazo.

El literato estudioso, el hombre culto que conoce profundamente las literaturas griega y romana, que traduce el francés y el inglés tan correcta y elegantemente como se verá en el trascurso de esta obra, se revela bajo otro de sus aspectos en la elegia á la mente de Varella, escrita en idioma lusitano de la cual entresacamos la siguiente sentida estrofa:

¡Oh, Varella! que ao menos nao podesse
Dar-te o ultimo adeus, junto ao teu leito
Sollicito, velar fechar-te os olhos,
Beijar-te á mao amiga e generosa,
Em segredo dizer-te á despedida
Que no seio do Immenso me esperasses!
¡Alma fiel que cedo te partiste!

---

No terminaríamos nunca, si hubiésemos de dar rienda á nuestro gusto, y una tras otra acabaríamos por trascribir aquí todas las poesías de Guido. Haciéndonos violencia terminaremos ya insertando trozos de otras dos bellísimas, dedicada á Victor Hugo la primera y titulada la segunda *¿por qué no decirlo?* Forman magnífico contraste y demuestran á un mismo tiempo la facilidad y elevacion con que aborda nuestro poeta los géneros mas distintos.

Hé aquí el principio de la primera donde describe la proximidad de Guernesey refugio del

gran poeta frances por tan largo tiempo:

¿Veis esas rocas negras, escarpadas,
Que la onda brava rebramando azota?
¿Por qué el nauta al pasar larga la escota,
Y en su esquife, de pié, tristes miradas
Les dirige, y surcando su faz ruda
Una lágrima acaso, las saluda?
Allí el viento, las olas espaciosas
De vapores salinos impregnadas,
Muge doliente en funeral tristeza;
Estallan con estruendo pavorosas
Las tormentas; la niebla fria y baja,
Velando de las sirtes la aspereza,
Pende á modo de pálida mortaja;
Turba el silencio de las playas solas
El eterno tumulto de las olas.
Invisibles clarines convocando
Á oscuras guerras, bárbaras, estrañas,
Suenan del mar los mónstruos sublevando,
Y las aves acuáticas, hurañas
Voltejéan con ásperos graznidos
Sobre el piélago enorme, ó zahareñas
Cruzan buscando los ocultos nidos
En las grietas musgosas de las peñas.

---

Hé aquí ahora íntegra y para terminar la dulcísima poesía

## ¿POR QUÉ NO DECIRLO?

Si tú no te ofendes ¿por qué no decirlo?

XXII

Escucha en la vega montuosa del mirlo
Que gime, el reclamo:
Mi voz á tu oido mas blanda resuene
Y el harpa vibrante sus cuerdas estrene
Diciendo: te amo!
Te amo, sí, adoro tu augusta hermosura;
En tí no hallo mancha; tu frente es mas pura
Que el velo que labras;
En ella reflejan los nobles instintos
Tus manos colmadas están de jacintos,
De miel tus palabras.
¡Por qué no me es dado decirte: mi vida
Corrió como el agua que mana escondida
Del bosque en el fondo;
Jamás las espinas rasgáronla el manto,
Tú sola formaste su gloria, su encanto,
Mi bello ángel blondo!
Más ¡ah! desbordando mi loca existencia
Despéñase rauda; la paz, la inocencia
Perdió delirante:
¡Perfume del alma serena y sencilla!
¡Dulcísimo vino que el vaso de arcilla
Derrama espumante!
Las rosas bermejas que orlaron mi frente
Ya estan deshojadas; nublóse mi oriente
De sombra importuna;
Tú sola fulguras en medio á sus nieblas,
Cual brilla en el ara de un templo en tinieblas
Filtrando la luna.
Ingénua, modesta, mas tierna que un niño,
Lo sé, no merezco tu dulce cariño,

Tus castos favores;
La fuente sellada que cerca el granado
Y el mirto, no es mia, ni el huerto cerrado
De místicas flores.
¡Deleite divino bañarse en su aroma!...
Más huye las sirtes la blanca paloma
Que arrulla en las palmas:
Al menos mis ojos contemplen su vuelo,
Y un dia sus alas encumbren al cielo,
Un ángel—dos almas!

## III.

Hé ahí al poeta, al escritor cuyo nombre nos vanagloriamos de que sea el primero que ilustre las páginas de nuestra BIBLIOTECA al tomar el carácter de americana. España donde difundiremos por su medio el conocimiento de las bellas letras argentinas, estamos seguros de que nos agradecerá sobremanera el que lo revelemos en ella, donde por incomprensible falta de comunicacion literaria entre ambos paises no es conocido este gran poeta. Si la República Argentina no ha de ser ingrata con sus hijos mas preclaros nos lo agradecerá igualmente.

La obra del Sr. Guido que vamos á publicar, es un escelente tomo de *miscelánéas literarias* en que se revela al hombre erudito, propagador de las letras y conocedor profundo de la litera-

tura universal. En este tomo hemos reunido los materiales que el Sr. Guido nos ha proporcionado por ahora, que son inestimables como joyas de la literatura de diferentes paises, adaptadas á nuestro idioma con gran maestria por el ilustrado escritor argentino.

No ha de ser esta la sola obra del Sr. Guido Spano que ilustre la coleccion de nuestra BIBLIOTECA, así lo esperamos de su amistad y del deseo de complacer al público que debe animarle. Hoy le damos á conocer bajo uno de los aspectos que han contribuidó á formar su reputacion, como traductor elegante y esmerado en la eleccion de sus originales. Como poeta eminente y escritor original no renunciamos á la esperanza de darle á conocer en otra ocasion no lejana. A ello está obligado cuando sus tares cotidianas se lo permitan, como escritor estimado del público, y como persona que nos ha alentado en nuestra empresa de editar la presente BIBLIOTECA, con ilustrados consejos y por medio de la siguiente carta, que como prefacio de la obra que damos á continuacion es oportuno dar á conocer antes que ella.

Sr. D. Eduardo Perié.

Estimado señor:

El proyecto de V. de fundar una BIBLIOTECA AMERICANA, dando á la estampa obras debidas á los mejores ingenios de este continente, deter-

mina un nuevo y meritorio esfuerzo en favor de nuestra literatura todavia en la infancia. Cuando la industria guiada por una perseverancia inteligente se pone al servicio de las letras, bien merece medrar en tan provechoso conato. Así pues, deseo á V. el mas cumplido éxito en su empresa, si bien ha de tener que luchar antes con árduas dificultades; mas una vez superadas tendria V. la doble satisfaccion de haber dado cima á sus trabajos, abriendo al mismo tiempo un nuevo palenque á la inteligencia, que no puede desplegar todos sus esfuerzos sin los estímulos de la publicidad, la cual dá á sus producciones el ámbito y la luz necesaria para que resplandezcan.

Siento no poder acceder, como lo deseara, á la solicitud con que V. me honra, queriendo encabezar su BIBLIOTECA con mi humilde nombre puesto al frente de alguna obra original. Lo poco que he escrito es ya, puede decirse, del dominio público: páginas efímeras perdidas entre el torbellino en que se agita la prensa, la política y las elucubraciones literarias. Revolviendo mis papeles quizá encontrase algo que llenase el objeto que se propone V.; pero seria necesario coordinarlos y dedicar á esa tarea el tiempo que me falta para mis ocupaciones cotidianas. No obstante, y solo por mostrar á V. mi buena voluntad, le envio algunos artículos de Revistas traducidos por mí, de los cuales creo podria hacerse una miscelánea interesante, pues son escri-

tos por autores de nota. Si V. los acepta, dejo enteramente á su arbitrio la compensacion que en su calidad de editor ofrece V. á los que le ayuden en su empresa.

Respecto á mi manera de traducir diré tan solo que procuro siempre conservar el estilo del original, sin la pretension de sustituirle el mio. Españolizar demasiado lo estrangero me parece por otra parte lo mismo que representar á todas las entidades históricas ó héroes de novela vestidos á la antigua, sin distincion de paises, de tiempos y de modas. Creo que se puede hablar muy agradablemente el castellano con el *acento* peculiar á los nobles personages de que se envanece la literatura, aunque no se cuenten entre los muy ilustres que forman en Madrid la Academia de la Lengua.

Escribo á V. de priesa sintiendo no me sea posible por tener que ausentarme al campo, el pasar personalmente á saludar á V. mañana antes de su partida para España.

Deseando á V. próspero viage me suscribo su muy atento servidor y amigo.

CÁRLOS GUIDO Y SPANO.

Junio 20 de 1873.

# MAQUIAVELO Y SU SIGLO.

Seria difícil encontrar en la historia un nombre mas generalmente odioso, que el del hombre de quien nos proponemos hoy examinar las obras y el carácter. A estar á los juicios que de él se hacen, fuerza seria persuardise de que es el tentador, el principio del mal, el inventor del perjurio; que antes de la publicacion de su *Príncipe*, no existian ni ambiciones, ni traidores, ni déspotas, y que nunca habia habido ni virtudes fingidas, ni crímenes friamente combinados. Un escritor nos afirma gravemente que es en aquel libro execrable en donde Mauricio de Sajonia aprendió el secreto de la política fundada en la doblez y el fráude. Otro observa que desde que fué vertido al turco, los sultanes han ahorcado con mas frecuencia á sus hermanos. Lord Lyttelton quiere hacer pesar sobre el publicista floren-

tin la responsabilidad de las matanzas de la *San Bartolomeo*, y de las numerosas traiciones de la casa de Guisa. Un historiador pretende que la Conspiracion de la *Pólvora* es el resultado de sus doctrinas, y opina que su efigie deberia sustituirse á la de Guy Faux, en esas procesiones con que todos los años celebra la juventud inglesa la conservacion de los tres reinos. En fin, hasta la córte de Roma ha completado aquella reprobacion universal, anatematizando sus escritos.

Casi es imposible, en efecto, para el que no conozca á fondo la historia y la literatura de Italia, el leer sin espanto y sin sorpresa el tratado célebre que acumuló tanta sombra sobre el nombre de Nicolas Maquiavelo. Aquella perversidad que sin escrúpulo se ostenta en su impudente desnudez, aquella atrocidad fria, meditada, reducida á preceptos y apoyada en ejemplos, son al parecer mas propias de un demonio que de un hombre. Principios que el mas endurecido criminal se atreveria hoy apenas á confiar á un cómplice, y á confesarse á sí propio, son profesados en el Príncipe, sin que se trate de disminuir su horror por medio del sofisma, sin ambajes, sin embozo, y presentados como las bases fundamentales de la política.

A vista de esto, con facilidad se comprende, que la generalidad de los lectores haya considerado al autor de semejante libro, como el mas audaz de los malvados; pero los hombres de jui-

cio están siempre dispuestos á abrigar grandes dudas sobre los ángeles y los demonios de la multitud. Por otra parte, aun á los ojos de observadores superficiales, parece que muchas circunstancias militan para que se conteste la decision del vulgo sobre el publicista de Florencia. Es notorio que Maquiavelo ha sido, en todo el curso de su vida, un republicano entusiasta. El mismo año que compuso su «Manual de los tiranos,» fué preso y sufrió el tormento por la causa de la libertad. ¿Cómo pues, el mártir de esta causa santa pudo hacerse luego el apóstol de la tiranía? Algunos escritores han tratado de descubrir en aquel libro singular, intenciones ocultas mas en armonía que su objeto aparente con el carácter y la conducta de su autor.

Existe una opinion de que Maquiavelo pudo haber empleado contra el jóven Médicis, el mismo artificio que mas tarde puso en juego contra Jacobo II su ministro Sunderland, cuando este último arrastraba á aquel desgraciado príncipe á hacer uso de medidas violentas, para precipitar su caida y apresurar así la libertad de la Inglaterra. Estando á otra suposicion que Bacon muéstrase dispuesto á admitir, el tratado del *Príncipe* puede no ser sino una gran ironía destinada á premunir los pueblos contra las asechanzas de los déspotas. Seria fácil, no obstante, demostrar que ninguna de estas explicaciones puede conciliarse con muchos pasajes de aquel libro; empero, la refutacion mas decisi-

va, se encuentra en las demas obras del mismo Maquiavelo. En todos los trabajos que durante su vida publicó ó que despues de su muerte han visto la luz pública en el trascurso de tres siglos; en sus comedias que compuso para divertir la multitud; en sus comentarios sobre Tito Livio, escritos para los mas ardientes propugnadores de la libertad florentina; en su historia dedicada al mas amable y al mas excelente de los Papas, en sus despachos públicos y en su correspondencia privada, se encuentran mas ó menos las mismas doctrinas que han hecho tan generalmente condenar el *Príncipe*. En fin, seria quizá imposible descubrir, en la voluminosa coleccion de sus obras, una sola expresion que indicase que el fingimiento y la traicion le pareciesen reprensibles. Se nos acusará sin duda de aventurar una verdadera paradoja, si despues de esto decimos que son muy raras las obras en las cuales como en las de Maquiavelo, se encuentre mayor elevacion de sentimientos, un celo tan puro y tan vivo por el bien público, y una apreciacion tan justa de los derechos y deberes de los ciudadanos. Y sin embargo no hay nada mas esacto; aun en el mismo *Príncipe*, podrian encontrarse muchos trozos en confirmacion de este aserto. En un siglo y en un pais como los nuestros, una contradiccion semejante parece de todo punto incomprensible. Maquiavelo se nos presenta como un conjunto incoherente y monstruoso de cualidades divergentes: la generosi-

dad y el egoismo, la crueldad y la benevolencia, el artificio y el candor, una abyecta perversidad y el heroismo de un paladin ó de un ciudadano de la Grecia antigua. Al lado de una frase que un hombre envejecido en los artificios de la diplomacia, apenas seria osado á comunicar en cifras á su espia de mayor confianza, encontrareis otra digna de Leonidas. En los mismos términos se recomiendan á la admiracion pública un acto de perfidia ó un sacrificio patriótico. Dos caracteres del todo diferentes confúndense en este hombre extraordinario, resultando de su combinacion un brillo incierto y cambiante como el de una tela de seda de distintos colores. Nada en esto debiera sorprender, si hubiesen sido débiles en él el alma ó el ingenio; mas por el contrario tenia una cabeza fuerte, un gusto refinado y una sutilísima percepcion del ridículo.

Lo que se estraña aun mas, es que no tenemos ninguna razon de suponer que sus escritos le dañasen en la opinion de sus compatriotas y de sus contemporáneos. Parece por el contrario, que durante su vida gozó de una alta estimacion. Clemente VII patrocinó aquellos mismos libros que el Concilio de Trento condenó en la generacion siguiente. Algunos miembros del partido democrático reprocharon, es cierto, al secretario de la república de Florencia el que hubiese dedicado su libro á un Médicis, pero sin desaprobar sus doctrinas. El primer grito que se

alzó contra el *Príncipe* resonó del otro lado de los Alpes, y este grito causó mucha sorpresa en Italia. El primer adversario que se presentó fué, segun creemos, el cardenal Pole. El autor del *Antimaquiavelo*, era un protestante frances. Por consiguiente es en el grado de los sentimientos morales de los Italianos de aquella época que debemos buscar la explicacion de lo que hay de misterioso en la vida y en los escritos del publicista florentin. Como este asunto puede sugerir á la vez consideraciones políticas y filosóficas de la mayor importancia, hemos creido deber tratarle con alguna extension.

Durante las tinieblas que siguieron á la caida del imperio romano, la Italia habia conservado mas claros vestigios de la antigua civilizacion que las demas partes de la Europa occidental. La noche que se estendió sobre la península, puede compararse á la de un verano polar: la aurora empezaba ya á despuntar al confin del horizonte, cuando los últimos resplandores del crepúsculo no habian aun desaparecido enteramente á la otra extremidad. En la época en que los Merovingios reinaban en Francia y la heptarquía sajona en Inglaterra, la barbarie y la ignorancia eran generales y profundas. Mas por aquel tiempo las provincias napolitanas que reconocian la supremacía de los emperadores de Constantinopla, conservaban algunos restos de las artes de Oriente. Roma, protegida por el carácter sagrado de sus pontífices, gozaba de un

poco de sosiego y de una seguridad relativa; y aun en aquellas partes de Italia donde los feroces Lombardos tenian asentada su dominacion, habia mas riquezas, mas luces, mas cultura y policía, que en las Galias, la Gran Bretaña ó la Germania.

Lo que principalmente distinguia á la Italia de los Estados vecinos, era la importancia que desde muy temprano habia adquirido en ella la poblacion de las ciudades. Fundadas estas en sitios apartados y salvajes, por fugitivos que escapaban á la saña y rapacidad de los bárbaros, conservaron su independencia á causa de su oscuridad, hasta aquel punto en que se hallaron en estado de protegerla con los recursos de su poder creciente. Algunas otras ciudades, subyugadas por los conquistadores que se sucedian sin tregua, bajo el predominio de Odoacro, Teodorico, Narsés y Alboin, conservaron las instituciones municipales que habian recibido de la política generosa de la gran república. En las provincias en donde el gobierno central no podia por su debilidad ni defenderlas ni oprimirlas, aquellas instituciones adquirieron estabilidad y vigor. Los ciudadanos, protegidos por sus murallas y gobernados por sus leyes y por magistrados nombrados de su seno, gozaban de una porcion considerable de libertad republicana. De esta suerte íbase creando un espíritu democrático cuyo desarrollo era evidente; los príncipes Carlovingios fueron demasiado débiles para que

pudiesen combatirle, y la política magnánima de Othon, contribuyó eficazmente á alentarle. Acaso la alianza del Imperio y de la Iglesia le habrian con facilidad anonadado; mas sus progresos fueron favorecidos por sus disensiones. En el siglo doce, alcanzó todo su desenvolvimiento; y, despues de una lucha prolongada en que largo tiempo estuvo incierta la victoria, acabó por triunfar contra la habilidad y la bravura de los príncipes de la casa de Suabia.

El auxilio de los papas entró por mucho en el buen éxito que obtuvieron los Guelfos. Las ventajas de su triunfo habrian sido, sin duda, muy controvertibles, si por único resultado se hubiese conseguido sustituir á la sumision política, la sumision intelectual, y exaltar al soberano pontífice á expensas de los Césares. Felizmente, la independencia de los espíritus habíase desarrollado con singular rapidez bajo la influencia benéfica de instituciones libres. Los pueblos de aquella region pudieron observar por demasiado tiempo y muy de cerca toda la máquina de la Iglesia, sus santos, sus milagros, sus altas pretensiones, sus solemnidades pomposas, sus armas inofensivas y sus vanas recompensas, para que nada de esto pudiera alucinarles. Hallábanse entre bastidores, en tanto que los otros miraban á la escena con una cándida curiosidad y poseidos de un terror infantil. Los italianos veian el manejo de las rondas y la fabricacion de los rayos; conocian la fisonomía y el timbre

natural de la voz de los actores. Las naciones lejanas consideraban al papa como el mandatario del Todo-poderoso, el oráculo de su voluntad soberana, el árbitro supremo de las discusiones teológicas y de los debates de los reyes. Los habitantes de la península conocian los desórdenes de su juventud, y las vias á menudo criminales que habia trillado para escalar el poder. Sabian cuantas veces hubo de servirse de las llaves de San Pedro para desligarse así mismo de sus compromisos mas sagrados, y como aprovechaba de los bienes de la iglesia para enriquecer á sus sobrinos ó bien á sus mancebas. Trataban con respeto los dogmas y los ritos de la religion; pero, aunque se considerasen siempre como católicos, cesaron ya de ser papistas. Aquellas armas espirituales que infundian pavor en los palacios y en los campamentos de los monarcas mas soberbios, solo servian á inspirarles desden y menosprecio. Cuando Alejandro ordenó á Enrique II que se hiciese azotar ante la tumba de un súbdito rebelde, él mismo se hallaba desterrado. Los romanos temiendo que hubiese concertado alguna trama contra su libertad, arrojáronle de su ciudad, y aunque prometióles limitarse en lo futuro al círculo de sus funciones espirituales, rehusábanse siempre á recibirle.

En las otras regiones de la Europa, una clase numerosa y fuerte hollaba al pueblo bajo sus plantas y contrabalanceaba el poder de los gobiernos. En Italia, al contrario, la influencia de

los señores feudales era comparativamente insignificante. En muchas partes se habian colocado bajo la proteccion de las repúblicas, contra las cuales no podian luchar, de donde vinieron á confundirse gradualmente con el resto de la poblacion. En otras tenian un poder mas extenso; ese poder no obstante, diferia grandemente del que ejercian en sus dominios los magnates de los reinos trasalpinos. No eran pequeños reyezuelos, sino grandes ciudadanos. En vez de fortificar sus castillos embreñándose en los montes, embellecian sus palacios en la plaza pública. El estado de la sociedad, en el reino de Nápoles y en otros muchos puntos de los estados eclesiásticos, se asemejaba algo mas á lo que existia en las grandes monarquías de Europa. Pero la Lombardia y la Toscana á traves de todas sus revoluciones, habian conservado un carácter diverso. Un pueblo, cuando está concentrado en una ciudad, es mucho mas peligroso para sus señores que cuando se halla disperso en una vasta extension de territorio. Los mas arbitrarios de los Césares llegaron á creer indispensable alimentar y divertir con los juegos del circo á los habitantes de la metrópoli, á costa del resto del imperio; el pueblo de Madrid mas de una vez ha sitiado al soberano en su propio palacio, obteniendo de ese modo concesiones humillantes. Los sultanes para calmar la ira de los turcos de Constantinopla, vense obligados muchas veces á arrojarles la cabeza de algun visir impopu-

lar: la misma causa habia contribuido á que se matuviese siempre una cierta tendencia democrática en los principados y las aristocracias del norte de la península.

La libertad reapareció nuevamente en el suelo de Italia, y tras ella vinieron el comercio, las ciencias, las artes, todo lo que contribuye á las comodidades, ó al regalo y deleite de la vida social. Las cruzadas en que las otras naciones no ganaron sino heridas ó piadosas reliquias, produjeron á las repúblicas nacientes del Adriático y del mar Tirreno un inmenso acrecentamiento de riquezas, de poder y de luces. Su situacion moral y geográfica concurrió á que aprovechase asi de la civilizacion del Oriente como de la barbarie de las naciones occidentales. Sus bajeles recorrian los mares mas remotos; estableciánse sus factorías en todos los paises; sus mercaderes, sus banqueros, entregábanse en todas las ciudades á sus trabajos ó á su industria. Las manufacturas prosperaban. Las operaciones del comercio se facilitaron por un gran número de invenciones ingeniosas. Con excepcion de la Inglaterra, quizá no existe ninguna region en Europa que goce al presente del mismo grado de riqueza y de civilizacion que ciertas partes de Italia hace cuatrocientos años. Los historiadores en raras ocasiones descienden á estas particularidades que, sin embargo, pueden solo dar á conocer el verdadero estado de un pais. Á menudo se alucina á la posteridad con las vagas hipérboles de los

sofistas y de los poetas, que toman el esplendor de una córte por la felicidad del pueblo. Afortunadamente Juan Villani nos ha dejado una cuenta muy detallada del estado de Florencia en la primera parte del siglo XIV. La renta de la república ascendía á trescientos mil florines, suma que, si se considera la disminucion de valor de los metales preciosos, era al menos equivalente á seiscientas mil libras esterlinas. Es mucho mas de lo que el gran duque de Toscana sacaba en nuestros dias de un territorio mas considerable; y hace dos siglos la Inglaterra y la Holanda reunidas, no producian tanto á la reina Isabel. En las manufacturas de lana solamente, empleábanse treinta mil artesanos. El paño que se vendia cada año, producía cerca de un millon doscientos mil florines, que reducido á nuestra moneda suman dos millones y medio. Ochenta bancos dirigian las operaciones comerciales, no solamente de Florencia, sino de toda Europa. Las transaciones de esos establecimientos tenian comunmente una extension capaz de sorprender hasta á los contemporáneos de los Barig, de los Roschild y de los Laflite. Dos casas adelantaron á Eduardo III doscientos mil marcos de plata, cuando el marco contenia mayor cantidad de aquel metal que cincuenta chelines de los que hoy circulan, y su valor comparado con el que tiene en la actualidad era cuadruplo. La poblacion de la ciudad y de sus arrabales ascendía á ciento setenta mil almas. Diez mil niños apren-

dian á leer en las escuelas, mil doscientos tomaban lecciones de aritmética, y seiscientos recibian una educacion literaria. Los progresos de las bellas artes y de la literatura tomaban incremento en la prosperidad general. Bajo el dominio de los tiranos que sucedieron á Augusto, todos los campos en que ejercitaba su fuerza la inteligencia humana, tornáronse infecundos y estériles; aun podian distinguirse sus lindes; pero no producian ya flores ni frutos. Los bárbaros se esparcieron en Europa como un desbordado torrente; y muy luego aquellos mismos lindes se perdieron, no quedando ni rastro de la antigua cultura. Empero, aun devastándolo todo, aquel torrente habia dejado en su curso gérmenes fecundos. Cuando se retiró, el desierto como el jardin de Dios alegróse, y pareció que sonreia, produciendo á la vez, espontánea y abundantemente, todo cuanto puede halagar la vista, el olfato y el gusto. Un nuevo idioma, que se distingue por su dulzura y su sencilla energía habia llegado á la mas extremada perfeccion. Jamas lengua ninguna suministró á la poesía colores mas brillantes y mas vivos, y muy luego hubo de presentarse un poeta que los hiciera resaltar. A los principios del siglo catorce salió por primera vez á luz la *Divina Comedia*, sin duda la obra mas grande de imaginacion que haya aparecido despues de los poemas de Homero. La generacion siguiente no produjo un nuevo Dante. Pero se distinguió por su actividad in-

telectual. El estudio del latin no fué nunca enteramente abandonado en Italia; Petrarca despertó la aficion háci estudios mas sérios, mas profundos, mas liberales; inspiró á sus compatriotas su entusiasmo por la literatura, la historia y las antigüedades de la gran república; entusiasmo que en su corazon se confundia con su amor por una tibia amante. Por la flexibilidad de su talento, por la influencia que egerció sobre sus contemporáneos, la multiplicidad de las relaciones personales ó epistolares que mantenia con todos aquellos que descollaban en razon de su superioridad intelectual ó social; Petrarca ha sido, en cierto modo, el Voltaire de su tiempo.

A partir de aquella época, se profesó un culto idólatra en toda la península por la erudicion y el génio. Reyes, repúblicas, duxes, cardenales, honraban á porfía á Petrarca. Enviáronsele embajadas por Estados rivales, para disputarse la honra de recibir sus consejos. Su coronacion no agitó menos á la córte de Nápoles y al pueblo romano, que pudiera hacerlo el mas grande acontecimiento político. Tornóse una moda universal entre los hombres ricos é influyentes, reunir libros y antigüedades, fundar cátedras, protejer á los sábios. El gusto por las investigaciones científicas se armonizó con el de los negocios comerciales. Aquellos mercaderes de Florencia que se aliaban á los reyes, y que marchaban á par de ellos, hacian escudriñar todos los lugares adonde se extendian sus operaciones gigantes-

cas, desde los monasterios de la Clyde hasta las márgenes del Tigris, con el objeto de procurarse manuscritos y medallas. La arquitectura, la pintura, la escultura eran fomentados con magnificencia. Seria casi imposible, con referencia á la época de que vamos hablando, el poder citar un italiano de alguna nombradía, cualquiera que fuese su carácter personal, que por lo menos no afectase amor á las letras y las artes.

Las luces y la prosperidad pública crecian de consumo. Llegaron á su mayor apogeo en tiempo de Lorenzo el magnífico. Cuando leese el cuadro brillante que el Tucídides toscano Guicciardini, ha presentado de la Italia de entonces, apenas se concibe que hácia el mismo período los anales de la Inglaterra y de la Francia, no ofreciesen sino escenas de barbarie, de ignorancia y miseria. Siéntese una íntima satisfaccion al apartar los ojos de la tiranía de bárbaros señores y de los sufrimientos de una muchedumbre envilecida, para fijarlos en las opulentas repúblicas de Italia, en sus magníficas ciudades, sus puertos, sus arsenales, sus museos, sus mercados cubiertos de toda especie de productos, sus manufacturas llenas de operarios, sus montañas sombreadas hasta la cumbre de pingües sementeras, sus hermosos rios que transportaban las cosechas de la Lombardia á los graneros de Venecia, y que traian en retorno á los palacios de Milan las sedas de Bengala y las peleterías de Siberia. Mas principalmente la bella, la

gloriosa, la opulenta Florencia, es la que mas interesa á los ingenios cultivados. ¿Cómo no sentirse conmovido al ver aquellos muros que resonaron con los acentos de la alegria de Pulci; aquella celda donde otrora brillara la lámpara que iluminaba las noches estudiosas de Angel Policiano; aquellas estátuas que despertaron el génio precoz de Miguel Angel en su infancia; aquellos jardines donde Lorenzo de Médicis meditaba las canciones que debian acompañar los coros de las vírgenes etruscas? Pero se aproximaban los tiempos en que las siete redomas del Apocalipsis debian derramarse sobre ese bello pais; tiempos de miseria, de esclavitud, de infamia y de desesperacion.

En los estados de Italia como en ciertos cuerpos humanos, una decrepitud prematura fué la consecuencia de una madurez demasiadamente anticipada. Su rápido engrandecimiento, así como su precipitada decadencia, deben ser en gran parte atribuidas á la misma causa: la preponderancia que las ciudades adquirieron en el sistema político.

En una sociedad cuyos miembros sean ó cazadores ó pastores, puede con facilidad formarse de cada hombre un soldado. Sus faenas ordinarias son de todo punto compatibles con los deberes del servicio militar. Por mas lejana que sea la expedicion de que deba hacer parte, encuentra sin tropiezo el medio de trasportar las riquezas pastoriles que le suministran su subsistencia y

su alimento. El pueblo entero es un ejército; todo el año está en marcha. Tal era el estado social que facilitó las conquistas de Gengis-kan y de Timour.

Mas un pueblo que vive de los frutos de la tierra, se encuentra en una situacion muy diversa. El labrador se apega al suelo que cultiva; una larga campaña le acarrearía su ruina; no obstante la naturaleza de sus trabajos comunica á su constitucion aquella fuerza activa y pasiva tan necesaria á un soldado. Demas de esto, en la infancia de la agricultura, las ocupaciones que ella impone no son suficientes á emplear su tiempo durante todo el año. En ciertas estaciones, se halla enteramente ocioso, y puede sin perjudicarse emprender alguna corta expedicion. De este modo se reclutaban en los primeros tiempos las legiones romanas. La estacion durante la cual no era necesaria en los campos la presencia de los labradores, bastaba para una rápida excursion y una batalla. Estas operaciones, si bien no producian resultados decisivos siendo con tanta frecuencia interrumpidas, servian por lo menos al objeto de mantener en las poblaciones una cierta medida en la disciplina y el valor que, contribuyendo á afianzar su independencia y su seguridad, las hacia al propio tiempo temibles á sus vecinos. Los archeros de la edad media que con provisiones á la espalda para cuarenta dias, dejaban las faenas agrícolas por los egercicios de los campamentos, eran tropas de la misma clase.

Pero cuando empezaron á florecer la industria y el comercio, operóse un gran cambio. Las habitudes sedentarias del bufete y del taller, hicieron insoportable los trabajos y las fatigas de la guerra. Las ocupaciones de los negociantes y de los artesanos exigian constantemente su presencia. En tales sociedades nunca sobra el tiempo, y en general, se encuentra una superabundancia de dinero. De ahí resulta que algunos de sus miembros consienten en engancharse, para evitar á los demas una tarea incompatible con sus hábitos y las exijencias de su profesion.

La historia de Grecia, á este respecto como á tantos otros, ofrece el mejor comentario de la historia de Italia. Quinientos años antes de la era cristiana, los ciudadanos de las repúblicas que se alzaban á las márgenes del mar Egeo, formaban quizá la mas bizarra milicia que se haya visto hasta el presente; mas á medida que se aumentó la riqueza, su sistema militar sufrió una alteracion gradual. Las repúblicas jónicas que fueron las primeras en darse al comercio y cultivar las artes, tambien lo fueron en la relajacion de los vínculos de la antigua disciplina. Ochenta años despues de la batalla de Platea, dábanse las batallas y sostenianse los sitios con tropas mercenarias. En tiempo de Demóstenes, era casi imposible persuadir á los atenienses que debian batirse. Las leyes de Licurgo prohibian el comercio y las manufacturas; por cuya razon

los espartanos conservaban todavía un ejército nacional, cuando las repúblicas vecinas solo tenian mercenarios. Mas cuando fueron destruidas sus instituciones civiles desapareció juntamente con ellas su espíritu marcial. Un siglo despues la Grecia no contaba sino una sola nacion guerrera, los salvajes montañeses de la Etolia, cuya civilizacion se hallaba diez siglos por lo menos mas atrasada que la de sus compatriotas.

Las mismas causas obraron de una manera aun mas activa sobre los italianos modernos. La península, en vez de contar con un poder militar como el de Esparta, tenia por el contrario un Estado esencialmente pacífico, el del papa. Donde quiera que haya numerosos esclavos, cada hombre libre está obligado, por las mas graves consideraciones, á familiarizarse con el uso de las armas. Pero las repúblicas de Italia no estaban llenas, como las de Grecia, de esos enemigos domésticos. Por otra parte, el modo como se hacia la guerra, era muy poco favorable á la formacion de una buena milicia. Hombres cubiertos de hierro de punta en blanco, armados de enormes lanzas, y montados en corpulentos caballos, constituian segun la opinion de aquellos tiempos, toda la fuerza del egército. La infantería era considerada como de poco valor, y en efecto asi acontecía, á causa de la negligencia con que se la trataba. Estas ideas prevalecieron en Europa durante algunos siglos. Creíase im-

posible que los infantes pudiesen resistir á los soldados de á caballo. Recien á fines del siglo quince, los montañeses de la Suiza desvanecieron el encanto y confundieron á los mas experimentados generales, recibiendo á pié firme, en la floresta de picas con que sus batallones se erizaban, el choque de la caballeria.

El arte de manejar la lanza griega, la espada romana, ó la bayoneta moderna, puede adquirirse con una facilidad relativa; mas para habituar á un hombre á soportar sin demasiada incomodidad la férrea armadura que debia resguardarle, y al manejo de armas ofensivas no menos pesadas, era necesario tenerle durante muchos años en contínuo ejercicio. Así fué que en toda Europa la guerra vino á ser una profesion especial. Cierto es que del otro lado de los Alpes, aunque fuese una profesion, no era un objeto de comercio. Merced á su destreza en el manejo de las armas, gran número de hidalgos conservaban sus tierras; y con ello entretenian sus ocios á falta de los goces de la inteligencia. Pero en el Norte de Italia como lo hemos ya observado, el poder preponderante de las ciudades, allí donde no habia destruido aquella clase de hombres, consiguió modificar sus hábitos. Fué asi que la costumbre de emplear soldados mercenarios se hizo allí general, mientras en otras regiones era aun desconocida.

Cuando la guerra llega á ser la única industria de una clase especial, lo menos peligroso

para el gobierno, es formar de este un ejército permanente. Muy difícil es pasar la vida al servicio de un pais sin que se tome un interes intenso por su engrandecimiento. Participase entonces como de cosa propia de sus victorias y reveses. El contrato pierde algo de su carácter mercantil. Los servicios del soldado son reputados como el resultado de un celo patriótico; su sueldo, como el tributo de la gratitud nacional. Traicionar la nacion que dá empleo, ó mostrarse flojo y reacio en servirla, es á sus ojos el mas grande, el mas infame de los crímenes.

Cuando los príncipes y las repúblicas de Italia comenzaron á emplear soldados mercenarios, lo mejor, para cada uno de aquellos gobiernos, hubiera sido tener distintos establecimientos militares. Desgraciadamente no se hizo esto. Los mercenarios de la península fueron considerados como propiedad colectiva de todas las potencias italianas. Las relaciones entre el estado y sus defensores redujéronse al tráfico mas simple. El *Condottiere* presentábase al mercado con su caballo y sus armas, haciendo valer su fuerza y su pericia. Importábale poco tratar con el Papa, el rey de Nápoles, el duque de Milan, ó la señoria de Florencia; su único deseo era alcanzar la mejor paga, y por el término mas largo. Cuando se concluia la campaña para la cual se le habia contratado, no existia ley alguna, ni aun los escrúpulo del pundonor, que le impi-

diese volver sus armas contra sus últimos señores; pues el *Condottiere* no tenia la cualidad de súbdito, ni de ciudadano.

Semejante estado de cosas debia necesariamente engendrar muy graves consecuencias. La guerra cambió de carácter, como era natural, cuando los que se empleaban en ella eran hombres sin adhesion á la causa que defendian, y sin odio á los enemigos contra los cuales se habian obligado á combatir; hombres que perdian con que se pusiese término á las hostilidades, hallando por el contrario ventajas en su prolongacion. Cada uno de ellos llegaba al campo de batalla con la idea de que quizá en breve tiempo recibiria su estipendio del mismo poder contra el cual se hallaba en armas. Los sentimientos mas naturales y los intereses mas positivos, contribuian asi mismo á impedir que hubiese encarnizamiento en las recíprocas hostilidades de indivíduos en otro tiempo compañeros de armas, ó que podian llegar á serlo de un instante á otro. Su profesion comun era un vínculo que no debia olvidarse, aun cuando sirviesen bajo gobiernos enemigos. De ahí provenia una série de marchas y contramarchas, de sitios, de bloqueos, de combates en que no corria la sangre, y que forman durante dos siglos, toda la historia militar de la Italia. Ejércitos poderosos pelean desde la madrugada hasta el anochecer; alcánzase una gran victoria; tómanse millares de prisioneros, y apenas si se cuenta algun muerto. Una

batalla campal llegó á ser menos peligrosa que una asonada popular.

El valor habia dejado de figurar en el número de las virtudes marciales. Los hombres se envejecian en los campamentos y adquirian reputacion por sus hechos militares, sin haberse expuesto jamás á un verdadero peligro. Las consecuencias de aquella pésima organizacion fueron deplorables, como fácilmente se concibe. La parte mas rica y mas culta de Europa se encontró sin defensa contra los bárbaros que sin cesar se presentaban á invadirla; contra la insolencia de los franceses, la brutalidad de los suizos y la rapacidad feroz de los aragoneses. Los resultados morales de semejante situacion son todavia mas dignos de notarse.

En los pueblos incultos que habitaban mas allá de los Alpes, el valor era una cualidad indispensable. Sin ella pocos hombres podian adquirir importancia ó asegurar la tranquilidad de su vida. En las naciones civilizadas de Italia, enriquecidas por el comercio, regidas por leyes regulares llenas de entusiasmo por las artes y la literatura, la superioridad de la inteligencia lo gobernaba todo. Sus guerras mas pacíficas que la paz de sus vecinos, exigian antes las dotes civiles que los talentos militares. Sucedia pues, que mientras en las otras naciones europeas el valor era tenido en gran cuenta, los italianos, como acontece entre los chinos, fundaron su pundonor en la agudeza y penetracion del ingenio.

Resultaron de ahí dos sistemas de moralidad de todo punto diferentes. En la mayor parte de Europa, los vicios á que son inclinados los caractéres tímidos, y que sirven de proteccion á la flaqueza, el fráude y la hipocresía, han sido en todo tiempo los mas aborrecidos; mientras se han mirado siempre con cierto respeto los excesos nacidos de un ánimo apasionado y violento. Los italianos por el contrario, trataban con igual indulgencia los crímenes que exigen el hábito de saberse reprimir, astucia, sagacidad y un conocimiento profundo del corazon humano.

Un príncipe como Enrique V, por ejemplo, era naturalmente el ídolo del Norte. Los extravios de su juventud, la ambicion de su edad madura, las víctimas quemadas á fuego lento, los prisioneros asesinados en el campo de batalla, los tristes resultados de una guerra sin causa y sin utilidad, todo esto desapareció ante el brillo de los laureles de Agincourt! El prototipo del héroe italiano se encuentra en la figura histórica de Francisco Esforcia. Él hizo servir igualmente á amigos y enemigos para llevar á cabo sus designios. Primero triunfó de sus enemigos sirviéndose al efecto de unos aliados sin fé; luego volvió contra estos los recursos que, por medio de su auxilio, habia arrebatado antes á sus adversarios. En su incomparable destreza, elevóse de la situacion precaria é independiente de un aventurero militar, al mas hermoso trono de

la Italia. En gracia de su habilidad, los compatriotas de Esforcia le perdonaban sin esfuerzo las promesas violadas, el olvido en la amistad, las aversiones implacables. Tales son las contrapuestas faltas en que se dejan caer los hombres, cuando subordinan su moral á sus provechos y no á las grandes reglas, principios eternos de justicia.

Un ejemplar tomado de una ficcion poética explicará mejor todavia nuestro pensamiento. Otelo mata á su mujer, dá la órden para que maten á su teniente, en seguida dáse él mismo la muerte. Entretanto esto no le aleja ni por un solo instante la estima y la atencion en un auditorio del norte, pues todo lo redime en su sentir su alma ardiente y su carácter intrépido. Su simplicidad ingénua al escuchar los consejos de un traidor, la turbacion de su espíritu á la sola idea de su afrenta, la pasion que le domina cuando comete sus crímenes, el modo altivo y onimoso con que los confiesa, excitan un interes extraordinario entre los expectadores ingleses. *Yago* al contrario solo les causa repugnancia. Pero nosotros creemos que un público italiano, en el siglo quince, habria sido impresionado muy distintamente. Otelo no hubiera inspirado sino odio y desprecios. La insensatez con que se fia en las protestas amistosas de un hombre cuyos proyectos ha cruzado, la crueldad que muestra dando á vanas aserciones y á circunstancias indiferentes el valor de pruebas positivas, la ma-

nera como rechaza las explicaciones, hasta el momento en que solo sirven para agravar su desgracia, serian motivo de una repulsion general. En cuanto á Yago, aunque su conducta fuese condenada, vendria mezclado á la desaprobacion un sentimiento de interés y respeto. La sagacidad de su espíritu, la claridad de su juicio, el arte con que oculta su pensamiento y adivina lo que pasa en el corazon de los demas, habrian hasta cierto punto excitado las simpatias de los italianos de aquella época.

Dos siglos antes de la era cristiana existia una diferencia semejante entre los griegos y los romanos sus señores. Los conquistadores animosos y resueltos, fieles á sus compromisos y bajo la poderosa influencia de sus sentimientos religiosos, eran al propio tiempo ignorantes, déspotas y crueles. El pueblo subyugado era el depositario de las ciencias, de la literatura y de todas las artes del mundo occidental. Los griegos eran cultos, tenian un ingenio vivo y penetrante; eran tolerantes, afables, humanos; pero casi siempre se hallaban desprovistos de valor y de sinceridad. Los guerreros semi-bárbaros que los habian vencido, se avenian de buen grado con su inferioridad intelectual al observar que los conocimientos de que se enorgullecia la Grecia á modo que transformasen á los hombres haciéndoles cobardes, viles y ateos. Esta diferencia entre los dos pueblos se prolongó mucho tiempo, y ofreció admirable asunto al estro satírico de

Juvenal. El griego de la época de ese gran poeta y el de la Pericles, se hallaban como q' refundidos en el italiano de una república de la edad media. A semejanza del primero, era ductil, tímido, artificioso y sin escrúpulos. A ejemplo del segundo, tenia uno pátria cuya prosperidad é independencia le eran caras. Sus malas inclinaciones eran compensadas por su espíritu público y una honrosa ambicion.

Un vicio autorizado por la opinion general produce muchos menos estragos sobre el conjunto del carácter, que un vicio condenado por ella. El primero es una enfermedad puramente local; el segundo se extiende como la lepra y altera sucesivamente toda la economía. Cuando la reputacion del culpable es infamada, casi siempre la desesperacion le hace perder lo que le resta de buenas cualidades. Un asesino comun es condenado á la pena capital, por un crímen menor que el de aquellos romanos que hacian combatir en sus circos á doscientos gladiadores, para alcanzar el favor y los aplausos de la multitud. Sin embargo es verosimil el que esos romanos no eran tan crueles como los miserables que cada año son ejecutados por la mano del verdugo.

En Inglaterra, una mujer pierde su reputacion y su rango en la sociedad por liviandades que en un hombre son consideradas como distinciones honrosas, ó al menos como lijeros defectos. Qué resulta de ahí? Que el carácter de una

mujer sufre mayor alteracion por una sola falta, que el de un hombre por veinte años de intrigas.

Apliquemos ahora estos principios al asunto que nos ocupa. Indudablemente, es con harta razon que el disimulo y la falsía habitual en un hombre de nuestros dias y de nuestro pais le desacreditan del modo mas completo en la opinion general; pero de ahí no se deduce que un italiano de la edad media deba ser juzgado de la misma manera. Sucede con frecuencia al contrario, que hallamos esos vicios unidos á muchas virtudes, la generosidad, el patriotismo, el desprendimiento. Desgraciadamente la mayor parte de los historiadores no dirigen nuestra atencion sobre consideraciones de este género. Examinan detenidamente qué trazas se dió Filipo para colocar sus tropas en la batalla de Querenoa, ó los medios de que usó Aníbal para su travesia de los Alpes; si Maria Stuardo fué causa de la muerte de Darnley; ó si fué Siguier quien mató á Cárlos XII; y mil otras cosas de igual linaje muy poco importantes en sí mismas. Estas investigaciones pueden divertirnos; pero no contribuyen á aumentar nuestra sabiduría. Solo lee la historia con provecho el que observa en ella á qué punto las circunstancias modifican poderosamente los sentimientos y las opiniones de los hombres; y de qué modo los vicios pasan por virtudes y las paradojas por axiomas. Es así como se alcanza á discernir en la naturaleza hu-

mana lo accidental y transitorio de lo que es permanente é inmutable.

Bajo este aspecto, ninguna historia sugiere reflexiones mas importantes que la de las repúblicas toscanas y lombardas. En general, el carácter del hombre de estado de los siglos catorce y quince, presenta un amalgama de contrariedades, que le hace asemejar á la monstruosa portera del infierno de Milton, mitad divinidad y mitad serpiente, cuya parte superior era bella y magestuosa, mientras que la otra extremidad, repleta de ponzoña, se arrastraba por los suelos. Vemos por ejemplo un hombre, cuyos pensamientos y palabras están en desacuerdo, que así jura cuando para engañar tiene necesidad de hacerlo, como quebranta sus promesas consultando en ello su interes, sin que nunca le falte ningun pretexto. Sus crueldades no dimanan de la efervescencia de su sangre, ni de la violencia de su índole, sino de una meditacion fria y profunda.

Sus pasiones, como una tropa ejercitada, son impetuosas con método, y, ni en el propio momento de la explosion, desconocen la regla á la que se hallan sometidas. Su espíritu combina sin cesar vastos proyectos de ambicion, y no obstante la serenidad de su semblante y de su lenguaje, anuncia una moderacion filosófica. El ódio y la venganza fermentan en su corazon; pero su mirada es afectuosa, su ademan expresivo, y una perpétua sonrisa ilumina su rostro.

Jamas escita la desconfianza de su adversario usando de provocaciones menguadas; sus proyectos no se descubren sino cuando se cumplen. Adormece la vigilancia hasta el momento de hallarse bien seguro del punto donde deben dirigirse sus golpes. Entonces hiere por primera y última vez. No posee ni estima el valor militar de que se enorgullecen el vano y frívolo frances, el arrogante y romancesco español, el pesado aleman. Evita el peligro, no porque sea insensible á la vergüenza, sino porque en la sociedad de que hace parte, la timidez no es oprobiosa. En su opinion, hacer abiertamente una injuria es tan malo como hacerla en secreto, con la diferencia de ser menos provechosa. Segun él, los medios mas honrosos son los mas seguros, los mas prontos y los mas ocultos. No pueden concebir haya persona que tenga escrúpulos de engañar, á quien no tiene embarazo en perder. Encontraria que era una locura el declarar desembozadamente su rencor contra aquel á quien puede apuñalear al darle un abrazo amistoso, ó envenenar con una hostia consagrada.

Entretanto este hombre apesar de todos los vicios de que acabamos de hablar; este traidor, este hipócrita, este cobarde, este asesino, no estaba excento de algunas prendas que denotan un cierto grado de elevacion de espíritu.

Aquellos guerreros bárbaros que le eran tan superiores en el campo de batalla, se hallaban

muy distantes de poseer comparativamente, ni su valor civil ni su presencia de ánimo; ni su perseverancia. Los peligros que evitaba con un cuidado pasilánime, jamás perturbaban su razon, ni eran parte á que profiriese palabras indiscretas, ni á que se anublase su impenetrable frente. Enemigo peligroso, cómplice mas peligroso todavia, era como señor, equitativo y benévolo. No egercia actos de inútil crueldad; y cuando no tenia en vista algun objeto político, era apacible y humano. La suceptibilidad de sus nervios y la actividad de su imaginacion, le llevaban á simpatizar fácilmente con las impresiones de los demas, complaciéndose en los halagos de la vida social. Su disimulo y sus intrigas parece que debieron haberle hecho incapáz de concebir levantados pensamientos; pero sus estudios filosóficos impedian el apocamiento de su mente. Indiferente hácia la verdad en el comercio ordinario de la vida, la buscaba con ardor en sus trabajos especulativos. Estaba dotado de una sensibilidad exquisita para la elocuencia, la poesia y todas las producciones del ingénio. Las bellas artes encontraban en él un juez ilustrado y un protector generoso.

Los retratos que nos han quedado de algunos de los hombres de estado italianos de aquella época, están en perfecta armonía con lo que acabamos de decir sobre las disposiciones dominantes de su carácter. Anchas y magestuosas frentes; cejas negras y espesas, pero que nunca

se fruncian; ojos cuya tranquila mirada al mismo tiempo que no expresaban nada, parecian penetrarlo todo; mejillas cuya palidez era causada por el hábito de una existencia meditativa y sedentaria; lábios delineados con una delicadeza femenil, que en su contraccion indicaban un carácter resuelto; todo este conjunto parece revelar á unos hombres á la vez emprendedores y circunspectos, tan hábiles en descubrir los secretos agenos como en ocultar los propios; que debian ser enemigos peligrosos, aliados poco seguros, y sin embargo de blando é inalterable humor, haciéndoles su sagacidad intelectual juntamente aptos para los trabajos de la vida activa y de la vida contemplativa, para gobernar, así como para instruir la especie humana.

Cada edad, como cada nacion, tienen ciertos vicios característicos que casi universalmente prevalecen, que casi todo el mundo confiesa y que el moralista mismo no debe censurar sino con moderacion y cordura. Las generaciones siguientes cambian de moral, como cambian de trajes, y tomando algun nuevo vicio bajo su proteccion, se asombran de la corrupcion de sus antepasados. En semejantes ocasiones proceden como los dictadores romanos despues de un alzamiento general. Viendo que los culpables son demasiado numerosos para que puedan ser todos castigados, la posteridad elige algunos á la suerte, y les hace sufrir esclusivamente la responsabilidad de una culpa, en la que no tienen mas

parte que aquellos á quienes ha concedido su indulgencia. Ignoramos si esta manera de proceder conviene en las egecuciones militares, pero protestamos solemnemente contra su introduccion en la filosofía de la historia.

En el caso particular de que nos ocupamos, es Maquiavelo á quien la posteridad ha tomado por víctima, sin considerar que su conducta política ha sido recta y honorable; que cuando sus ideas morales diferian de las de sus compatriotas, era casi siempre en buen sentido; y que su único error consistía en haber adoptado algunas de las máximas entónces generalmente admitidas y el haberlas expuesto con mas vigor y en un orden mas luminoso que los demas escritores de su siglo.

Ahora que hemos ya hecho conocer el caracter particular de Maquiavelo, vamos á hablar de sus obras. Como poeta no merece que se le encumbre mucho. Las *Decenales* no son sino una crónica rimada de la historia de su tiempo. El estilo de esta obra es una imitacion tímida del estilo del Dante. Pero las formas usadas por el Dante, como la de los poetas originales, no se armonizaban ni con su génio ni tampoco con el asunto de su libro. Sus versos ásperos y elaborados, imprimen á sus imágenes fantásticas un sello de algo que es todavía mas fantástico; parece que fuesen hechos por un hombre que se empeña en expresar lo que es de suyo indecible y sobrenatural.

Mas esta novedad singular, cuando es imitada, se presenta á la imaginacion como una extravagancia. Las poesias morales de Maquiavelo son muy superiores á las *Decenales*. Su *Asno de oro* no tiene nada de comun sino en su nombre con la novela de Apuleo; libro que, á pesar de la irregularidad de su plan y de su detestable estilo, es una de las producciones mas interesantes de la literatura latina, encontrándose á la vez reunidas en él los méritos diversos de Lesage, de Ana Radeliffe y de Crebillon.

El poema *El asno de oro* es tambien una imitacion del Dante. El autor se pierde en una floresta; algunos mónstruos le llenan de pavor, hasta que se presenta una hermosa mujer á socorrerle. Su protectora le conduce á un paraje habitado por multitud de animales alegóricos, cuyas propiedades explica largamente. Encuéntranse en este pasaje versos enteros tomados de la *Divina comedia*, pero que no producen el efecto de costumbre.

Virgilio aconseja al cultivador que quiera trasladar de un sitio á otro una planta, el colocarla de la misma manera en que se hallaba en su primitivo terreno. El mismo cuidado es necesario cuando se trasplantan flores poéticas, sin lo cual se marchitan. Considerándolo bien, el *Asno de oro* está distante de ser una obra sin mérito. La alegoría es en ella á menudo ingeniosa, y las descripciones, tienen brillo y viveza.

Las comedias de Maquiavelo merecen una atencion mas prolija. La *Mandrágora* especialmente, es superior á las mejores piezas de Goldoni, y solo inferior á las de Moliére; puede mirársela como la produccion de un hombre que si se hubiese dedicado á aquella cuerda, habria causado un efecto salutar y permanente en el gusto nacional. Sacamos esta consecuencia no tanto por los grados de talento que revela la citada comedia, como por la naturaleza de ese mismo talento. Hay obras dramáticas cuya lectura suspende quizá el ánimo con mayor halago y sobre las cuales, sin embargo, no habriamos emitido el mismo juicio. La señal mas segura de la decadencia de un arte es mas bien que la multiplicidad de las faltas, el empleo intempestivo de sus grandes bellezas. Asi es como la tragedia se corrompe cuando imita la solemnidad de la epopeya, y la comedia se desnaturaliza por el abuso de las agudezas del ingenio.

El objeto real del drama es la pintura del corazon humano. No es esta una regla arbitraria como las que establecen el número de actos en una pieza, ó el de las sílabas en un reglon, sino la ley fundamental á la cual debe subordinarse todo. La accion que pone mas en relieve los caractéres es la mejor; y el mejor estilo el que con mas energía expresa las pasiones. Este principio, bien comprendido, deja al poeta en completa libertad. No hay clase alguna de estilo que la literatura dramática rechace de una manera

absoluta y que no pueda emplearse con oportunidad. En la eleccion de lugar, de tiempo y de los personajes, es en donde escollan los poetas de un talento subalterno.

Nadie ha hecho mas mal á la comedia que Congreve, Seridan, y Beaumarchais. Eran sin duda hombres de mucho ingenio; pero pintaban todos sus carácteres copiandose á sí mismos. Sus composiciones son á la comedia lo que es un trasparente en comparacion de la pintura. No se encuentran en ellas toques delicados, finas graduaciones de colores; todas las partes brillan iluminadas con el mismo esplendor. La vivacidad de la luz confunde los matices. Las flores, los frutos, aparecen con abundante profusion; pero en esa abundancia, hay algo de silvestre; no es la de un jardin donde por todas partes resalta el arte del jardinero que le cultiva, sino mas bien la de una floresta cuyas riquezas vegetales se hallan acumuladas desordenadamente y sin gusto. En las piezas de Sheridan y de Beaumarchais, los amos, los criados, los labriegos y aun los que hacen el papel de payos todos son agudos decidores. Don Bartolo no es menos gracioso que el barbero, y hasta las simplezas de *Bridoison* y de *Gripe-Soleil* son conceptuosas.

Para mejor discernir el absurdo de semejante sistema, bastaria comparar los personajes de los poetas que acabamos de nombrar, con el bastardo en el *Rey Juan* ó la nodriza en *Romero* y *Julieta*. Evidentemente no es por falta de chis-

pa, que Shakspeare ha adoptado un método tan diferente. Si lady Snerwell tiene mucha en la *Escuela del escándalo*, el Falstaff de Shakspeare la sobrepuja en despejo y en gracia. Pero aquel gran poeta conocia mejor el objeto de su arte. «La naturaleza, decia en su lenguaje simple y enérgico, debe reflejarse en una pieza de teatro como se refleja en un espejo.»

Esta digresion hará comprender mejor lo que hemos querido expresar al asegurar que, en la *Mandrágora*, Maquiavelo habia probado que entendia perfectamente la verdadera índole de la comedia y que hubiera podido sobresalir en ella. Interesa por la exacta y rigorosa pintura del corazon humano, aun cuando la accion no esté manejada con destreza, y provoca la risa, sin mostrar la menor pretension á ser chistoso. El amante que de cierto no peca ni por lo generoso, ni por lo delicado, y su consejero el parásito, están pintados con mucho estro.

Pero el láuro de la pieza recae principalmente en el papel de Nicias. Tiene este justamente el grado necesario de necedad para ser un objeto de ridículo sin que lo sea de lástima. Se parece un tanto al pobre Calandrino, cuyos infortunios contados por Boccace divierten hace cuatro siglos á la Europa. Quizá se parece mas aun á Simon de Villa, á quien Bruno y Buffalmaco habian prometido el amor de la condesa Civillari. Nicias egerce como Simon una docta profesion, y la dignidad con que lleva las borlas doctora-

les hace que sus desatinos sean mas grotescos. El viejo idioma toscano convenia eminentemente á aquel gracioso personaje, la simplicidad que lo distingue tiene halago y donaire, y comunica á los razonamientos mas concisos y mas graves una expresion infantil. Cuando los héroes y los estadistas le emplean, parece que tartamudeasen. Pero en Nicias sienta á maravilla y hace resaltar sus disparates. Maquiavelo ha hecho otras comedias; sin embargo no emprenderemos su exámen, habiendo ya dicho lo bastante sobre el particular y mayormente cuando siendo esas producciones muy poco conocidas de la generalidad de nuestros lectores, su estudio mal puede interesarles.

La pequeña novela ó cuento de *Belphegor*, está bien urdido y agradablemente narrado: aunque la exageracion de la sátira debilite su efecto. Maquiavelo habia sido un mal casado, y el deseo de vengar su causa y la de sus compañeros de infortunio, le sacó completamente de quicio.

La correspondencia política de Maquiavelo, publicada por la primera vez en 1767 es muy auténtica é interesante en alto grado. Las desgraciadas circunstancias en que se habia visto colocado su pais durante la mayor parte de su vida pública, eran propias á favorecer el desarrollo de los talentos diplomáticos.

A contar desde el dia en que Cárlos VIII descendió de los Alpes, se cambió todo el sistema de

la política italiana. Los gobiernos de la península perdieron su independencia. Separados de sus antiguas órbitas por la atraccion de los grandes cuerpos que se acercaban á ellos, tornáronse simples satélites de la Francia y de España. Sus diferencias internas ó externas eran resueltas por la influencia extranjera. Las altercaciones de los opuestos bandos no tenian ya lugar, como antes, en el recinto del senado ó en la plaza pública, sino en el gabinete de Luis y de Fernando. Las cosas en este punto, la prosperidad de los estados italianos dependia mas de la habilidad de los agentes que enviaban al extranjero, que de la conducta de los que dirijian los negocios en el interior. El embajador italiano tenia que llenar encargos mas árduos que los de trasmitir órdenes de caballería, ó presentar viageros en la córte cerca de la cual se hallase acreditado. Era el abogado, el defensor de los mas altos intereses de su patria, un espia revestido de un carácter inviolable. En vez de protejer la dignidad de aquellos á quienes representaba, usando de maneras reservadas y de un lenguaje equívoco, ponía en juego todas sus artes á fin de penetrar hasta el fondo en las intrigas que agitaban las bárbaras córtes en donde ejercía sus fuciones. Trataba de descubrir, de lisonjear las flaquezas del príncipe que gobernaba el estado, y de los privados que gobernaban al príncipe. Debia grangearse á la dama, sobornar al confesor, suplicar, amenazar con mesura, poner á prove-

cho todos los caprichos, adormecer las sospechas, verlo y soportarlo todo. Por mas estremado que fuese el arte de la política italiana, aquellos tiempos exigian el empleo de todos sus recursos.

Muchas veces fué encargado Maquiavelo de aquella espinosa tarea. Concluyó tratados con el rey de los romanos y con el duque de *Valentinois*. Fué dos veces embajador en la córte de Roma y tres en la de Francia. En estas diversas comisiones se desempeñó con gran destreza, así como en otras de secundaria importancia. Sus pliegos forman una coleccion muy entretenida y á la vez muy instructiva. En ellos no se encuentra ese guirigay misterioso de las piezas diplomáticas del dia, especie de gerigonza convenida entre los ladrones y fulleros políticos. Las narraciones son claras y bien escritas; las observaciones sobre los hombres y las cosas, agudas y discretas.

Dáse cuenta de las conversaciones de un modo animado y característico. Nos trasportan á la presencia de los hombres que, durante veinte años fecundos en acontecimientos, ordenaron los destinos de Europa. Les escuchamos en la intimidad; vemos sus ademanes familiares: es digno de curiosidad reconocer, en circunstancias que la dignidad de la historia desatiende, la violencia mezclada de debilidad y la astucia impotente de Luis XII: la pasion desgraciada que tenia por la gloria de aquel Maximiliano, á un tiempo ar-

rebatado y encogido, tenaz é inconsistente, siempre con prisa y atrasado siempre; la arrogante energía que daba realce de nobleza á las extravagancias de Julio II; las maneras llenas de suavidad y gentileza que ocultaban la ambicion insaciable y las implacables enemistades de Borgia.

Acabamos de mencionar á Borgia; es imposible no detenerse un instante al citar á este hombre en quien la moralidad política de los italianos de su tiempo se halla en cierto modo personificada, aunque con mezcla de algunos de los rasgos mas enérjicos del carácter español.

En dos ocasiones importantes fué admitido Maquiavelo á tratarle íntimamente; primero, cuando con una habilidad verdaderamente infernal venia Borgia de obtener el mayor de sus triunfos, haciendo caer en una misma celada é hiriendo con el mismo golpe á sus mas formidables rivales; y en seguida, cuando desfallecido por las enfermedades y abrumado por desgracias que la prudencia humana no hubiera podido evitar nunca, se hallaba prisionero del mas mortal enemigo de su casa. Aquellas entrevistas entre el hombre de estado práctico, considerado como el mas hábil de su siglo, y el mas grande hombre de estado especulativo de la misma época, están extensamente narradas en la correspondencia, y forman su parte mas interesante. Segun algunos pasajes del *Príncipe*, y probable-

mente tambien estando á algunas vagas tradiciones, muchos escritores han creido que estos dos notables personajes habian tenido conexiones mas estrechas que las que mediaron en realidad entre ellos.

El embajador ha sido acusado de haber aconsejado los crímenes de aquel tirano artificioso é impio; pero los documentos oficiales prueban que sus relaciones, aunque en la apariencia amistosas, eran en el fondo enteramente hostiles. No cabe duda, sin embargo, de que en la imaginacion de Maquiavelo y en sus ideas políticas, hayan influido poderosamente sus observaciones sobre el carácter y el destino de aquel hombre extraordinario, á quien á pesar de tantos obstáculos encumbró tan alto la fortuna, hombre que, cuando los deleites corporales presentados bajo innumerables formas no fueron suficientes á estimular su naturaleza ya gastada, encontró mas durable y enérgico aliciente en su sed inextinguible de poder y de venganza; que desechó la púrpura romana de que se hallaba revestido, para alcanzar la palma de ser el primer general de la milicia de entonces; que, educado en una profesion pacífica, formó un brioso egército de la hez de una poblacion sin valor; que, despues de haber obtenido la soberanía dando en tierra con sus enemigos, se hizo popular quebrando sus propios instrumentos; que habiendo empezado á emplear de la manera mas útil un poder debido al empleo de los resortes mas infames, no tole-

raba en la esfera en que su despotismo se egercia, otro espoliador ni otro tirano que á sí mismo; que sucumbió en fin en medio de las maldiciones y del pesar de un pueblo en quien su génio habia causado admiracion y espanto y del cual quizá hubiese sido el salvador. Algunos de los crímenes de Borgia que nos parecen mas odiosos, no afectaban de igual modo á un italiano del siglo quince. Sentimientos patrióticos podian tambien determinar á Maquiavelo á sentir la pérdida del único hombre capaz de defender la independencia de la Italia contra los usurpadores confederados en Cambray.

El deseo de la expulsion de los opresores extranjeros, y de la restauracion de aquella edad de oro que habia precedido á la invasion de Cárlos VIII, agitaba en la época en que hablamos el corazon de todos los patriotas italianos. Ese deseo preocupaba incesantemente el genio vasto, pero desordenado de Julio II, y distraia la atencion del frívolo Leon X, de su amor á la caza y de su gusto por los placeres de la gula, los manuscritos y los cuadros. Fueron estos proyectos los que determinaron la generosa traicion de Morone, infundieron una pasajera energía en el alma débil del último de los Esforcia y alimentaron por algun tiempo una honrosa ambicion en el falso pecho de Pescara. No eran la ferocidad y la insolencia el carácter distintivo de los italianos. Si se mostraban demasiado indulgentes hácia los actos de barbárie cometidos con un gran fin so-

bre víctimas ya señaladas de antemano, apartaban con repugnancia los ojos de los crímenes que no tenian objeto. Los sañudos extranjeros que los perpetraban, no contentos con subyugar querian tambien destruir; gozábanse con diabólico placer en arrasar magníficas ciudades, en degollar enemigos inermes, en sofocar en las cavernas que les servian de refugio á las poblaciones aterradas. Tales eran las escenas que diariamente escitaban el horror de un pueblo en el cual lo mas que antes podia temer un soldado en una batalla campal, era la pérdida de su caballo ó los gastos que demandaba su rescate.

La grosera intemperancia de los suizos, la rapacidad de los españoles, la licencia de los franceses que hollaban todas las leyes de la hospitalidad, de la decencia y del amor; la crueldad inútil, comun á todos esos bárbaros, les habian hecho el blanco de la execracion general en la península. Las riquezas acumuladas durante muchos siglos de prosperidad y de calma se iban destruyendo con asombrosa rapidez, mientras tanto la superioridad intelectual del pueblo oprimido le hacia mas dura su degradacion política. Las artes, la literatura comenzaban á ocultar su decadencia bajo una prodigalidad de ornamentos sin gusto. El hierro no habia penetrado aun hasta el corazon. Todavía no era llegado el tiempo en que la mano del pintor perdiese su destreza, en que la lira de los poetas fuese suspendida en las cañas que crecen en las márge-

nes del Arno. No obstante una vista sagaz pudiera apercibir que el génio y las ciencias no sobrevivirian largo tiempo al estado de cosas que les habia engendrado, y que los grandes hombres que daban lustre con su talento á aquel triste período, formados en dias mas felices, no dejarian herederos. Maquiavelo sentia profundamente las desgracias de su patria, y su penetracion le indicaba juntamente el orígen de aquellas y el modo de aplicarse á remediarlas. El sistema militar de la nacion italiana era el que habia destruido su valor y disciplina, haciendo de ella fácil presa para los dominadores extranjeros. El secretario de la República de Florencia concibió en presencia de ello un proyecto para abolir el enganche de tropas mercenarias, y para sustituirlas por una milicia nacional.

Los esfuerzos que tentó para egecutar este gran designio debieran bastar por sí solos á que se honrase su memoria. Aunque su empleo y sus hábitos fuesen pacíficos, estudió con perseverancia la teoría de la guerra y sus minuciosos detalles. El gobierno florentino patrocinó sus miras; se creó un consejo de guerra y se ordenaron levas. Este infatigable ministro andaba de ciudad en ciudad vigilando la ejecucion de su plan, para cuya realizacion era á muchos respetos favorable aquella época. La táctica militar habia pasado por una gran revolucion; la caballería no era ya considerada como la única fuerza constitutiva de un egército. Algunas horas

robadas á las ocupaciones ordinarias del ciudadano, eran insuficientes para formar buenos ginetes, aunque bastaban para crear infantes útiles.

El temor del yugo extrangero, del pillaje, de las matanzas, podian tambien triunfar de aquella repugnancia por la vida militar, que la industria y los ocios de las ciudades populosas habian igualmente contribuido á producir. Durante cierto tiempo, aquel gran proyecto pareció alcanzar buen suceso. Las nuevas tropas maniobraban con regularidad. Maquiavelo veia el feliz resultado de su plan con una satisfaccion paternal y empezaba á creer que las armas de sus compatriotas podrian hacer refluir á los bárbaros sobre el Rin y sobre el Tajo; pero el torrente de la mala fortuna de nuevo se precipitó sobre Florencia, antes que las barreras destinadas á contenerlo se hubiesen hallado suficientemente preparadas.

Aquella ciudad no obstante habia gozado de una felicidad relativa. La escasez suma, la peste y la espada habian sembrado la devastacion en las fértiles llanuras y en las bellas ciudades del Pó. Todas las maldiciones fulminadas otrora contra Tiro por los profetas, parecía que hubiesen caido sobre la desgraciada Venecia. Los mercaderes deploraban ya la ruina de su gran ciudad; parecía próximo el momento en que el Rialto se cubriría de yerbas marítimas, y en que el pescador secaría sus redes en el arsenal desierto.

En cuatro diferentes ocasiones, Nápoles habia sido conquistado y reconquistado por tiranos igualmente indiferentes á su bienestar y dominados de igual rapacidad. Florencia tuvo que someterse á extorsiones violentas; á comprar y rescatar contínuamente á precio enorme lo mismo que la pertenecía; á agradecer el mal que se la hacia, y á excusarse de estar en su derecho. Mas fué por último privada de las dulzuras de esa quietud cobarde. Las instituciones políticas y militares fueron aniquiladas de un golpe. Los Médicis volvieron de su largo destierro. Abandonáronse los planes de Maquiavelo, y aquel gran ciudadano obtuvo en premio de los servicios prestados á su pátria, la pobreza, la cárcel y el tormento.

No obstante, el estadista decaido no renunció á su proyecto y ocupábase de él aun en medio de sus infortunios. Con el propósito de defenderlo contra algunas objeciones, escribió sus *siete libros* sobre *el arte de la guerra*. Esta escelente obra se halla en forma de diálogo; las opiniones del autor están puestas en boca de Fabricio Colonna el hombre mas poderoso de los estados de la iglesia, y oficial muy distinguido al servicio del rey de España. Detiénese en Florencia, al dirigirse de la Lombardia á sus dominios. Es invitado por algunos amigos á una comedia en casa de Cosme Ruccelai, cumplido jóven cuya prematura muerte lamenta Maquiavelo del modo mas patético. Despues de un elegante festin los

convidados van á guarecerse de los ardores del sol en un bosquecillo del jardin. Algunas plantas raras llaman la atencion de Fabricio. Su huésped le dice que aun cuando fuese difícil en el dia el procurarse esas plantas, eran antes comunes; que los autores clásicos hacen con frecuencia mencion de ellas; y que su padre, asi como otros italianos, se entretenia en practicar los antiguos métodos de la jardinería. Fabricio manifiesta entonces el pesar de que aquellos que en los últimos tiempos afectaban las costumbres de los antiguos romanos, les imitasen solo en las cosas triviales. Esto hace recaer la conversacion sobre la decadencia de la disciplina militar, y sobre el modo con que se la pudiera reparar. La institucion de la milicia florentina es hábilmente defendida, indicándose muchos medios de mejorarla en sus detalles.

Los Suizos y los españoles eran considerados entonces como los mejores soldados de la Europa. El batallon suizo componíase de soldados armados con picas y asemejábase mucho á la falange macedonia. Los españoles, á la manera de los soldados romanos, llevaban espadas y rodelas. Las victorias de Flaminio y de Paulo Emilio sobre los reyes macedones, prueban al parecer la superioridad de las armas usadas por las legiones de Roma.

La misma experiencia produjo el mismo resultado en la batalla de Ravena. En aquel terrible conflicto, los viejos tercios de Aragon, aban-

donados por todos sus aliados, se habrieron paso por entre lo mas espeso de las lanzas imperiales, y efectuaron su retirada en el mejor órden, en presencia de la formidable *gendarmería* de Gaston de Foix y de la artillería del de Este. Fabricio, ó antes bien Maquiavelo, propone el combinar los dos sistemas; armar de picas las primeras filas para rechazar á la caballeria, y á las demas con la espada como mas á propósito á poder servir en cualquier trance. En la prosecucion de la obra, Maquiavelo profesa la mas alta estima por el arte militar de los romanos, y el mas profundo desprecio por las máximas en valimiento entre los generales italianos de la generacion precedente. Prefiere la infantería á la caballería, y los campos atrincherados á las plazas fuertes. Los movimientos rápidos y los encuentros decisivos, debieran segun él sustituirse á las lentas y morosas operaciones de sus compatriotas. Dá poca importancia á la invencion de la pólvora. Ni siquiera aparenta suponer que ella deba producir algun cambio en la manera de armar y disponer las tropas. Este error, como lo afirma el testimonio unánime de los historiadores, era comun entre sus contemporáneos; provenia de que la artillería, entonces de imperfecta construccion y mal servida, aunque fuese útil en los sitios, lo era muy poco en el campo de batalla.

No abriremos juicio sobre la táctica de Maquiavelo; diciendo únicamente que el libro en que

expone sus principios, es por cierto muy curioso. Puédesele considerar como un excelente comentario sobre la historia de su tiempo. La gallardia, el ingenio, la claridad del estilo, la elocuencia y el calor de algunos pasajes, son á propósito para agradar aun á aquellos lectores á quienes no interesa el asunto de que tratan.

*El Príncipe* y el *Discurso sobre Tito Livio* fueron compuestos despues de la caida del gobierno republicano. La primera de esas obras está dedicada al jóven Lorenzo de Médicis. Esa dedicatoria parece haber escitado mas aversion contra Maquiavelo, entre sus contemporáneos, que las doctrinas que mas tarde hicieron tan odioso su nombre. Se la consideró como una apostasía política. El hecho es sin embargo que, desesperando Maquiavelo de la *libertad* de Florencia, estaba dispuesto á sostener á todos los gobiernos capaces de proteger su *independencia*.

El intérvalo que separaba una democracia de un despotismo, Soderini y Lorenzo de Médicis, parecía borrarse si se le comparaba á la diferencia que existia entre el antiguo y el nuevo estado de la Italia; entre la seguridad, la opulencia y el sosiego de que habia gozado durante los gobiernos precedentes, y la miseria á que se vió condenada desde el año fatal en que los tiranos extrangeros descendieron de los Alpes. La noble y patética exhortacion con que termina el *Príncipe*, muestra cuales eran los sentimientos de Maquiavelo á este respecto.

El *Príncipe* expone los progresos de un hombre aspirante; los *Discursos* los de un pueblo ambicioso. A un estadista moderno la forma de los *Discursos* le pareceria pueril. En el fondo Tito Livio no merece confianza como historiador aunque tenga muchos medios á su disposicion para descubrir la verdad.

Su primera *Década* á la cual limitó su comentario Maquiavelo, no merece mas fé que la crónica de los reyes bretones anteriores á la conquista de los romanos. Pero el publicista florentino no ha tomado de Tito Livio mas que algunos textos, los que hubiera podido elegir del mismo modo en la *Vulgata* ó en el *Decamerone*. Las reflecciones todas son de su propia cosecha; en cuanto al género de inmoralidad que ha hecho impopular al *Príncipe* y que se halla casi en la misma proporcion en los *discursos*, hemos manifestado ya que la culpa de todo ello, mas que á Maquiavelo, debe imputarse á su siglo. Esto no obstante no podemos disimular que es una fea mancha que contribuye á disminuir el agrado que bajo otros aspectos producen sus escritos en todo espíritu ilustrado.

Es imposible imaginar un ingenio mas sano y mas robusto que el que esas obras indican. Las cualidades del hombre de estado en accion y las del estadista especulativo, se encuentran reunidas y combinadas en ellas de una manera verdaderamente admirable. Los conocimientos positivos de Maquiavelo en los negocios, no ha-

bian disminuido su aptitud para las generalizaciones; sirvieron antes á darles aquel carácter práctico que las distingue tan completamente de las vagas fegorías de la mayor parte de los filósofos políticos.

Todo hombre que conozca el mundo sabe que ordinariamente no hay nada mas inútil que una máxima general. Casi todas son trivialidades; y cuando son ingeniosas y agraciadas, como las de Larochefoucaul, sirven únicamente para emplearlas como epígrafe de un libro. Pero los preceptos de Maquiavelo se hallan en muy distinto caso; y segun nuestro juicio es hacer ellos el mas subido elogio el decir que pueden ser de una utilidad incontestable en muchas circunstancias de la vida real. Sin duda se encuentran faltas en sus obras; pero son de aquellos errores de los que un escritor colocado en la situacion de Maquiavelo pudiera difícilmente precaverse. En su mayor parte resultan de un solo defecto, que se reproduce en todo su sistema. En sus teorías políticas se fijó mas profundamente en los medios que en el fin. El gran principio de que las leyes y las sociedades existen solo para aumentar la felicidad individual, no era todavía suficientemente conocida. La prosperidad del cuerpo político con independencia de la de sus miembros, parece ser el único objeto del afamado publicista.

De todos los horrores políticos es este el que probablemente ha acarreado consecuencias mas funestas. El estado social, las pequeñas repú-

blicas de Grecia, las relaciones de mútua dependencia que mediaban entre sus ciudadanos y la severidad de las leyes de la guerra, propendian á alentar una opinion que, en circunstancias análogas, podia apenas considerarse una falta. Los intereses de cada indivíduo ligábanse estrechamente á los intereses del estado; una invasion destruia los viñedos y los campos que cultivaba el ciudadano en su provecho; una victoria doblaba el número de los esclavos; una derrota podia costarle su propia libertad. Causas idénticas á las que habian influido tan poderosamente sobre las disposiciones de los griegos hiciéronle sentir con no menos fuerza en el carácter mas tímido de los italianos. Hallábanse estos divididos tambien en reducidas comunidades políticas. Cada indivíduo estaba interesado con vivísimo empeño en el bienestar de la república de que era miembro; participaba de su riqueza, de su pobreza, de su vilipendio, de su gloria. Esto acontecia sobre todo en la época de Maquiavelo. Simples particulares poseian inmensas fortunas mobiliarias. Los conquistadores del norte introdujeron la escaséz en su mesa, la infamia en su lecho, el incendio en su hogar, el puñal en su garganta. Era natural que un hombre que vivia en semejantes tiempos se exagerase á sí mismo la importancia de las medidas propias á hacer formidable una nacion y que se curase poco de aquellas conducentes á aumentar su prosperidad interior.

Nada es mas notable en los tratados políticos de Maquiavelo que la sinceridad que revelan; sinceridad no menos resaltante cuando se engaña que cuando tiene razon. Nunca avanza una opinion falsa por el mero hecho de ser nueva, de poder revestirla con una expresion brillante, ó sostenerla por medio de un sofisma. Sus herrores hallan todos su natural explicacion por las circunstancias de que se veia rodeado. Él no las buscó; las encontró como quien dice en su camino, sin que se pudiese evitarlas.

A este respecto, es curioso comparar el *Príncipe* y los *Discursos* con el *Espíritu de las leyes*. Montesquieu goza quizá de la mas encumbrada nombradía que haya alcanzado hasta ahora un escritor político; debe sin duda una parte á su mérito, pero tal vez debe mas á la fortuna. Escribió y fijó la atencion de la Francia, en una época en que salia esta del largo entumecimiento con que la tenia embotada la gazmoñería religiosa y política, y por consecuencia vino á ser su favorito. Especioso pero vacío, buscando los efectos, indiferente hácia la verdad dispuesto á erigir sistemas, sin tomar en cuenta para nada la eleccion de sus materiales, establecia teorías á la manera que se construye un castillo de naipes. Aquella abundancia de ideas incoherentes es la causa de que sea indiferentemente citado por todos los partidos, aun los mas opuestos. Maquiavelo se engaña porque su experiencia adquirida en un estado social particular, no puede

siempre aplicarse á instituciones diferentes de aquellas en medio de las cuales ha vivido. Montesquieu se engaña, porque tiene algo galano que decir y es fuerza que lo diga, ya sea verdadero ó falso. Si no tiene á la mano algun hecho á que pueda dar tormento, como á un nuevo Procusto, para ponerle en armonía con el sistema que improvisa, citará entonces alguna fábula monstruosa de Siam, de la China ó del Japon, referida por escritores que se creian doblemente autorizados á mentir en calidad de escritores y en calidad de jesuitas. Así pues es con harta razon que el hombre dotado quizá de mas agudo ingenio, y el que menos gala hacia de lo que se llama echarla de gracioso, es con razon, decimos, que Voltaire sostenia que el libro de Montesquieu no era el espíritu de las leyes, sino *l' esprit sur les lois.*

La propiedad de las ideas, y la de las expresiones andan ordinariamente juntas. La oscuridad del estilo proviene casi siempre de la confusion de las ideas; y el deseo de lucir, sea al precio que fuere, que produce la afectacion en la manera del escritor, le lleva como por la mano al sofisma. El talento sesudo y verídico de Maquiavelo se distingue luego en la tersura, virilidad y lucidez de su diccion. La de Montesquieu por el contrario denota un espíritu sutil y al mismo tiempo frívolo. Cada manera de estilo, desde la concision misteriosa de un oráculo, hasta las soflamas de un pisaverde, es empleado para

encubrir ideas paradojales ó vulgares. Hay absurdos transformados en epígramas, vaciedades en enigmas. La mirada puede soportar apenas el brillo que de ciertos fragmentos se desprende, ó penetrar la voluntaria oscuridad en la cual se hallan otros envueltos.

Los escritos políticos de Maquiavelo revístense de un interés singular que dimana del sentimiento profundo que revela, toda vez que toca algun tema que le recuerde las desventuras de su pátria. Imposible es imaginar una situacion mas afligente que la de un grande hombre obligado á asistir á la agonía de un gran pueblo; á ser testigo de esas alternativas de exaltacion y descaecimiento que preceden la disolucion; á ver desaparecer uno tras otro todos los signos de vitalidad, y que la muerte sucesivamente se apodera de todos los miembros del cuerpo social. Tal fué el triste destino de Maquiavelo. Aunque no hubiese sido ageno á la inmoralidad política de su nacion y de su siglo, parece que fué mas bien impetuoso y austero, que doloroso y flexible.

Cuando llegó á su colmo la degradacion de Florencia, renunciando á las formas meticulosas de sus compatriotas, no pudo ya contener su despecho; lo exhalaba en cuantos escritos dió á la estampa. Con el ánimo de consolarse de las desgracias de la Italia, complacíase en rememorar su antigua gloria. El recuerdo de las haces de Bruto, de la espada de Escipion, de la gravedad de la

silla curul, de las pompas sangrientas de los sacrificios triunfales, se reproduce con frecuencia en los trabajos de su pluma. Quisiera retrogradar á lo pasado, y encontrarse en aquella época memorable en que ochocientos mil ciudadanos se alzaron, como un solo hombre, á los rumores de una invasion de las Galias. A modo que respirase el alma de aquellos orgullosos patricios que olvidaron los lazos mas sagrados de la naturaleza, en el cumplimiento de sus deberes públicos, despreciaron igualmente el oro y los elefantes de Pirro, y recibieron con una fisonomía impasible la noticia de los desastres de Canas. Estos sentimientos no solo resaltaban en las obras de Maquiavelo; manifestábale tambien en sus conversaciones. Cuéntase que, renunciando á todo decoro, entregábase á accesos de una alegría cínica, y acerba, experimentaba un placer cruel en hacer sentir su envilecimiento á sus conciudadanos y en reprocharles su ignominia; en todas partes les acosaba con sus sarcasmos. El vulgo no podia comprender qué emociones profundas se ocultaban debajo del antifaz de ese buen humor fingido y de esas extravagancias de un sábio.

Réstanos solo hablar de sus composiciones históricas. La vida de Castruccio Castraccani no merece ser colocada en esta clase. Pocos libros hubieran podido ofrecer un interés mas vivo que la relacion juiciosa de la vida de aquel ilustre soberano de Luca, el mas eminente de entre esos

príncipes italianos que, como Pisistrato y Gelon, egercian un poder que se sentia sin apercibírsele, pues se apoyaba en la estimacion pública y en las elevadísimas prendas de aquellos á quienes se hallaba encomendado sin que lo fuera tanto en las leyes y en la prescripcion. Una obra semejante serviría para hacernos conocer la naturaleza de aquella especie de soberanía tan singular y tan mal comprendida, que los griegos llaman tiranía, y que, modificada bajo ciertos aspectos por el sistema feudal, reapareció en las repúblicas de la Lombardia y la Toscana. Por desgracia el libro de Maquiavelo carece enteramente de fidelidad: es solo una ficcion como la novela de *Belphegor*, pero mucho menos divertida.

La última obra de aquel talento superior fué la historia de su ciudad natal; escribióla por órden del Papa, quien como gefe de la casa de Médicis, era entonces soberano de Florencia. Los carácteres de Cosme, de Pedro y de Lorenzo de Médicis, están allí tratados con una imparcialidad y una libertad igualmente honrosas para el autor y para su protector.

Las miserias, las humillaciones, la dependencia, aquel pan del destierro, tan duro y tan amargo, como dice el Dante, no pudieron domeñar el espíritu viril de Maquiavelo. Por otra parte, los halagos de la mas alta dignidad no fueron parte á corromper el corazon generoso de Clemente VII.

La historia á que aludimos no parece ser el fruto de prolijas investigaciones; es positivamente inexacta, pero al mismo tiempo elegante, viva, pintoresca, mas que ninguna otra en lengua italiana. Por su fondo pertenece mas bien á la literatura antigua que á la literatura moderna; está escrita á la manera de Herodoto y de Tito Livio, y no á la de Dávila y de Clarendon. Poniendo las cosas en su punto, ella dá una idea mas verdadera y fiel de las costumbres nacionales que otras historias mas exactas. Una exactitud minuciosa consíguese á menudo á expensas de mas esenciales calidades, y los mejores retratos son aquellos en que se mezcla un tanto la caricatura. Las líneas indiferentes se descuidan, pero los rasgos característicos son reproducidos con vigor y dejan una impresion durable en la memoria.

Maquiavelo vivió lo suficiente para asistir al último esfuerzo de la libertad florentina. Poco despues de su muerte, se estableció la monarquía definitivamente; no aquella monarquía cuyas bases habia cimentado Cosme de Médicis en los hábitos de sus conciudadanos, y que Lorenzo rodeó del prestigio de las artes; sino una tirania á la vez arrogante y vil, débil y cruel, hipócrita y lasciva. El patriotismo de Maquiavelo era aborrecible á los nuevos señores de la Italia; y aquella porcion de sus escritos que era conforme con su conducta inconsistente, les sirvió de pretexto para que denigrasen su fama. Sus obras fue-

ron mal interpretadas por los sábios, desconocidas por los ignorantes, censuradas por la iglesia y calumniadas con toda la acerbidad de un simulado celo, por los aduladores de un vergonzoso despotismo. Votóse á la infamia el nombre de un hombre cuyo génio habia esparcido la luz en tantas partes oscuras del dominio de la política, y que estuvo á punto de romper las cadenas de sus conciudadanos.

Durante mas de dos siglos sus restos confundidos con los del vulgo, no fueron honrados en manera alguna. Al fin un par de la Gran Bretaña tributó las últimas honras al primer hombre de estado de Florencia. Erigióle un monumento en la iglesia de *Santa Croce*, monumento contemplado con respeto por todos los que reconocen las virtudes de un gran ciudadano á través de un siglo degenerado, y que inspirará todavía mayor veneracion cuando se consiga el objeto al cual Maquiavelo consagró toda su vida; cuando el yugo del extrangero se quebrante, cuando un segundo Procida vengue los ultrages de Nápoles, cuando un nuevo Rienzi restablezca *el buen estado* de Roma y que las calles de Florencia y Boloña resuenen otra vez á su antiguo grito de guerra: *Popolo, popolo! muoiano i tiranni* «Pueblo, pueblo! mueran los tiranos.»

*(Edinburgh Review.)*

# MUJERES GRIEGAS.

ASPASIA—SAFO—ERINA--MYRO--TELESILA—MYRTIS—NÓSIS—ANYTA—PRAXILA—CORINA—ANAGÁLIS---ARETA—HIPATIA—ELARA—PAMFILA—ANA COMNENO—EUDOCIA—IRENE.

Desde la profetisa Miríam, hasta Mistress Trollope, cerca de tres mil trescientos años van corridos, en cuyo espacio las mujeres, tornándose rivales de sus dueños reparten con nosotros los dones de la inspiracion, de la elocuencia y la poesía. No ha mucho, un docto de entre mis amigos, señalábame un catálogo de ciento cuarenta autores críticos, cuya galante erudicion hiciera valer aquellos títulos del sexo débil á nuestra admiracion respetuosa. Boccacio es el que en primera fila se presenta; el aleman Wolf, editor de los fragmentos de Safo y de otras ocho

peetisas, termina aquella larga lista, en la cual solo un nombre inglés se encuentra inscripto. ¿Nuestra reputacion de aspereza hácia las mujeres es merecida acaso, ó la Europa, que nos considera como una nacion poco obsequiosa, ha sido injusta con nosotros?

Sea lo que fuere, examinar las producciones de la intelijencia femenina, en distintas épocas y entre pueblos diversos, es un estudio muy curioso: á nuestro modo de ver, despierta un interés vivísimo el encontrar de nuevo en las poesias de Safo, aquella enerjía apasionada, aquella exhuberancia de sensibilidad, que caracterizan las obras de Madama de Stael: el discernir en los fragmentos dejados por todas las mujeres que han escrito, el sello especial que generalmente las distingue. Si, como muy acertadamente lo ha dicho un escritor francés, el estilo y el pensamiento tienen sexo, la diversidad de los géneros, consagrada por la gramática, se estiende mucho mas allá de sus límites.

Que la originalidad, el rigor de la lógica, la concision, la variedad, la vehemencia y la audacia falten al éstro femenino, lo admitiremos sin dificultad. Con pocas excepciones Demóstenes, Tácito y Shakspeare son terreno acotado para el sexo hermoso; una larga série de razonamientos fatiga aquellas imaginaciones femeniles, cuyo vuelo se sostiene en la region intermedia, pero sucumbe á mas impetuosos arranques. En general, la muger elije un asunto adaptado á sus

gustos, ciérnese sobre ese objeto de su amor, ora con acariciadoras alas arrullándole, ora revolando en torno con atractiva gracia; el vuelo de la paloma no es mas dulce y sereno; vuelve sobre la misma idea; la desarrolla con felicidad y gentileza; juguetea ó gime en reducido espacio. Elocuente y naturalmente elocuente, mas que á la pasion debe ese talento á la sensibilidad; dotada de imaginacion, ilumina sus cuadros con una luz mas igual, mas suave que abrasadora profunda; apasionada del ornato y los primores del lenguaje, emplea en los adornos del estilo la misma gracia seductiva que en los de su persona. Si exceptuamos á aquellas mujeres que ya no tienen sexo, seres del género, neutro, las Dacier, las Duchátelet, jamás muger ninguna ha escapado á las condiciones de su propia naturaleza; ni es posible equivocarse sobre las obras que hayan producido. Consideradas como poetisas, adviértese en ellas poca variedad y amplitud; como esas flautas de melódicos y quejumbrosos sonidos, pueden acaso parecer monótonas en la espresion de sus placeres y de sus pesares. Pero es una monotonía llena de encantos; es la blancura del lirio, su palidez uniforme, su admirable esplendor, su delicioso perfume. Meleagro, poeta griego, cuyo epígrama sirve de preámbulo á la Antología, parece haber adivinado aquel símbolo. Pide á cada poeta una flor; rosas al cantor de Téos, laureles á Píndaro; mas á la bella Anyta, lirios, á la jóven Myro, la misma

flor, á Nósis, otra poetisa, tambien la pide lirios; como si el emblema del númen poético de las mujeres, se le hubiese solo presentado bajo aquella única forma.

El desenvolvimiento completo de la inteligencia en las mujeres no ha podido operarse sino á impulsos de la ley cristiana, en los pueblos septentrionales. Su alta influencia sobre la literatura y la poesía, data de la época remota en que la Vírgen María tornóse el símbolo divino del amor maternal y de la caridad universal. Entre las naciones antiguas, no encontraremos sino ligeros vestigios y raros ejemplos de aquel génio especial, que ha señalado la carrera de las mujeres modernas en la poesía, y principalmente en la novela. La educacion de las mujeres alcanzando hoy un grado de perfeccionamiento que aun no toca sin embargo á sus últimos límites, ha sido larga y trabajosa. Por muchos siglos su debilidad las sometió á la esclavitud, y su lenta emancipacion se encuentra lejos todavía de haber conquistado la mitad del mundo.

En Grecia, la situacion especial de las mujeres ha sufrido muchas revoluciones, que los sábios, los historiadores y especialmente el profesor Heeren (1) han olvidado señalar. Antes de la época de la democracia ateniense, las mujeres eran las compañeras y no las esclavas de los

1. Autor de muchas obras excelentes sobre la civilizacion, el comercio y las costumbres de la antigüedad.

hombres. La mujer de los tiempos heróicos era la consejera y la esposa, no la servidora del guerrero. Ved en Homero, pintor fiel de aquellas costumbres olvidadas, á Juno rival é igual á su marido; Vénus, Palas y Tétis marchan á la par de los dioses; Agamedes, que ejercía la medicina, es colocada en la misma categoría que los héroes; á Elena misma, por mas culpable que fuese, ejerciendo el imperio de la hermosura, sobre los soldados, los sacerdotes, los ancianos.

Toda constitucion heróica de la sociedad, parece traer aparejado el respeto y la consideracion por la mujer. Encontrareis estos rasgos entre los Germanos, en la caballería de la edad media, entre los antíguos kchatrias ó guerreros de la India. Damayantí es una heroina como Genoveva de Brabante. Penélope una matrona respetada y magnánima. El campeon á quien el azar de las batallas esponia á una muerte violenta é imprevista, confia á su consorte la direccion de la familia; ella ocupa en la casa un lugar importante. No es aquella vil y sometida esclava, á la que el cazador, el nómade, el agricultor, el pescador piden alimentos, pero no consejos, cuidados asíduos, pero no la actividad ó la fortaleza del alma. Durante largo tiempo los Dórios, que conservaban obstinadamente los vestigios y las reliquias de la constitucion heróica, dieron á la mujer una libertad de accion, una elevacion de rango y pensamiento, que en seguida las nuevas formas sociales importadas

del Ásia la denegaron con dureza. Pindaro habla de las mujeres con una especie de veneracion; poeta dórico, última espresion de las ideas y de las costumbres de aquel pueblo, cree en la magestad de la belleza, en la sublimidad de la mujer. La Tesalia, la Eolia, todo el norte de la Grecia, mucho mas inmediatamente sometido á la influencia de los Jónios que el Atica, otorgaban á las mujeres, derechos, limitados sin duda, pero propios á asegurar su independencia. En Esparta, fueron concubinas, llegando hasta el estremo de que se quisiese suprimir la desigualdad natural que separa al sexo débil del fuerte, transformando en atletas y en héroes á las Dacedemonias. La Polonia que ha conservado las costumbres heróicas y caballerescas en el seno de nuestra civilizacion, coloca todavía á las mujeres en la mas alta esfera de la escala social. Aún en sus intereses políticos ejercen ellas una influencia predominante y decisiva.—«Sobre todo, señor arzobispo, atended las mujeres,» decia Napoleon á Mr. de Pradt, al enviarle de embajador á Varsovia.

Cuando las viejas costumbres pelasgas desaparecieron ante la preponderancia Jónica, cuando la servidumbre asiática se confundió con la democrácia de Atenas, y produjo aquella sociedad estravagante, en que todos los hombres eran reyes, rivales, enemigos, y siervas todas las mujeres, la suerte y el génio del sexo débil

debieron cambiar completamente. Encerráronse las esposas en la vida privada, de donde ya no volvieron á salir.

Entre los Espartanos, habian perdido su carácter femenino, juntamente con su flexibilidad y su gracia, con su necesidad de proteccion y de apoyo, vieron desvanecerse su poder. Considerábanlas los Atenienses como á sus principales esclavas, encargadas de las tareas administrativas, y obligadas á dar estrecha cuenta á sus señores. Aristófanes las insultó públicamente; Eurípides hace de sus vicios el texto habitual de sus declamaciones. Cuanto mas pesadas tareas se las imponia, era mayor la oscuridad á que vivian condenadas, y mayor tambien la disminucion de su capacidad intelectual y de su influencia moral.

Suscitóse entonces en la sociedad atenienense una caprichosa anomalía: las *Hetaïras*, ó esclavas manumitidas, damas cortesanas á la moda, se apoderaron del cetro de la elegancia que habian dejado caer de sus manos las mujeres honestas; á ellas solas perteneció el cultivo de las artes; solo ellas tuvieron el derecho de hacer versos, de encantar los ócios de los hombres de estado, y de mezclar á los graves discursos de los filósofos, las vivas agudezas de la imaginacion, el prestigio de la poesía, de la pintura y de la música. Clase singular, que se aproxima mucho á las sacerdotisas de la voluptuosidad, conocidas en la India con el nombre

de bayaderas. Dejaban á las castas matronas la rigidez de las costumbres, la ignorancia y los enfados de la vida doméstica; las era suficiente el reinar por el injenio y la gracia. Símbolos de la belleza intelectual como de la belleza física, las Hetaíras, que todos los autores antíguos representan bajo el aspecto mas interesante, y de que Aspasia es el modelo, no nos han dejado un solo fragmento auténtico que puedan los eruditos atribuirlas sin contestacion ni controversia. Ateneo ha recojido algunos versos (1) que se suponen de Aspasia; pero nada comprueba que ella sea su verdadera autora. Ciceron ha conservado un corto diálogo en prosa que se le atribuye. (2) Plutarco afirma que las arengas de Pericles contienen mas de una frase sugerida por ella. El Menexeno de Platon le asigna un papel muy brillante, y Plutarco, al mismo tiempo que dice que Platon solo ha embellecido ese tratado con la mágia de su estilo, reconoce que el fondo del pensamiento y el sistema filosófico del Menexeno, contienen precisamente las teorías morales y estéticas que aquella mujer célebre se complacia en divulgar.

¿Pero cómo, sin mas guia que esos ténues vestigios, huellas casi borradas, poder juzgar del talento de esa mujer, que se erigió en po-

1. L. v. páj 219.
2. *De Inventione.* L. j. c. 31.

tencia en medio de la democrácia ateniense? ¿Qué no se daría por encontrar en un manuscrito antiguo la revelacion de aquella rara y maravillosa inteligencia, que brilló entre Sócrates y Pericles y en que uno y otro se inspiraron? Señora del señor de la Ática, reinando como soberana sobre el hombre que habia domeñado al pueblo soberano de la Agora, ¿qué mujer, qué prodijio no seria la cortesana de Mileto? Una mujer por quien Pericles repudiara con gusto á su esposa legítima, de la misma sangre que él, á riesgo de arruinar su fortuna; la que daba á ese ambicioso lecciones de política, á Sócrates lecciones de elocuencia; aquella por cuyos riesgos su marido filósofo vertía lágrimas que no derramó jamás ante sus propios peligros; de quien la sonrisa era un favor; árbitra de la paz ó la guerra; cuyas facciones y estremada beldad servian de modelo á todos los artistas, aun en la patria misma de la hermosura; á cuya casa venia el poeta á buscar el secreto de sus triunfos, y la virtuosa matrona el secreto de agradar; la mujer que, ya en su descenso, se apoderó de Lysicles, hombre sin educacion y sin talento, le tocó con su varilla de maga, le forzó á que se uniese á su carro, y transformó á aquel traficante de bueyes en facundo orador, á aquella innoble y brutal conquista en potencia política; Aspasia que ensanchó la esfera de las fruiciones delicadas y de los refinamientos voluptuosos en el pueblo

mas esquisito en sus placeres y mas acendrado en sus deleites ¿qué no hubiese conseguido? Nacida en Esparta, habria subyugado á los reyes, sometido á los senadores, seducido á la Eforos, y dado en tierra con la constitucion draconiana.

De todas las mujeres de Atenas, la única que adquiriera una celebridad intelectual, de que la posteridad haya conservado el recuerdo, es Aspasia. El tiempo ha borrado los nombres de las Hetairas que sobresalieron antes y despues de su vida. Un escoliador antiguo atribuye, no se sabe porqué, el octavo libro de los *Anales* de Tucídides á su hija: cuento ridículo que ni aun nos dignamos refutar.

El catálogo de las poetisas de la Grecia seria muy largo, si quisiésemos adoptar sin exámen todas las aserciones de los comentadores. Pero si aplicais á esas reputaciones equívocas las reglas de una crítica severa, os causará no poco asombro el verlas desaparecer ó disiparse. Giraldi de Ferrara, Tiraquellí y los que les han copiado, elogian á una cierta Agaclea, poetisa afamada de su tiempo. Esta Agaclea no es sino un nombre supuesto—un epíteto perteneciente á algun personaje menos quimérico que ella. Un solo nombre (*Nósis*) acentuado y escrito ortográficamente de distintos modos, ha dado orígen á muchas diversas entidades: Nysis, Nósis, Nousis, etc. Unicamente Nósis tiene derecho á que le prestemos homenaje. Del mismo modo

la leyenda católica, tan escrupulosamente depurada por Baillet, presenta una multitud de empleos dobles; santos que no han existido nunca sino en el calendario, otros que deben su nacimiento á errores ortográficos, y otros que no son mas que nombres de ciudades ó provincias; ídolos antíguos, rios ó florestas, metamorfoseados en hombres. ¡Cuántas decepciones de este género enmedio de nuestros recuerdos clásicos! ¡Cuántos santos simulados entre las glorias mas reverenciadas! ¡Cuántos grandes hombres postizos entre nuestros grandes hombres!

Uno de aquellos griegos del siglo de Augusto, que redactaban en versos pentametros y hexámetros todo cuanto impresionaba su espíritu, recuerdos, imágenes, epígramas y retruécanos, Antipater de Tesalia, ha metrificado en elegantes números, no el catálogo completo de las setenta y seis pretendientes á la palma poética, sino una lista mucho mas sucinta y que contiene los nombres de las nueve mas ilustres entre ellas.

Hé aquí estos versos:

A la sagrada sombra de tus selvas
Nueve mujeres ¡ó Helicon! nacieron,
Que homenajes y ofrendas merecieron
De los mortales y los dioses;—ellas
    Sus liras inspiradas
A los combates consagraron bellas—
    Al amor, á la gloria—
    De las dichas pasadas

A la blanda y tiernísima memoria:
Es el ástro de Lesbos, Safo ardiente,
Brillante faro de poesia—Erina
De belleza esplendente,
Y Myro peregrina:—
Telesila que célebre entre todas,
Cantó la patria en entusiastas odas.
Myrtis la del acento melodioso,—
Rival de Homero, Anyta.
Nósis que al alma imprime
Con ternura infinita,
El sentimiento dulce y amoroso
Que la sumerje en languidez sublime.
Y la viva Praxila.—Hermosa y fiera
Corina la guerrera,
Que la égida de Palas con que el seno
De vírgen se cubriera en la batalla.
Cantó con éstro ameno
En que su génio audaz brilla y estalla;
Todas ellas dulcísimas mujeres,
Artífices supremas de placeres
Eternos, de deleites celestiales,
Y de armoniosos himnos inmortales.

De Safo á Myro, esto es, del año 610 antes de la era cristiana, hasta el 280 antes de esa era, trescientos años trascurrieran: durante ese lapso de tiempo muchas mujeres han escrito; de toda esa gloria apenas algunas pájinas nos restan. La primera en fecha es tambien la mas digna de nuestra admiracion: Safo. Detengámonos un punto á contemplar ese curioso re-

trato, que los siglos han ido disipando sin empañar el singular esplendor con que irradiaba. Como mujer, como poetisa, como víctima del amor, merece fijar profundamente la atencion.

Empecemos por despojar este afamado nombre de todas las ficciones de que se le rodea. El amor de Anacreonte por Safo, es una de aquellas leyendas cuyas nubes coloridas vénse acumular, por decirlo así, en derredor de todas las reputaciones renombradas: leyendas que comprueban la gloria y la oscurecen; ensueños que no carecen de gracia y que embelesan la imaginacion, pero que dan á los personajes célebres, no sé que tinte mitológico fatal al interés que nos inspiran. Tales son el certámen de Hesiodo con Homero, y los Amores de Safo y Anacreonte. Hesiodo nació mucho despues que Homero; y el texto del diálogo que se les atribuye, tejido de enigmas, de logogrifos y simples nimiedades, es obra de algun pedante de Alejandría, venido al mundo mil años despues de cierto Hesiodo; puerilidad miserable que no merecia la crítica de que se la ha juzgado digna. Léase en igual caso la carta de Jesucristo á la Vírgen María; así como el Evangelio de María Madre de Cristo, obras apócrifas procedentes de una cándida fé, ciega y muy excusable, pero solo bajo el aspecto del arte.

Una fantasia romanesca, un capricho de gracioso ingénio han supuesto vínculos que no han podido existir nunca entre Anacreonte y Safo.

Hermesianax, poeta que nos ha legado recomendables fragmentos, se ha complacido en representar al anciano de Teos, rodeado de doncellas lesbianas, coronado de flores por la amante de Faon, y mezclando á los apasionados acentos de la hija de la Eólia, sus cantos ligeros é indolentes. Esta ficcion, compendiada en pocos versos, citados por Ateneo, tornóse el fundamento de toda una novela. No se ha querido relegar al dominio de las quimeras una pintura tan felizmente imaginada; la invencion de Hermesianax se ha perpetuado. Hase visto siempre en las playas de Lésbos, de purpureantes viñas, á Anacreonte paseándose con Safo. Otro poeta, Cameleon de Heraclea, dió la continuacion de la novela; urdió agradables versos con los que compuso un breve diálogo atribuido á los fingidos amantes. La mayor parte de las ediciones de Anacreonte traen el primero de estos trozos, evidentemente apócrifo, y la contestacion tambien excenta de autenticidad de la Lesbiana. En vano ha de buscarse en la siguiente imitacion, la mágia, la melodía, el colorido, la pastosa suavidad del idioma helénico, el mas voluptuoso de todos los idiomas conocidos.

ANACREONTE.

—

El niño Eros en el aire vano
Sobre la sien del vate está pendiente:
Juguete de oro y púrpura, liviano

El globo aéreo que lanzó su mano
Vino á caer en mi laureada frente!

«¡Ven, Anacreonte, ven! quiero que vayas
«Conmigo á ver á Safo que te espera
«A tí solo de Lésbos en las playas.»

Seguí al infante por la azul esfera:
Ay! de Lésbos la hija,
Sobre el cabello un dia renegrido
Que inexorable el tiempo ha emblanquecido,
Una mirada de desprecio fija.

«¿Anciano, qué me quieres? mi sonrisa—
«De la lira los goces esquisitos,
«Los guardo, del amor sacerdotisa,
«Para mas rozagantes favoritos.»

Preciso es leer en el original esta elegante oda. La respuesta atribuida á Safo es igualmente graciosa. Safo agradece á la musa lírica, amante é inspiradora del bardo de Teos, por haber dictado al viejo ilustre la oda que debe inmortalizarla en la memoria. Desgraciadamente, en la época en que se supone haber tenido lugar ese comercio de cumplimientos poéticos entre Anacreonte y Safo, aquel tenia tres años y ésta poco menos de cincuenta, como vamos á demostrarlo á todas luces.

Fijémonos desde luego en las fechas: comentadores excelentes, Segun Strabon, Ateneo Sui-

das y los mármoles de Paros, Safo estaba en la plenitud de su gloria por los años de 610 antes de Jesucristo; fué á Sicilia el año 592 anticipándose poco tiempo á su muerte. Treinta años por los menos despues de este viaje á Sicilia empezó Anacreonte á adquirir celebridad (559). En 525 vino á vivir en Atenas, donde tuvo por protector y patrono á Hiparco que murió el año 514. El de 592 Anacreonte tenia pues tres años; y la Lesbiana Safo, cuarenta y ocho bien contados. Concordad estas dos fechas como os plazca. Hermesianax y Cameleon, nacidos ambos tres siglos mas tarde que su heroina, se han burlado de nuestra credulidad; los poetas griegos hacian de estas. Erales todo permitido á trueque de que sus versos fuesen agradables. El poeta cómico Difilo, contemporáneo de Menandro, se atrevió á presentar á Safo en la escena, rodeada de supuestos amantes, de Arquíloco, que habia florecido ochenta años, antes, y de Hiponax, nacido medio siglo despues de ella. Puede por ahí venirse en cuenta de la perplejidad en que se hallaria un comentador que tomase al pié de la letra las ficciones de ese autor de comedias!

No se puede dudar que el poeta Alceo, ese tránsfuga, ese traidor que tambien supo cantar el heroismo y la patria, haya sido contemporáneo de Safo. Aristóteles trae una breve cuarteta de que atestigua la autenticidad, y que probaria hasta que las insinuaciones del

poeta lírico fueran rechazadas por su rival en poesia. Alceo dice á Safo que tiembla, suspira y no se atreve á hablar delante de ella; Safo arrogantemente le responde que si nada malo tiene que decir, le parece pueril su encogimiento. Vése que la idea de este diálogo no es muy profunda y que ninguno de ambos poetas ha estremado su imaginacion. Todo el mérito de esa frusleria se cifra en la espresion, en el recuerdo que conserva y en los nombres que con ella se confunden.

Safo, que tuvo á bien amar á los cincuenta años de edad, y que si desdeñó al célebre Alceo, fué desdeñada por Faon ¿por ventura era linda? La cuestion es muy controvertida. Segun Alceo, Platon, Juliano, Plutarco, Ateneo, Temisto, Ana Comneno, Damocaris el epigramatista y Galiano el médico, fué hermosa. Horacio hace de ella un marimacho. Ovidio le niega la belleza del talle y de la tez. Máximo de Tiro la representa vieja, fea y lo que es peor, enamorada. Pope ha seguido estos datos, consagrando entre los lectores modernos, la idea y la imágen de una Safo llena de génio, abrasada de amor, pero horrorosa. De modo que el testigo mas completamente adverso, el mas dañoso á la reputacion de Safo, es un inglés, separado dos mil cuatrocientos años de la mujer de quien habla! Ovidio nació seis siglos despues que Safo, y Máximo de Tiro un siglo mas tarde. ¿Cómo dar fé á semejantes asertos? Dos versos de Safo, repro-

ducidos por Galiano, son el único testimonio indirecto que pudiera emplearse contra ella con alguna verosimilitud; y á ningun comentador se le ha ocurrido hacerlo. Safo en ese dístico, menosprecia la belleza exterior y ofrece en holocausto la gracia y los encantos físicos á la belleza moral, á la virtud. Trivialidad que se traduce con estas palabras conocidas de todas las madres: «hijo mio, vale mas la discrecion que la hermosura.» Por otra parte ¿que indicio puede inferirse de ese dístico contra la belleza de Safo? Madama de Stael, poco favorecida por la naturaleza, era entusiasta de la hermosura; Carlota Corday, linda como un ángel, pensaba como Safo.

Que haya sido gruesa, retaca y muy atezada, segun la pinta Ovidio; ó que su sonrisa haya sido divina como lo quiere Alceo su amante, y su cabellera mas lustrosa que el ébano, es negocio que no podemos decidir. Parece indudable que era muy morena y de baja estatura. Damocaris se dirije en estos términos al retrato de Safo.

¡Cuán bella es! que llama viva brilla
De fantástico ingénio en su mirada!
¡Qué exactas proporciones
Y espresivas facciones!

¡Qué índole en bondad tan estremada!
Tanto fuego y dulzura confundidos
Por la naturaleza, del artista

Modelo, pensar hacen á su vista
A nuestros corazones seducidos,
Que la ninfa de Lésbos gentil sea,
A la vez una musa y Citerea.

No se habla así de una mujer sin atractivos. Entre los numerosos camafeos, piedras grabadas, bustos y medallas, que representan á Safo, y que todos difieren entre sí, una sola medalla corresponde á la idea que de ella nos hacemos. Es la que Walf ha tomado del tesoro de Grenovius. Aquel perfil vigoroso y audaz, la prominencia atrevida de esa frente que denota tanta pasion y arranque en las ideas, aquellos lábios un poco gruesos, pero bien dibujados, y prontos á lanzar el dardo de la elocuencia; los ojos ardientes y grandes, animados de indecible energía: esa es Safo. Reconócese en ella á la mujer dotada de un espíritu viril y de impetuoso sensualismo consagrada al genio y al infortunio, á los desastres y al estrépito, á una gloria que sobrevive á sus obras. Ante ese retrato, tentaciones dan de esclamar con Plutarco, cuyas palabras por otra parte son un tanto enfáticas: «Reconozco el volcan de donde han surjido flamantes pensamientos y fervorosos himnos.»

Si aun fuese cierto que ella hubiese tenido los vicio odiosos que se la han supuesto; si se diese crédito á la palabra de Máximo de Tiro, que le imputa estravios semejantes á los que la

atigüedad impúdica atribuia á Sócrates y le perdonaba facilmente, no nos asombraríamos por ello. Hay en la fisonomía que examinamos mas vehemencia y ardor, una energía mas sensual, mas osada virilidad y abandono á los deleites, que moralidad, recato y castidad. A semejanza de Burns, Byron, Lucano, Tasso y Rousseau, ella ha encontrado el secreto de su génio en la fuerza de sus emociones, y nadie ignora que las emociones son muy funestos consejeros. Por tanto repudiemos como apócrifos todos los retratos de Safo excepto la admirable semblanza que acabamos de citar. Convendria tambien á cualquiera de las criminales heroinas de Byron ó de Esquilo, como á la amante de Faon. Lleva en sí el carácter indeleble de aquellas organizaciones que devoran la vida, y que entregan á la mujer á todo el furor de las pasiones, á todos los remordimientos, á todos los dolores que acarrean.

¿Pensativa y ardiente hija de Lésbos á qué está reducida tu gloria? De nueve libros de odas y gran cantidad de otras poesias, himnos, elegías, epitalámios, que los antiguos admiraban, no nos quedan sino fragmentos mutilados; apenas sesenta versos en todo. Cada uno de esos retazos nos revela su genuino orígen. El sabor de la poesía sáfica impregna todavía esas reliquias; en un verso aislado, en un dístico, reconoceréis el fogoso entusiasmo, la sed de los deleites que embelesaban á Safo.

La vemos, sentada en el banquete de los filósofos cuando la estrella de la tarde brilla anunciando los goces del festin, compartiendo su ebridad, mezclándose á sus bacanales, y trasformándose, por algunos instantes, en una Tiada desmelenada y frenética. Pero la embriaguez causada por Baco no la basta; llama á Vénus; muestra á la diosa la copa de oro rebosante de néctar; la ruega que esparza en ella las rosas que la ciñen; admira aquellas hojas purpúreas nadando en las ondas mas rojas aun del chispeante licor; canta entonces su júbilo, su felicidad, su delirio: ¿dónde encontrar una cancion báquica que se la pueda comparar?

Otra vez, fijos los ojos en el sol poniente, piensa en las delicias de la noche, en las vigilias amorosas, en las largas orgías que no se esquiva á embellecer con su presencia, y su gozo prorumpe en líricos acentos: (1)

¡Salve cándida estrella, de los astros

(1) En la traduccion de este y demas trozos en verso que contiene el artículo de la "Revista Británica," nos hemos ceñido estrictamente á la letra del original que nos servia de modelo. Comparando el texto primitivo de las poesias de Safo con la version que á nuestro turno traducimos, podrian los eruditos observar amplificaciones y variantes, dictadas quizá por la índole diversa de las lenguas, y por las exigencias del arte, que muchas veces no consiente una exactitud rigorosa. El mismo Catulo, tan ensalzado por el autor inglés procedió asi. Mas sea de ello lo que fuere, dejamos á tan distinguido escritor toda la responsabilidad de su trabajo.

EL TRADUCTOR.

El mas rico en destellos divinales!
Tú das todo á los pálidos mortales,
Benigna en tu esplendor:—
La paz al hombre vuelves, al aprisco
La oveja, á su cabaña la pastora,
Y del deleite la inefable hora;
¡Salve ó fanal de amor!

Tal es la verdadera poesia lírica, llena de impulso, de instinto, de pasion; una simplicidad vehemente, un ímpetu vivo y candoroso constituyen su verdadera belleza. Burns y Beranger han reunido estas dotes singulares. Lo poco que nos queda de Safo es admirablemente lírico. Testigo aquella oda tan mal traducida por Boileau en francés, y en inglés por Philbps, pintura elocuente, pero precisa, el análisis mas completamente exacto de los síntomas externos del amor. No me asombra el que un médico, segun refiere Plutarco, haya copiado los versos de Safo para clasificarlos entre sus diagnósticos. No ha habido nunca poesía mas positiva; nunca mas intenso y concentrado vigor caracterizó una pájina de prosa ó de verso. El retórico que escribió *el Tratado de lo Sublime*, conocido con el supuesto nombre de Longino, ha hecho un servicio eminente á la historia literaria, conservando ese fragmento único, resúmen de todas las novelas y de todos los tratados á que ha servido de tema la pasion del amor. ¡Cuántas páginas afectadas, cuántas frias imájenes, y vagos quejumbres, y

descoloridas descripciones no fueran prodigadas por los escritores que han tratado tan fecunda materia! ¿Os fatigan esas afectaciones y locuras, esos colores indecisos, esos rasgos apagados? Tornad á leer á Safo. No es la suya, como irrisoriamente asienta Blair, una poesia solamente elegante; es la mas enérgica de todas las poesías. Quiébrase el verso de momento en momento; ni un epíteto, ni una metáfora, ni vanos ornamentos; es la pasion sucumbiendo á su propia violencia. Alli no encontrareis ni los *dulces transportes* y los *blandos deliquios* de Mr. Boileau Despréaux, ni el *alma trastornada*, ni el *velo sobre la vista*, introducidos por aquel traductor incapaz de comprender y de reproducir á semejante original. Ni menos hallareis la molicie melancólica del traductor inglés, Jonh Phillips. Ambos tienen muchos contrasentidos, ó al menos muchos *extra-sentidos*, que viene á ser absolutamente lo mismo. Safo no dice como Boileau y Phillips:

Dichoso aquel que *junto á tí suspira.*

El texto griego quiere decir *delante de tí*; *frente á frente contigo*. En cuanto á los suspiros, son invenciones enteramente modernas. Catulo es el único que haya trasladado con fidelidad y talento el cuadro pintado por la jóven griega. Cierto es que el idioma de que se servia, la lengua latina, se presta á maravilla á aquella imitacion y reproduce con exactitud la ener-

gia y la simplicidad espresiva del dialecto cólico. (1)

Rival es de los dioses el mancebo
Que delante de tí tu faz contempla,
Y oye tu dulce voz embelesado
Resonar en su oido.

Sonries y mi seno se conturba,
Mi corazon palpita, desfallezco;

---

(2) Nada menos que cinco traducciones en verso y prosa tenemos á la vista de la oda de Safo "A una muger amada," cuyos autores son Boileau,—Cazado, traductor de los "Viajes de Antenor," imitador de Boileau, Deschanel (Les Courtisanes Grecques) Cesena (Les Belles Pechereses) y nuestro compatriota el señor Larsen, traductor de Lonjino; siendo de notarse en tan eruditos escritores, la diversidad de los giros del lenguaje, y aun la divergencia en la interpretacion del mismo texto. En tal conflicto y no conociendo el idioma de la poetisa de Lesbos, nos ha parecido mas acertado y prudente seguir, como ya lo indicamos, las huellas del autor que traducimos. La version que él nos dá de la famosa oda está hecha en prosa. La hemos trasladado al castellano en versos sáficos con escrupulosa exactitud, sin mas pretension que la de amenizar nuestro humilde trabajo, por mas que desconfiemos escollar donde tantos otros fracasaron.

Algunos lectores estrañarán, acaso, que la oda de que nos ocupamos, sea dirijida á una mujer y no al amante de Safo, lo que vendria á apoyar las acusaciones que algunos historiadores la han hecho sobre sus voluptuosos devaneos. A este respecto defendiendo á la apasionada poetisa dice Cesena lo siguiente: "¿Por qué á ejemplo de otros poetas no pudo Safo poner los versos, de que acabo de indicar el sentido, en boca de Faon; y porque valiéndose de una ficcion muy frecuente, aun siendo ella su autora, no le habria sido dado imajinar que fuese su amante quien se los dirijia?"

El Traductor.

Si te miro, mis lábios al instante
Convulsos enmudecen.

Se pega al paladar mi lengua, cunde
Súbita llama por mis venas—fija
La vista se me anubla, un rumor vago
Zumbar en torno siento.

Frio sudor mi sien que palidece
Cubre y mis miembros trémulos, crispados,
Lívida, sin aliento, inanimada,
Me desmayo, me muero!

Que la mujer que ha escrito este modelo de la oda erótica haya trepado el promontorio de Léucades y terminado su vida por encontrar en la muerte un refugio contra los devaneos de su corazon, es cosa no difícil de creer. Ateneo, útil conservador de multitud de tesoros antiguos, ha insertado en sus *Deipnosofistas*, otra oda no tan conocida ni con mucho como la precedente, pero digna de estudio. Safo la compuso cuando Faon, menos sensible al prestigio de la poesía que á los encantos de una jóven beldad, la hubo cruelmente abandonado. Byron y Burns han encontrado en el mismo asunto inspiraciones notables.

A VÉNUS.

Mi pecho ¡ó reina del amor voluble!
No atormentes con bárbaros suplicios—
¡Diosa inmortal, de Jove augusta hija,

No tu rigor me aflija!
Perdóname! tus crueles artificios
Me han contristado tanto
Que el raudal desatáran de mi llanto.

Tú sabes los pesares punzadores,
Tan intensos y largos,
Los disgustos amargos,
Los atroces dolores
Que el corazon me traen despedazado,
En tus voraces llamas abrasado.

En otro tiempo me escuchabas, antes!
Atenta á mis desvelos,
acogias mis votos suplicantes,
Y propicia dejabas por instantes
El atrio esplendoroso de los cielos:

Entonces tu bondad me preguntaba
Quien era el cruel á mi pasion tan caro,
Largo en desdenes y en ternura avaro,
Que mi deseo juvenil burlaba!
Ah! cuanto me agradaba
Oir tu dulce acento,
Cuando me prometia
Que de mi inmenso amor me olvidaria!

Me decias:—«Él huye: y tu lamento
«Le irrita mas que á compasion le empeña;
«El lloro enjuga; ha de volver hambriento
«de los ardientes besos que hoy desdeña.
«Por solo una mirada de tus ojos,

«Una sonrisa tuya, de tu lira
«Por una dulce endecha,
«Le verás cual delira,

«Y entónces sin curar de sus enojos,
«Sorda á sus preces su pasion deshecha.
«Arrogante, insensible, dura, altiva,
«Ya le has de ver sumiso, prosternado:
«Desdéñale á tu vez, Safo.... que es esa
«La caprichosa ley que amor profesa.»

—Ah! torna, torna al ruego compasiva,
Y en mi seno que llora su mudanza
derrama la esperanza:
Por mí que aun hagas mas mi fé pretende:
Reanuda de mi amor los lazos rotos;
Devuélveme al ingrato que en mí enciende,
Tu llama ¡ó Vénus! al mortal amado
De mí desamorado,
Y á quien reclaman mis ardientes votos.

El fin de esa vida, sacrificada en el altar de la diosa que la poetisa invocaba, fué el desenlace natural de tan apasionado drama. ¿Quién no conoce la historia del infiel y fugitivo Faon y del promontorio de Léucades? Es una roca blanca y pelada, una de las mas horribles de la Acarnania. Forma la punta de la isla de Santa Maura; y cuando se navega por el mar Jónico, distínguese de lejos en el horizonte. Ese promontorio de los amantes ha dado ocasion á infinitas historias que Focio ha recogido, y que son tan

romanescas como entretenidas. Las ondas de Léucades, si hemos de dar crédito á lo que dicen los historiadores, se han tragado muchos mas hombres que mujeres; Safo es la primera que haya usado tan violento remedio contra los percances de amor.

Tuvo aquella una amiga: esa amiga era su rival. Erina, renombrada por sus versos heróicos y por el laconismo de su poesia, no nos ha dejado sino dos ó tres fragmentos ó mas bien algunas palabras esparcidas en las obras de los gramáticos y los escoliadores. Llamábanla por sobrenombre «la de pocas palabras.» Tambien era de Lésbos como Safo. Atribúyenla una mala oda intitulada Roma, de la cual Grocio ha querido hacer una oda al *Valor*. El estilo y la poesia de ese trozo pertenecen á una época enteramente posterior. La Antologia, que ha conservado algunos epígramas de esta poetisa, la compara con Homero y con Píndaro. Suidas le prodigó sendos elogios. A los diez y ocho años ya era célebre. Tales son los recuerdos y los frájiles documentos que la historia nos ha dejado á su respecto. Es un nombre; no es nada mas para nosotros.

Un siglo despues, la famosa Telesila nació en Argos. Allí es donde Pausanias contempló su estátua, que describe con talento. Pintala puesta de pié, con el casco en la mano, en ademan de ponérsele en la cabeza, y fijos los ojos en los volúmenes de poesías desparramados á sus plantas.

Esta muger, émula de Tirteo no era solamente una poetisa, sino una heroina guerrera y religiosa, la Juana de Arco de su tiempo. Muller, Mitford, en balde ponen en duda sus hazañas; á nosotros nos placen, y nos apegamos á una creencia que nos es simpática. Cuando el feroz Cleóme, á la cabeza de sus verdugos lacedemonios, derramó la sangre de Argos en las calles de la ciudad, Telesila, cuéntase, escitó á las mugeres á la venganza de la pátria, y viéronse huir á los sicarios ante un tropel de esclavos, de débiles mugeres y de ancianos. Los pueblos no deben nunca abrogar tan bellas tradiciones. En cuanto á los dos ó tres autores alemanes que han atacado aquella narracion, solo diremos que no nos causa asombro. Los alemanes tienen por regla general el pensar como nadie y establecer un escepticismo universal. Procuran la verdad en el fondo del pozo que la encierra; pero la buscan tan lejos, cavan con tanta obstinacion y perseverancia aquellas profundidades tenebrosas, que se les escapa casi siempre. En su desden por las opiniones vulgares, abrazan ideas raras, insólitas, extravagantes, que apoyan con toda la autoridad de la metafísica, conjurada con la erudicion. Negarles todo mérito seria injusto; abandonarse implícitamente á sus teorías, seria peligroso.

Ligadas íntimamente á la historia de Píndaro, *Myrtis*, que le enseñó el arte de los versos, y *Corina*, rival victoriosa del cantor tebano, no

han dejado ambas en pos de sí mas que el recuerdo de su gloria. La celebridad de Píndaro desagradó á Myrtis, cuyos celos contra un discípulo que la sobrepujaba estallaron en algunas sátiras que no han llegado hasta nosotros.

*Corina*, merced á su dialecto eólico, á su beldad, á su estilo (así se espresa Pausanias) alcanzó siete veces la palma sobre Píndaro, que no le perdonó jamás aquellos triunfos repetidos. Ese rústico Dorio, dice Eliano, esclamó....! Corina era robusta. En su sexta *Olímpica*, Píndaro reincide, y prorumpe en invectivas contra su rival. Los comentadores hacen mal en asombrarse de semejantes ultrajes, y de declamar contra la incivilidad que reinaba en Atenas. El amor propio de los poetas, implacable en todos tiempos, ha dictado al elegante Voltaire, al poeta de las córtes, al favorito de los palacios, al prototipo del siglo diez y ocho, al representante de la Francia, precisamente la misma invectiva, no dirigida á un rival, sino antes bien á una mujer amada (1). Píndaro debió sin embargo recordar que Corina, de concierto con Myrtis, habia guiado sus primeros pasos en la carrera poética. Ella le recomendó especialmente, segun Ateneo y Plutarco, no olvidar la fábula, la accion, el pensamiento principal del poema: parece que no la gustaban las palabras sonoras y las declamaciones ditirámbicas.

---

(1.) Mme. Chatelet.

Tres versos y un proverbio componen el avio poético de Praxilia, hija de Sicion. Estos ligeros fragmentos dan indicios de una imajinacion risueña; al leerles, no causa sorpresa el que la Sisoniana haya compuesto, como lo refiere Ateneo, villancicos, canciones alegres, y lo que los griegos llamaban *escolios*. Era la amplificacion festiva de algun pensamiento empleado ya por otro poeta. Los Orientales, los italianos modernos y los Españoles han conocido este género de poesia; podrian llenarse volúmenes de las glosas españolas, que no son otra cosa que los escolios griegos.

Descendemos el curso de los siglos. La sávia poética se va debilitando: ya no se escriben sino epígramas y dísticos. *Anyta* y *Nósis* descuellan entre el número de aquellos poetas secundarios, que, tres siglos antes de Jesucristo, hacian en Grecia el mismo papel que han hecho en Italia los fabricantes de sonetos. Poseemos mas de veinte composiciones de Anyta. No se distinguen, como lo pretende su contemporáneo Antipater, por la fuerza homérica, sino por un suave y delicioso candor. Una inscripcion grabada á la entrada de una gruta, y compuesta por Anyta, nos parece un modelo de gracia en este género:

Pasajero! tus miembros fatigados
Estiende aquí. Murmullos armoniosos
Agitan el follaje: un raudal puro

Templa el bochorno del ardiente dia.
Tu sed apaga en él ¡ó peregrino!
Y en esta gruta plácido descansa
Hasta que se entre el sol tras la colina.

Nósis, la Locriana, sobresalia, si hemos de dar crédito á los elogios de Meleagro, en el género elegiaco y erótico. No podemos juzgarla sino por algunos malos epígramas que carecen de sal, de brillo y de fuerza, que la Antología ha confundido con una multitud de otras fruslerias elegantes ó insulsas.

*Myro*, nacida en Bisancio, y que termina este catálogo de entidades literarias, es autora de cierto número de epígramas y de un poema heróico intitulado *Mnemosina* ó la Memoria de que solo nos ha quedado el recuerdo. Alcanzó durante su vida, una buena parte de gloria; y su hijo *Homero el Jóven*, uno de los miembros de la pléyade trágica cuya constelacion nebulosa iluminó el trono de los Tolomeos, continuó la fama de la madre. Astros oscuros que se levantan en las literaturas en decadencia, á quienes se les rodea de una facticia y pasagera aureola, que son adorados y que acaban por disiparse enteramente.

La poesia femenina de la Grecia, que los estragos del tiempo ha respetado, se reduce á muy poco; los fragmentos de prosa escritos por las autoras griegas no son mucho mas considerables. El aleman Cristiano Wolf, que ha re-

cogido toda esa prosa, y que armado de la paciencia laboriosa que distingue á su raza, ha comprendido en su compilacion hasta los testamentos y donaciones hechas á los conventos y á los monges por las damas románicas, no ha podido formar con estos débiles resíduos sino un pequeño *in quarto*, guarnecido de notas, cargado de comentarios, inflamado de noticias y henchido de variantes. No obstante, muchas mujeres griegas escribieron en prosa: Ateneo y Suidas ensalzan á Anagális de Gorcyra, la comentadora, la Mme. Dacier de la antigüedad. Areta de Cyrene, hija de Aristipo, continuó la escuela de filosofía instituida por su padre, escribió cuarenta volúmenes y formó cien discípulos, ejército considerable de filósofos, pero cuyo número no tiene nada de asombroso, comparado á la vida de Areta, que murió á los sesenta y ocho años cumplidos.

*Hipatia*, nacida en Alejandría, y que alcanzó una fama semejante á la de Mme. de Stael en nuestros dias, inspira un interés mas vivo que aquellas doctas mujeres. No solamente era astrónoma, geómetra, erudita, poetisa y teóloga, sino jóven, bella, amable y valerosa. Pereció víctima de su talento, de su gloria y del ódio eclesiástico, el mas cruel de todos los ódios. El clero de Alejandría, guiado por Cirilo, á quien se le ha llamado Santo y que era un escelente ingenio y un mal hombre, sublevó contra ella á la plebe fanática; Hipatía fué hecha

trizas en las iglesias, en los momentos en que predicaba la virtud y la filosofía. Los despojos de su cadáver fueron arrastrados en las calles de la ciudad, por aquella turba de fieras con figura humana. De toda la canalla, la mas sanguinaria es la de las capitales, en donde reinan los sofistas, triunfa el deleite y una civilizacion esmerada sigue las huellas que le señalan los pedantes.

Los escritos de *Hipatia* fueron quemados por la inquisicion de su época. Lo poco que nos resta de las demás escritoras, es así mismo bastante falto de autenticidad. Algunas mujeres, discípulas de Pitágoras, de Platon y de Fócio, han redactado y analizado los principios de sus maestros. Tenemos un trozo muy árido sobre la Naturaleza humana, por Elara, pitagórica, que se servia del dialecto dórico en toda su severidad; un pequeño capítulo de *Pericciona*, intitulado la mujer; un sermon sobre la necesidad de la moderacion en las mujeres, por *Fintis*: las cartas de *Teano*, apócrifas; y la epístola dirijida á Filis por *Mya*, sobre la lactancia de los niños. El estilo de estas composiciones tiene suavidad, tiene gracia, y no deslustra á las autoras á quienes son atribuidas; pero su autenticidad no se halla bien probada. *Bensley*, que andaba á caza de las reputaciones, y descubria apócrifos por todas partes, no ha perdonado á esas pobres escritoras. Desheredó á *Pericciona* de su gloria, y desbarató las pretensiones de Mya.

Una carta supuesta de Hipatía á Cirilo, tambien se ha reconocido como apócrifa. Tres siglos antes que ella, una Epidauriana llamada Pamfila, mujer del célebre Socrátides, uno de los eruditos de su época, recolectó en treinta y tres libros todos los fragmentos literarios y poéticos que le vinieron á las manos. Su gusto no era muy refinado; ó debe mas bien creerse que se cuidaba poco del valor y de la eleccion de los escritos. Bastábale compilar al acaso y agregar á su coleccion cuanto se la presentaba. El patriarca Fócio encuentra halago en esa confusion. Diógenes Laercio nos ha conservado enigmas, logogrifos, y lemas que la Epidauriana habia amontonado en su Enciclopedia: era un verdadero ropavejero literario, el modelo de todos los albums.

Once siglos despues de Jesucristo, una mujer Bizantina, nacida en regia cuna, y orgullosa de su alcurnia, de su saber y su hermosura, aspiró á alcanzar la palma poética. La *alexiada* de Ana Comneno, es la única obra completa, escrita por una griega que haya llegado á nuestros dias. «La historia Bizantina tiene un defecto, dice Vigneul Marville, (1) y un gran defecto muy incómodo al lector; el cual consiste en que mas de la mitad de los autores de aquella vasta compilacion *no merecen ser leidos.* La estrema mediocridad de Zonaras,

1. Miscelánea de Historia y de literatura, III. 56.

de Sócrates (el escolástico) y de otros, viene á realzar la prosa de Ana Comneno. Leed empero esas pájinas al lado de las de Platon ó de Tucídides; su laboriosa afectacion, su pedantería exhuberante no podrán menos que desagradaros. No se encuentra en ninguna parte sencillez, ninguna narracion sin fasto; todo es sacrificado á los adornos del discurso, á la larga evolucion de las metáforas. Ana Comneno sabia, sin embargo, cuando la ocasion lo exigia, espresarse con una franqueza brutal. Sábese que descontenta de la frialdad y de la cobardía femenil de su marido, Nicéforo Brienio, le reprochó aquel defecto de energía en términos tan ingénuos y claros que nos causaria rubor el repetirlos. (1)

La única parte natable de la última novela de Walter Scott, (2) es el retrato de Ana Comneno: llena de vanidad, presuntuosa, educada en la escuela de los sofistas de oriente y mezclando á la sutileza de los teólogos griegos, la pomposa y metafórica elocuencia de los escritores Asiáticos. Es el verdadero símbolo de Bizancio, de aquella Bizancio verbosa y estéril, ociosa y solo ocupada en nimiedades. Para espresar la mitad de una idea Ana Comneno desenvuelve en mas de tres pájinas sus inconmensurables períodos. Es curioso comparar los frag-

(1) Anales de Nicetas. L. III.
(2) El Conde de Paris.

mentos de Safo, por mas mutilados que estén, con los anales fecundos trazados por la princesa Bizantina; anales que el tiempo, en su aturdida clemencia, ha salvado íntegros. ¡Qué diferencia entre la posicion, las costumbres, las ideas, el estilo de estas dos mujeres, que hablaban sin embargo el mismo idioma! Os representais, leyéndolas, á la una medio desnuda, coronada de flores, la túnica flotante, sus luengos cabellos negros esparcidos, rodeada de jóvenes y doncellas, embriagados con su gloria y repitiendo sus cantos: á la otra en el fondo de un palacio oriental, tendida muellemente sobre cojines de púrpura, rodeada de eunucos, de esclavos y de fámulas, dictando sus frases ampulosas á un secretario que las recoge de rodillas. El mismo contraste encuéntrase en su estilo. La una tiene por musa la pasion; la otra el amor propio y la retórica. En aquella el concepto es siempre la espresion de un pensamiento vivo y terso; en esta la tiranía de las palabras sobre las ideas es tal, que las últimas desaparecen bajo los anchos pliegues de las otras. Safo en fin, señala el punto culminante de la literatura griega, su época de esplendor y de grandeza; Ana Comneno su último período y el estremo de su decrepitud.

Otras dos mujeres de Bizancio, *Eudócia*, mujer de Teodoros, y *Eudócia la jóven* casada con Constantino Ducas, despues en segundas nupcias con Romano Diógenes, han escrito, la pri-

mera, poesías cristianas de una notable insipidez, la segunda, una coleccion estrambótica, intitulada el *Acirate de Violetas*, con 1028 asuntos diferentes ó capítulos; Villoison los ha publicado sin que el orbe literario haya ganado nada en ello. Los editores de glosarios han podido espigar algunas espresiones del Bajo Imperio, algunos restos de costumbres olvidadas, pero el lector apreciará el mérito y la utilidad de la obra, leyendo los títulos de algunos de aquellos capítulos:

*De como Minerva ha engendrado al Dragon.*
*¿Baco era andrógino ó hermafrodita?*
*Homero era Egipcio. De su muerte en Arcadia.*

Á tal punto llegaba el grado de puerilidad en que habian caido las ocupaciones del espíritu.

En fin, bajo el reinado de Andrónico, la hija de Teodoros, gran logoteta del imperio, se ejercitó en la poesía, la metafísica y la filosofía. Niceforo Gregoros, que ha conservado ó mas bien sepultado en su historia, un fragmento de las elucubraciones de Irene (llamábase así) la compara con Platon y Pitágoras. «Su génio, dice Gregoros, derramaba torrentes de luz sobre las cuestiones mas oscuras. Su estilo era castizo y ático como el de las matronas de Atenás.» El lector va á juzgar de esa pureza y de ese decantado aticismo; convendrá en que Nicé-

foro ha sido un crítico demasiado indulgente para con su discípula, y que sin duda se ha dejado deslumbrar por el título de *Panhypersebasta* que tenia Irene, y que la hacia digna *de una veneracion completa y exaltada*, si es que significa alguna cosa esa palabra griega. La *Panhpersebasta* se dirije á su padre que vuelve á su casa meditabundo y afligido.

«Quizá será á vuestros ojos una señal de impertinente audacia, y de incontinencia juvenil, y aun me atreveré á decir de pueril temeridad, ó padre mio, el que una hija adolescente hable con libertad al autor de sus dias; el que aquella cuya lengua se ha soltado apenas, fije una mirada impudente sobre el olimpo de vuestra gran sabiduría. Empero, la turbacion de vuestra fisonomía, la parálisis de vuestros razonamientos y la fijeza de vuestros ojos, denotan que vuestra alma ha llegado al zénit del dolor; que la acrópolis de vuestro corazon se halla en presa al pesar...» Y sigue de (1) este modo, durante tres pájinas de metáforas, lo mas largamente devanadas, y contorneadas con la mayor absurdidad. Si las bellezas bizantinas tenian costumbre de emplear esta manera de elocuencia en su vida privada, no podemos menos que compadecer á sus padres, á sus esposos y á sus hijos.

De todos modos; estos trozos, ridículos ó

(1) Anales Bizant. Nicef. Gregor. l, II.

exentos de valor intrínseco y aparente, son característicos del tiempo en que fueron producidos. De lamentarse es, que en todas las épocas, en todos los pueblos, no hayan las mujeres consignado sus recuerdos y sus observaciones, ó escrito sus Memorias. Mil matices, mil primores en la espresion del pensamiento de que estamos agenos habrian sido comprendidos y eternizados por ellas. La historia no se ha completado, los anales de la humanidad no han adquirido su verdadero desarrollo sino desde la emancipacion de las mujeres por el cristianismo. Antes de la era cristiana, no se atrevian á presentarse en la escena y hacer ostentacion de su génio, á menos de abandonar todo recato, y proclamar al mismo tiempo, como Safo y Aspasia, el menosprecio del pudor y la idolatria del deleite. En vez de lanzar á la posteridad algunos acentos sublimes de delirio y de amor, que en el naufrajio de los siglos se han dispersado y perdido; Safo, sometida al influjo de la civilizacion moderna, nos habria dado la historia íntima y detallada de aquella vida llena de pasion que enardeció su espíritu. Hubiese pintado en un vasto cuadro á sus contemporáneos junto con su propia semblanza: ¿Y quién no conservaria preciosamente semejantes revelaciones, si se pudiese arrancarlas al abismo de la antigüedad? ¿quién no daria en cambio todos los escolios y todos los comentarios, todas las antologias y las compilaciones de epígramas? Si

cayesen por ventura en nuestras manos las confesiones de Aspasia, ó el diario llevado por Corina, ¿lamentaríamos, acaso, la pérdida de las oraciones sofísticas de Isócrates ó de los desvarios de Heráclito sobre la formacion de globo?

# LOS PADRES Y LOS HIJOS

## EN EL SIGLO XIX.

POR

ERNESTO LEGOUVÉ.

En la vida, como en las piezas de teatro, lo mas difícil de hacer es el último acto. No entiendo por ello el desenlace final. Morir bien es un hecho en el que la naturaleza nos ayuda por el desfallecimiento de las fuerzas y por la ignorancia de la muerte. Pero acabar bien la vida, llenar cumplidamente el intérvalo que separa la existencia activa del último trance, hé ahí el punto crítico. Mientras el hombre se halla en plena accion, suspira por la tranquilidad; cuando la ha conseguido, suspira por la accion. Ministros, Generales, hombres políticos, abogados, comerciantes, industriales, artistas, todos sucumben bajo el peso de una existencia

demasiado serena. En otro tiempo, las ideas religiosas, el pensamiento de Dios, eran el término y como la corona de toda vida al extinguirse; concluíase esta poniendo los ojos en el cielo. Mas hoy el recuerdo de nuestras ocupaciones terrenales nos persigue y mortifica, aun cuando nos háyamos retirado del mundo. Preguntábase á un viejo cómico, cuyo nombre es sinónimo de los personajes mas grotescos, preguntábase á Brunet, que tenia sus ochenta años á cuestas:

—En qué empleais el tiempo en vuestro retiro de Fontainebleau?

—Ensayo mis papeles, fué su respuesta.—

Pues bien, nosotros nos parecemos todos á Brunet, pasamos nuestra vejez ensayando nuestros papeles! Papeles que no valen á menudo mucho mas que los suyos; papeles de gobernantes, de gobernados, de ambiciosos, qué importa! El orador repite sus discursos, el general rehace sus batallas, el magistrado extiende de nuevo sus considerandos, el abogado la emprende con sus litigios; todos son lo mismo, hasta el almacenero retirado que no revende ya sus especias. ¡Triste fin, el agarrarse de este modo á la existencia que se escapa, en vez de preparar el ánimo para la nueva vida!

Pero de todos los dolores que siguen la edad del retroceso, los mas vivos, los mas punzantes, recaen sobre la pálida y febril casta de los hombres de imaginacion, los pintores, los poetas,

los músicos, ó los escritores dramáticos. Háblase frecuentemente de los bárbaros apuros en que suelen verse los artistas en su primer estreno. Sí! sufren, lloran, pero viven, siéntense vivir! Una hora de triunfo les indemniza diez años de indiferencia; un dia de inspiracion compensa meses de desaliento; en fin, tienen veinte años, y pueden esperar.

Pero haber sido y no ser mas; sentir que nos envuelve el silencio, penetrando en nuestro interior, tener uno que confesarse á sí propio que la sociedad que nos olvida tiene razon; y esto á los cuarenta; á los cincuenta años, en pleno vigor! Los sábios son mas felices que los simples artistas.

El hombre docto, aunque tenga encima medio siglo, sigue con paso seguro su camino, pues todo cuanto ha adquirido le ayuda á hacer adquisiciones nuevas, todo cuanto sabe viene á formar un capital que le aprovecha y que le dá interés. El historiador á esa edad maneja con mas firmeza la pluma que á los treinta años, perteneciendo mas bien á la edad madura las cualidades que demanda la historia; en este caso, sobre todo, saber es poder. Pero un artista! un autor dramático! ¿Qué cosa puede reemplazar en él la imaginacion desfalleciente? ¡Cuán poco pesa y de qué poca monta es en las obras del arte la experiencia reducida á sí misma! ¡Y cómo se anticipa en nosotros la muerte de la fuerza creadora!

. . . . . .

. . . . . .

¿Qué vá á ser de mí? ¿caeré en lo de siempre, y á imitacion de algunos viejos desesperados, me dejaré llevar á una inaccion llena de tedio? ¿Iré como otros, á ocupar mis dias, mis eternos dias, tornando á leer las últimas producciones de una imaginacion ya impotente, y pasando las horas muertas en descifrar viejos manuscritos que no importan maldita la cosa á los demás? ¿O bien, ¡martirio todavía mas cruel! me sentaré de nuevo á trabajar ante ese pupitre, testigo un tiempo de tantas embriagueces deliciosas, para sentir que la pluma se hiela entre mis dedos? Óh! cuán amargas son las silenciosas lágrimas que caen sobre el papel á que el poeta no puede ya dar animacion!

Arroja con rábia y con disgusto esa pluma traidora; parécele que el obstinarse seria profanar el númen, y busca el consuelo y el olvido en las obras maestras, en los libros. Mas ¡ay! no puede leerlos! acostumbrado como está á los ardientes goces de la creacion, esa actitud pasiva del hombre que abre su mente á los pensamientos de los otros, le adormece y fastidia; gustábanle los libros como instrumento de trabajo, como estimulantes del ingénio; agradábanle las producciones agenas, porque le ayudaban á producir ¡pero leer por el gusto de leer! no! los poetas viejos ya no

leen. Entonces empieza para ellos (¡qué de terribles y notables ejemplos vienen á agolparse á mi memoria!) una enfermedad moral peor mil veces que el aburrimiento. Su alma se deprava en la inaccion á que se vé forzada; las reputaciones nacientes los irritan; la envidia y el ódio se deslizan sordamente en su corazon intranquilo; acusan al público que los olvida, á los jóvenes que toman su lugar, y se sumergen tanto mas profundamente en su preocupacion egoista, cuanto que ya nadie se ocupa de ellos, sino solo ellos mismos.

Estos recuerdos me estremecen; por nada en este mundo me someteria á tales tormentos, á humillaciones semejantes. No! no quiero ni odiar, ni envidiar, ni hacer reir, ni lamentarme, ni profanar el arte que he amado tanto, persiguiéndole en mi decadencia, ni menos hacer ante los otros ostentacion de mi flaqueza. Pero tambien por ningun motivo me resignaria á esas existencias inertes, á esas eternas reminiscencias del pasado. Me pondré en accion en vez de ponerme á meditar! Socorreré, consolaré, amaré, viviré! Quiero vivir!

. . . . . .

—

La Providencia ha venido en mi auxilio!
Ayer, Mauricio entró en casa y me dijo:
—Quiero comunicarte un gran proyecto.
—¿De qué se trata?
—He elegido por fin una profesion.

—Veamos.

—La enseñanza superior, es preciso que á treinta años regentée una cátedra.

—Emprendes unos estudios...

—Muy difíciles! bien lo sé, pero tú me ayudarás!

«*Tú me ayudarás!* Esta expresion tan naturalmente pronunciada me há abierto los ojos. La costumbre se hallaba demasiado arraigada! Yo no podia trabajar sin objeto! Hoy es ya otra cosa, tengo un propósito y que me excita mil veces mas que los que hice en otro tiempo, pues entonces se trataba de mi, y al presente es él de quien se trata. . . . . .

. . . . . .

—

Hé ahí un padre que se siente rejuvenecer en su hijo; lée para su hijo, aprende el aleman para su hijo, vuelve al estudio de las lenguas antiguas para su hijo; estas tareas no tardan en proporcionarle un nuevo órden de trabajos personales...

Pasé del papel de simple lector al mas activo de pensador estudioso; sentí confusamente al principio, con mas claridad despues, que todo ello me ofrecia materia para un nuevo género de escritos; que podia emplearme con agrado en estudios de historia y de moral, en que tomase tambien parte el resto de la imaginacion que aun me queda. De este modo mi vida renovábase en tanto se desarrollaba la su-

ya; y mientras preparaba él su tésis de doctor, volvia yo á sentarme en mi bufete, y mi pluma á ser la compañera de mis últimos dias.

---

Habiendo una sábia corporacion propuesto un certámen sobre un bello asunto de historia y de moral, he reasumido mis dos años de estudios y de reflecciones en una memoria cuya extension casi forma un volúmen. Ese trabajo, á mas de la obsequiosidad con que ha sido recibido y de los elogios públicos, me ha proporcionado un galardon y una honra que me conmueven hasta el fondo del alma.

Una de las principales ciudades de la Suiza funda una cátedra; debe obtenerse por oposicion: á fin de dar mayor brillo al acto, escritores de varios paises han sido invitados á servir de jueces. Mi memoria ha tenido aceptacion y parto mañana para Suiza.

Pocos triunfos me han satisfecho mas, porque es á mi hijo á quien lo debo. Una sola idea viene á enturbiar mi gozo; há tres dias, cuando recibí mi nombramiento, me pareció mas preocupado que dichoso. ¿Porqué?

¿Porqué? voy á decirlo: cuando llegué á Suiza ya le encontré allí. Sin decirnos palabra y á fin de no hacernos partícipes de los temores que abrigaba, habíase hecho inscribir secretamente entre los aspirantes á esa cátedra, y el exámen para obtenerla nos ha colocado frente á frente uno de otro, él como candidato, yo como juez.

Tomé al punto mi resolucion. En la primera reunion de la comision examinadora, dí á conocer á mis colegas mi situacion especial; y presenté mi renuncia. Fué unánimemente rechazada; insistí; nuevo y mas enérgico rechazo.

«No os pedimos, agregaron, si no el que no seais parcial contra vuestro hijo.»

Persistir habria sido una especie de ingratitud y de injuria; aceptar... me considero digno de ello. Por tanto desde que los siete concurrentes hubiéronse reunido, les dirigí la palabra diciéndoles:

«Señores, nadie debe ser juez y parte, y toda persona interesada en una causa puede ser recusada como árbitro. Ahora bien, yo soy el padre de uno de vuestros rivales; mis cofrades me han conservado en el egercicio de mi cargo, pero mi conciencia no estaria tranquila si solo fuese reelecto por ellos. Tengo necesidad de serlo por vosotros. Hablad pues. Si quedase en el corazon de cualquiera de vosotros una desconfianza, una sospecha, que lo diga sin hesitar y me retiro.»

Los jóvenes tienen siempre tendencia á la generosidad: su respuesta fué una estruendosa exclamacion de simpatía. Un cuarto de hora despues, abríase la primera sesion, siendo yo el presidente. A título de tal, fuí encargado de hacer el llamamiento de los opositores; son siete, y nosotros somos cinco jueces. Cuando le tocó su turno á Mauricio y que le pregunté:

«¿Vuestro nombre y vuestra edad, señor?» experimenté y creí leer tambien en su semblante una emocion bastante fuerte.

Aquella sola palabra *Señor*, estaba diciendo claramente que, durante aquel acto, el uno al otro nos desconocíamos. La primera sesion ha sido consagrada á las pruebas escritas.

Pedí que su lectura fuese pública: se accedió á mi deseo, esto me alegra y tranquiliza: es una responsabilidad de menos, una fiscalizacion de mas, un doble apoyo contra mi severidad y contra mi indulgencia. Los jóvenes ponen manos á la obra. Mauricio ha tomado la pluma con aire jovial y como seguro de sí mismo; he aprovechado estas cuatro horas para observar los candidatos é interrogar á mis cólegas respecto á ellos. Espérase mucho del núm. 3.° y del número 5.°; el uno es un jóven profesor de *Lyon*; el otro ha hecho ya algunos bellos trabajos de revista; en sus fisonomías revélase en efecto la distincion de su talento; espérase poco, ó nada se sabe de los cuatro restantes, excepto el núm. 7 que uno de los jueces conoce y que merece señalado interés. La necesidad solo le ha empujado á hacer esa arrojada tentativa; su traje mas que sencillo, la palidez de su semblante, su aire displicente y melancólico, están revelando uno de esos desdichados que no han tenido la fuerza de levantar el peso de su abrumante pobreza. Sin embargo, dicen que no carece de mérito, pero se expresa con dificultad,

padece la enfermedad de los hombres contrariados siempre por la suerte, la indecision, la timidez.

La lectura pública ha empezado á las dos de la tarde. Tres de los opositores han sido eliminados; el número 3 y el número 5 dieron muestras de saber y de talento; el trabajo de mi hijo parece haber producido en el público mas efecto todavia que el de aquellos; el pobre número 7 ha obtenido tambien la honra de ser admitido. Su composicion apesar de contener no pocas faltas, manifiesta eminentes prendas de ingenio. Los séres para quienes la vida no ha sido sino campo de privacion y de lucha, esos tímidos que expresan con dificultad su pensamiento, tienen á veces una profundidad y un vigor que no es dado alcanzar á las gentes felices; sus sufrimientos dan á su estilo un poder de concision que les es peculiar.

Terminadas las lecturas, procedimos á la clasificacion.

Mis cólegas querian poner á mi hijo en primer término: me he opuesto á semejante decision; no es justo; mi hijo ha compartido los honores del triunfo con el número 5; los otros dos han obtenido el accesit. Se convino en que el resultado de nuestras deliberaciones no pasara del salon en que nos hallábamos reunidos.

A la noche, dije á Mauricio·

—Y bien! estás contento!

—¿Y tú padre has estado satisfecho de mí?

—Muy satisfecho.

—¡Voy á escribir á mi madre! exclamó.

—Cuidado! la sesion de hoy no ha sido sino preliminar! solo mañana vendrán las pruebas mas temibles, las pruebas orales. No des esperanza á tu madre: acaso pudieran serla mas fatales que la inquietud en que se encuentra.

—

La sesion se abrió á las nueve. Tratábase de dar una leccion oral de dos horas sobre un tema convenido, despues de solo media hora de preparacion. El número 3 ha comenzado; al cabo de veinte minutos, era evidente su impotencia. Lo que habia de elegancia y de talento en el estilo de su composicion escrita, desapareció en el áspero trabajo de la improvisacion, que es á las obras de pluma lo que la pintura al fresco á los géneros que abraza.

Aquel arte *apremiador*, como dice Moliere:

*Que quiere sin ninguna complacencia*
*que un pintor se sujete á su impaciencia,*

requiere especialmente el manejo atrevido y desdeñoso de la palabra; es preciso ir rectamente al objeto; el candidato carecia de fuerzas para acometer tamaña empresa; despues de media hora de ensayo, balbuciente, los ojos espantados, corriéndole el sudor, bajó de la cátedra sin poder concluir, y dejándome en el corazon, no como se creeria tal vez, la egoista

satisfaccion de que mi hijo contase un antagonista menos, sino el terror de verle bien pronto, á él tambien, subir á esa cátedra, afrontar las mismas dificultades, pasar por las mismas angustias, y volver á bajar cubierta la frente con el mismo rubor.

Bien visto, jamás ha hablado sino ante auditorios amigos; nunca ha combatido sirviéndose de la palabra—¿Tiene acaso el temperamento de la lucha? Sus competidores tienen el derecho de interrumpirle en su demostracion—¿podrá soportar la interrupcion, las objecciones, tal vez la punzante ironía? Cosa extraña! casi deseo que una casualidad, una fuerza mayor le impida presentarse á la prueba.

---

La sesion ha vuelto á comenzar despues de un corto intermedio. He llamado al número 5. ¡Qué cambio súbito, y á qué punto la vista de este atrevido candidato ha contribuido á dar otro giro á mis ideas! Todas mis ambiciones, todas mis esperanzas, todos mis primeros temores, vuelven de consuno á asaltarme. Si hace un instante al considerar á aquel jóven, confundido y deshecho, me representaba á mi hijo herido por el mismo golpe, la fisonomía resuelta y confiada de su segundo rival me lo devuelve por decirlo así en toda la plenitud de su energía juvenil; no creo ya en la imposibilidad de buen éxito desde que veo tentarle tan valerosamente por otro; tengo miedo, pero un mie-

do valiente pues que acepto el combate. Crudo ha de ser. Aquel jóven es verdaderamente un hombre de mérito; conocimientos sin charlatanismo, estudios sérios, talento brillante en la palabra.

Las dos horas que ha consagrado á la leccion han cautivado al público é instruido aun á los jueces. Si de parte hubiese podido abrigar dudas respecto del triunfo, las fisonomías de mis cólegas, cuando volvimos al salon de las deliberaciones, habrian sido suficientes á darme luz; parecian un tanto contrariados en presencia mia. En algunos ese embarazo degeneraba hasta en una especie de pesar; las probabilidades en favor de mi hijo habian disminuido grandemente á sus ojos, y esto acaso les apesadumbraba.

Esa demostracion de simpatía acrecentó mi fuerza. Propuse dar al candidato el número 20 que, en todos los certámenes de escuela, es el mas alto. Uno de mis cólegas se opuso.

«El mérito positivo de esta leccion, dijo, no puede ser objeto de una apreciacion absoluta. No se trata solamente de que sea buena, es preciso que sea la mejor. Sobre este punto no podemos decidir sino despues de haber oido á los otros dos candidatos. Son apenas las dos. Pido la continuacion de las pruebas.»

Esta opinion fué adoptada; llamóse al número 6: es mi hijo. Entramos en sesion.

——

Cinco horas despues hé ahí lo que yo escribia á su madre:

«Querida mujer: ya habrás sin duda recibido nuestro parte telegráfico. Mi carta te narrará esta sesion, de que nuestro telégrama no ha podido anunciarte sino el éxito. ¡Oh, cuan estrechos é ingratos son esos espíritus retrógados que califican de creacion material, las grandes invenciones científicas del siglo; que no ven en el vapor y la electricidad sino medios de transportar mercancías ó noticias de bolsa, y no se aperciben de que son los mensageros del alma, los intermediarios de las relaciones mas caras!

«Esos mensageros llevan en un segundo á centenares de leguas de distancia, una palabra de consuelo, de júbilo, de esperanza; anonadan para los séres que se aman, los dos mas grandes dolores de este mundo: la ausencia y la espera! Es el alambre eléctrico el que te ha dicho hace un momento que tu hijo habia salido perfectamente de su exámen; el vapor te dirá mañana que ese exámen ha sido una victoria. Oh! cuanto me he acordado de tí! Es cierto que tu presencia habría quizá hecho perder los brios al pobre muchacho.

«Ni una sola vez me ha mirado durante las dos horas; con ingenuidad, me ha dicho que tenia miedo que mi vista lo enterneciese. ¡Si hubieses visto lo encantado que estaba el auditorio! Prorumpia á veces en involuntarios aplausos! Imagínate lo que seria de mí cuando en mi

calidad de presidente veíame obligado á imponerle silencio. Verdaderamente ha hablado con talento; pero lo que mas me ha impresionado es su actitud mientras hablaba: las manifestaciones de satisfaccion en vez de exaltarle, le ponian mas sério, mas contenido; su emocion revelábase solo en la palidez de su semblante, y en la vibracion de su voz. Signo es ese de un alma que no carecece de vigor.

«Terminada la sesion, todo el público estalló en *bravos* repetidos; mis cólegas me han llevado casi á la rastra al salon de conferencias exclamando todos: «¡merece el número 20, el número 20! sí, lo merece!» Me he esforzado en recordarles que aun faltaba el candidato, el número 7. «Es verdad, es verdad! han contestado, no comprometamos nuestra opinion por un voto anticipado.... Mañana le toca al número 7. Sin embargo, agregó aquel de mis cólegas que le conoce, sé que desde esta mañana tiene deseos de renunciar al certámen. Se me figura que la escena que acaba de presenciar no es muy propia que digamos á darle grande aliento; por mi parte le aconsejaria sin mas ni mas la retirada. Por consecuencia mi estimado cólega podeis ser heróico cuanto se os antoje, en la certidumbre de que ningun peligro corre vuestro heroismo. Hé ahí, querida mujer, el parte de la jornada. Mañana irán los últimos detalles.

---

He sufrido ya algunos duros trances en mi

vida; pero tan crueles como este, nunca! ¿Cómo se complace Dios en probar á los hombres, que no son nada, que sus principios mas firmes descansan en la arena, y que ni siquiera una sola de sus virtudes, ó de aquello á que damos este nombre, les pertenece, segun se los sugiere su orgullo? La última sesion ha tenido lugar hoy. El número 7 ha cobrado ánimo, ha defendido su candidatura: esta mañana se ha presentado á exámen; acabo de presidir el acto. ¡Por cuántos sentimientos de que me creia exento, he sido agitado durante las tres últimas horas! He odiado á ese pobre jóven; costábame trabajo el ocultar mi cólera mientras él hablaba; dos ó tres veces me he sorprendido á mí mismo mirándole con desden por ver si le turbaba. Oh! debo confesarme mal que me pese la verdad; por varias ocasiones tuve intencion de mezclar á algunas de las preguntas que le eran dirigidas, objeciones insidiosas, que hubieran podido extraviarle en su discurso.

Quizá solo la presencia del auditorio me contuvo. ¿Pero hubiera podido prever semejante transformacion? Aquel jóven habia llegado al principio pálido, azorado, lleno de asombro de su propia osadía; tanta modestia movióme á compasion, tanto encogimiento me llenó de tierna simpatía; no abrigaba todavía ningun temor, y he tratado de animarle con el gesto y la vos; pero cuando le he visto reanimarse y adquirir confianza, cuando desprendiéndose insensible-

mente de sus incertidumbres de lenguaje y de la vacilacion de sus ideas, llegó á la plena posesion de sí mismo; cuando, semejante á los viageros alpestres, atravesó la region de las nubes y nos levantó hasta las cumbres donde la luz es pura y despejados los cielos; cuando ví las fisonomias de mis cólegas que al escucharle se animaban, adelantarse hácia él las cabezas, y al público dándole los aplausos que habia hasta ese momento reservado para mi hijo, entonces los malos instintos de la naturaleza humana despertáronse en mí y casi han estallado en mis lábios.

No quiere esto decir que aquel jóven haya sobrepujado á mi hijo; no tiene ciertamente ni su calor expansivo, ni su nativa elegancia, ni menos su atractivo; pero lo que le caracteriza, es lo que yo habia ya notado en su composicion: ese no sé qué de firme, de robusto, que dá el hábito de una dura existencia. Conoce mas el mundo; ha sufrido mas; es mas hombre; y por tanto mas avezado á los trabajos árduos y penosos. Sobre el asunto propuesto, mencionó una obra alemana, cuyo análisis, admirablemente hecho por él, ha derramado nueva luz en la cuestion; finalmente tan fuerte ha sido la impresion que produjo, que, reunidos los cinco jueces en el salon de las deliberaciones, nos hemos encontrado en la imposibilidad de dar una decision inmediata. Esta noche nos reuniremos otra vez tomándonos el tiempo necesario para comparar en

silencio, y á solas, los méritos diversos de los dos competidores.

---

Hace una hora que medito sobre ello; imposible resolverme á nada. Me he despedazado el corazon sin poder discernir dónde está la verdad! Ora me represento á mi hijo en la cátedra; oigo de nuevo su palabra, le veo en toda la gracia de su juventud y su talento, y me digo: Él es quien merece la palma! Pero entónces se dibuja como en la sombra y por grados la fisonomía pálida y tímida de su rival que me mira, paréceme, con una especie de blando reproche: pertúrbase mi espíritu, y en mi corazon, en mi cabeza, se agita á manera de un torbellino de ideas que no me dejan ni saber lo que pienso.

Mi resolucion está tomada; dentro de media hora se reabre la sesion. Como presidente debo opinar y votar el último; oiré, afirmaré mi juicio, y me pondré de parte de la mayoría. Yo no puedo dar en tierra con el porvenir de ese jóven; pero entretanto tampoco puedo destrozar el de mi hijo.

¡Qué momento! despues de dos horas de discusion grave y profunda, he llamado á votar: dos votos por mi hijo, dos por su adversario; soy yo quien dedo decidir! He pedido que se me concediese plazo hasta mañana temprano para reflexionar, y he vuelto á entrar en casa. La primera cara con que me he encontra-

do, es la suya; me esperaba, y corriendo á mi encuentro:

—Y bien? esclamó.

—Todavía no se ha resuelto nada, respondí.

Palideció al ver la alteracion de mi semblante. Entré en mi gabinete.

---

Son las cinco de la mañana; despues de haber dormido algunas horas para refrescar la cabeza, me entregué al doble exámen de sus composiciones respectivas. Tenia á la vista ambos trabajos; sus dos lecciones recordábalas mi memoria como si las hubiese grabado en ella la estenografía. Para resolver conforme á la justicia he seguido el consejo de Franklin, he hecho lo que él hacia cuando tenia que decidirse por alguna grave determinacion: escribí en una doble columna los méritos y los defectos de los dos candidatos, y despues de una hora de comparacion, he creido que al fin columbraba la verdad; mi espíritu se hallaba desde luego casi convencido. Para despejarle de toda sombra, me dirigí en voz baja á aquel en quien toda equidad tiene su orígen: «Veis mi tribulacion le he dicho, pero veis tambien que aspiro á la justicia. Si durante veinticinco años he tratado de ser un verdadero padre, recompensádmelo mostrándome claramente qué es lo que debo hacer, y dándome la fuerza para hacerlo.»

Despues de esta oracion tácita, torné á leer

por última vez mi doble confrontacion; he visto claro; es el otro quien merece ser considerado el primero. Vamos!..... Escribamos mi voto.

---

Cuando tomaba la pluma entró mi hijo; habia sabido que la decision definitiva dependia de mí. Le alcancé mi trabajo comparativo, lo leyó con atencion. Puso debajo de su nombre el número 19 y debajo del otro el número 20.

Nos abrazamos.

—Tú no te enojas conmigo, le dije, ¡pero tu madre!

—Mi madre! replicó con viveza, tengo un medio para consolarla.

—¿Cómo?

—Has pasado una noche cruel, querido padre! pero aquí, en frente, hay alguien que la ha pasado peor todavia. Es la madre del pobre jóven mi feliz adversario. Ha venido á Lausana, atravesando una distancia de cuarenta leguas á pié, pues su miseria no les permite otra cosa, y mientras tú velabas, padre, angustiado por las dudas de la conciencia, ella tambien velaba con su hijo, fija quizás la vista en tu ventana, esperando de tu decision la vida ó la muerte. El disputado empleo para ellos es la salvacion! Esto es lo que escribiré á mi madre y ella no tendrá como yo sino un solo pensamiento, el de amarte todavia mas á causa de

tan duro sacrificio. Por lo que á mí hace, está tranquilo, algun dia buscaré mi desquite!

Vamos! nuestros veinte años de enseñanza aútua, no han sido perdidas ni para él ni para mí, y en este dia de prueba, hemos hecho ambos lo que debíamos hacer.

# LAS PÁLIDAS VIAGERAS.

## FANTASÍA.

Era una noche, una noche siniestra;—nunca la oscuridad me pareció mas triste, nunca el aire tan impregnado de vagos suspiros y de estremecimientos pavorosos.

Y sin embargo la luna, semejante á un escudo de acero bruñido, brillaba en el firmamento á través de las rasgadas nubes que le cubrian, á manera de grandes olas de piedra desbordadas de un océano de nieve. Entre las grietas de aquellas vastas ondulaciones, en el fonda azul turquí del cielo, se asomaban argentadas y trémulas, algunas raras estrellas. La atmósfera estaba caliginosa y densa. Las brisas marinas dormian en el cáliz de los amarillentos

nenúfares. Reinaba un augusto silencio en la desierta playa.

Ese silencio era solo interrumpido por el estrépito monótono del mar que se quebraba acompasadamente en la orilla. Sus ondas espesas tenian un color como de tinta. Se arrastraban anchas, pesadas, imponentes y con un mugido lamentable, que remedaba un eco angustioso del mundo subterráneo de los muertos. Jamás una armonía mas aciaga habia herido mis oidos!

De pié, á la estremidad de un cabo peñascoso que penetraba muy adentro en el agua, yo escuchaba esa armonía terrible con una mezcla inesplicable de voluptuosidad y de pavor. Muchas veces tenté alejarme de aquel sitio desolado; pero una fuerza invisible me tenia encadenado á la escarpada roca.

¿Cómo adivinar el secreto de esa fuerza? ¿Era por ventura un sentimiento de terror que paralizaba mi sangre lo que allí me detenia, ó la vertiginosa atraccion del abismo, ó bien la absorcion de mi ser en los pensamientos que aquella escena lúgubre despertara en mi espíritu?

Lo ignoro.

Lo que yo sé decir es que mi alma, como un ave triste que se levantase de un sepulcro, rompió el vuelo al fulgor del astro melancólico, rozando con sus alas los cármenes yermos del pasado; y podria agregar tambien que mis recuer-

dos brotaron de entre aquellas tinieblas, como lámparas vacilantes que iluminasen de repente las ruinas de un templo antiguo abandonado. Dulces amores, amores desgraciados, amistades fieles hasta la tumba, amistades perdidas, nobles ambiciones contrariadas, sueños desvanecidos de fortuna y de gloria, triunfos, derrotas, esperanzas fugitivas, desengaños duraderos, placeres y dolores, todo esto pasó en torbellino en mi mente, con una angélica sonrisa ó con un grito de angustia.

Y cuando me hallaba embebido en la contemplacion del drama de mi vida; cuando el espíritu habia subyugado á la materia á punto de casi anonadarla, de súbito un objeto estraordinario me hizo fijar en él toda la atencion de que era yo capaz en aquella hora suprema.

¡Oh vision portentosa, en vano trataré de escribir tu fúnebre grandeza!

Yo ví, sí, lo he visto con mis propios ojos, que de los confines del horizonte, por sobre las anchas olas de aquel negro mar, un barco de forma estraña que desplegaba al viento de la noche unas velas negras tambien, se adelantaba con magestuosa lentitud en direccion al paraje en donde me encontraba. Tenía la figura de un féretro abierto. Al gobernille que asía con robusta mano, velaba un personaje taciturno, medio envuelto en un manto flotante; la espesa barba blanca le caia hasta el pecho. Su arrugada frente en la que se veia impresa la magestad de

los siglos, parecia surcada por hondos pensamientos. Un antiguo le hubiera tomado por un Dios, por la imágen venerable del tiempo.

Cuando la misteriosa nave estuvo ya bastante cerca, mis ojos la escudriñaron con ardiente avidez. ¡Cuál fué mi asombro al apercibirme que solo la tripulaban unas lánguidas y vaporosas mujeres!

La luna que en aquel momento derramaba sobre ellas como una lluvia de záfiros, me permitió distinguir mas distintamente sus formas virginales. Muellemente agrupadas en medio de la embarcacion y como si las mismas gracias las hubiesen colocado en sus diversas actitudes, comparábalas la fantasía á los génios de la noche, reposando, despues de haber figurado en algun sueño de amor.

Vestian unas largas túnicas blancas, que por su diafanidad y sutileza se las hubiera creido tejidas de aire y de rayos de luna. Llevaban suelto el dorado cabello y en sus frentes sin color, guirnaldas ya marchitas que un viento helado deshojaba.

Pero lo que mas me impresionó fué el aire de melancolía y de inefable desfallecimiento de aquellas aéreas criaturas. Las unas con las manos entrelazadas tenian en su rostro la espresion divina que acompaña al agudo pesar de los últimos adioses. Reclinadas las otras en el seno de sus pálidas compañeras, se hubiera dicho que buscaban la dulce comunicacion de la vida que se les

escapaba, en los débiles latidos de un corazon amigo. Y todas ellas se confundian, completándose, en un coro celeste, en una aureola de suavidad y de pureza. En ese instante se me figuraron las tiernas hijas de la armonia y del dolor.

Sentí al verlas que las amaba profundamente y al mismo tiempo me llené de una tristeza indefinible. Creí que mi espíritu se desvanecía en un vapor de lágrimas y que esas lágrimas reanimarian tal vez las agostadas flores que servian de diadema á su agonía sublime.

¡Quimera, vana quimera!

Yo las veia, ¡oh, dolor! que se morian sin conocer el talisman secreto al que estaba vinculada su existencia!

Entonces, en la ebullicion de mi cabeza, evoqué todas las memorias sepultadas en lo mas íntimo del pecho, y un aliento de juventud y de esperanza refrescó mis ideas.

Remonté con ellas el curso de los años hasta llegar á la florida estacion de los amores. Recorrí la escala armoniosa de mis ensueños mas brillantes y me encumbré casi á la límpida esfera de lo ideal, á aquel grado eminente en que sublimado por un santo entusiasmo, por una aspiracion infinita hácia lo bello, se confunde el hombre con el ángel.

Y sentí luego á modo de una vaga reminiscencia de aquellos seres fantásticos que desmayaban á mis ojos, sin poder atinar ni cuando ni

en donde les habia conocido. De su paso ante mí solo quedaba en el fondo de mi corazon un etéreo reflejo. Ansioso por aclarar aquel misterio me dirijí una por una á todas ellas ¡ah! no podian hablar. Las menos desfallecidas, queriendo responderme, fijaron en mí una mirada moribunda, otras se sonrieron suavemente con la sonrisa de los niños dormidos, otras apenas si me oyeron pues en ese mismo instante exhalaban el último suspiro.

Entretanto el fúnebre barco que habia detenido momentáneamente su marcha, comenzó á deslizarse de nuevo sobre las anchas olas impulsado por una ráfaga que gemia en las jarcias.

En mi desesperacion al ver que se alejaba, me dirijí al viejo que hasta entonces habia permanecido silencioso y le dije:—Dime, dime por piedad, quienes son esas dulces viajeras que conduces en tu nave sombria... callas?... ¿no me respondes? Habla, y rogaré á los dioses que te sean propicios.

—Ah! tiembla de saberlo, me contestó el venerable personaje, hacen un viage del que nunca volverán, nunca!

Y el barco desplegó de pronto todas sus velas, asemejándose á una inmensa águila negra que se precipitase en el caos.

Entonces como si sintiese que me arrebataban la vida, hice un esfuerzo supremo y grité en la oscuridad:—Anciano! antes de desaparecer

para siempre, accede á la súplica de un mortal infeliz. Dime siquiera el nombre de las vírgenes espirantes que un númen sin duda ha confiado á tu guarda.

—Eh bien! me dijo con una voz sepulcral que resonará eternamente en mi alma—desgraciado! son tus ilusiones!!

Y al punto la funesta nave desapareció en las tinieblas, como si la hubiese tragado la profundidad de aquel mar que algunos llaman del olvido!

## FRAGMENTO DEL CANTO VI

### DE LA ILIADA.

Hector llega á las puertas de Sceas... agrúpanse en torno suyo las esposas, las hijas de los Troyanos, informándose de sus hijos, de sus amigos, de sus esposos; pero él les ordena que vayan todas juntas á implorar á los dioses: pues sobre la mayor parte de ellas iban á estallar grandes dolores.

«Mas cuando hubo llegado á la suntuosa »morada de Priamo rodeada de pórticos bri»llantes, su venerable madre, que se dirigia á »la sazon á casa de Laodicea, la mas bella de »sus hijas, lo encuentra, tómale la mano y se »dirige á él en estos términos: Hijo mio ¿por »qué has dejado el terrible campo de batalla

»para venir á este sitio? Quiso en seguida traerle un vino dulce como la miel para que se confortase. Pero el grande Hector, el del casco reluciente, contestó.—«No me traigas de ese »vino tan dulce como la miel, mi respetable »madre, de temor que me enerves, y me olvide »mi fuerza y mi bravura... Con perfumes, y »despues de haber juntado á las venerables ma»tronas, sube al templo de Minerva devastado»ra. De todos los velos que haya en tu palacio, »coloca sobre las faldas de la bella diosa el mas »precioso, el mas grande, el que te agrade mas, »y prométele sacrificar en aquel templo doce »novillas aun no uncidas al yugo, si su piedad »proteje la ciudad de los Troyanos, y sus es»posas, y sus niños... Cuando llegó Hector á »su palacio no encontró allí á la bella Andró»maca. Preguntándole por ella á la intenden»ta contestóle: Pues me ordenas diga la verdad, »Andrómaca no está ni en casa de tus herma»nos, ni en casa de las esposas de tus herma»nos ni en el templo de Minerva, donde las »demás Troyanas de hermosa cabellera invo»can la formidable diosa: ha ido á la alta torre »de Ilion, porque ha sabido la derrota de los »Troyanos y el impetuoso ataque de los griegos; »corria hácia nuestras murallas como una mu»ger desesperada, cerca de ella la nodriza lle»vaba á su pequeñuelo.»

Entonces Hector sale en busca de Andrómaca. Esta al verle en las puertas de Sceas

acorre presurosa á su encuentro. «Acompáña-la una esclava», que lleva en sus brazos á un tierno niño, amable vástago de Hector, y bello como un astro brillante. Su padre le llamaba Escamandrio; pero los demás Troyanos dábanle el nombre de Astynanax...

«El héroe se sonrió, fijando silencioso la mi-»rada en su hijo. Andrómaca, que estaba junto »á él, bañada en lágrimas, le tomó la mano, »y le habló de este modo:—Infortunado, tu va-»lor te perderá; y tú no tienes piedad ni de tu »hijo todavia niño, ni de mí, tu desgraciada »esposa, que muy pronto seré tu viuda; pues »no tardarán los enemigos en atacarte todos »juntos y cuando me hayas sido arrebatado, no »tendré mas deseo, que el de bajar al seno de »la tierra: si me faltas, no tendré ya consue-»lo, sino un eterno dolor. He perdido á mi pa-»dre y á mi madre venerable... O Hector! tú »eres para mi un padre, una madre, un her-»mano; tú eres tambien mi esposo floreciente »de juventud; quédate aqui en lo alto de la »torre, de temor de dejar huérfano á tu hijo, »y á tu esposa en la viudez; coloca tus sol-»dados cerca de la higuera salvaje, pues es por »alli principalmente fácil aproximarse de la »ciudad y asaltar las murallas...»

«El grande Hector contestóle;—Todos estos »peligros me ocupan como á tí querida esposa; »pero cuánto me avergonzaria de los Troyano. »y Troyanas de flotantes velos, sí, como un co-

»barde, me alejase de los combates tratando »de evitarlos!

«No; recibo de mi corazon otras inspiracio- »nes, pues yo he aprendido á ser siempre bravo, »y á combatir en las primeras filas para sos- »tener la gloria de mi padre y la mia. Con »todo, mis secretos presentimientos se cumpli- »rán. Un dia llegará en que la ciudad sagrada de »Ilion, ó Priamo y su valeroso pueblo perece- »rán. Pero me siento menos penosamente afec- »tado de los males reservados á los Troyanos, »á Hécuba misma, al rey Priamo y á mis her- »manos, quienes aunque numerosos y valientes, »caerán en tierra derribados, á los golpes de »nuestros enemigos, que de los que te abrumarán, »cuando uno de esos griegos de la coraza de »bronce te arrastre apesar de tus lágrimas, y »te arrebate la dulce libertad; ó cuando en »Argos, obedeciendo á las órdenes de una ama, »urdas la tela, ó lleves el agua cogida en la »fuente de Messeis ó en la de Hiperea: sujecion »cruel; ó bien cuando, al ver tus lágrimas, se »diga: Esa es la mujer de Hector, el mas ilus- »tre guerrero de todos los Troyanos. Esto han »de decir, y se renovará tu dolor de haber per- »dido un esposo capaz de arrancarte á seme- »jante servidumbre. Pero que la tierra se amon- »tone sobre mi cuerpo inanimado antes que oiga »yo tus gritos, y que te vea arrebatar de estos »lugares.»

estas palabras, el ilustre Hector extien-

»de sus brazos hácia su hijo; mas el niño re-
»trocede inclinándose sobre el seno de la no-
»driza, y arroja un grito de espanto á la vista
»de su padre querido: tal es el susto que le
»causa el bronce y la cimera que agita el pe-
»nacho amenazante sobre el creston del casco.
»El padre se sonrie, asi como la casta madre;
»y apresurándose á descubrirse la cabeza, el
»valiente guerrero deja en tierra el casco re-
»luciente. Entonces dá un beso al hijo idola-
»trado, y remeciéndole en sus brazos, implora
»á Júpiter y á las demás divinidades:

«Júpiter, dice, y vosotros todos, dioses in-
»mortales, hacer que mi hijo se torne ilustre
»como yo entre los griegos; que tenga mi in-
»trépido valor, y que reine con autoridad so-
»bre Ilion! Que algun dia se diga al verle vol-
»ver de los combates: «es todavia mas bravo
»que su padre!» Que traiga de la refriega los
»ensangrentados despojos del enemigo caido al
»poder de sus golpes; y que el corazon de su
»madre se estremezca de gozo.»

«Dijo, y dejó al niño en los brazos de su
»esposa querida, que le recibió sobre su seno
»perfumado sonriéndose apesar de sus lágrimas.
»El héroe se conmovió á este espectáculo, aca-
»ricióla tiernamente, le dirigió la palabra y la
»dijo:

»Querida esposa, es necesario poner un lí-
»mite al dolor; piensa que nadie podrá preci-
»pitar mi última hora antes del momento fa-

»tal; y mortal ninguno, sea cobarde ó aguerrido, podria escapar á la suerte á que se halla »predestinado desde su nacimiento. Vuelve á »nuestra morada y emprende de nuevo tus ocupaciones, el telar, la rueca, y vigila el trabajo de tus doncellas; en cuanto á la guerra, »es la ocupacion de todos los hombres que han »nacido en Ilion, y la mia.»

Habiendo hablado asi el ilustre Hector levantó el casco de flotantes crines; y su esposa querida emprendió nuevamente el camino de su palacio, no sin volver á menudo la cabeza, los ojos inundados de lágrimas.

LITERATURA RUSA

# TRES ENCUENTROS

## RECUERDOS DE CAZA Y DE VIAJE

Passa que'i colli, e viene allegramente,
Non ti curar di tanta compania:
Vieni, pensando a me segretamente
Ch'io t'acompagna per tutta la via.

### I

Entre todos los sitios propios para cazar, próximos á mi casa de campo, el que yo con mas frecuencia visitaba, era la montuosa planicie que se extiende en torno á la aldea de Glinnoe, en el centro mismo de la Rusia. Allí, á corta distancia de esa aldea, es donde se encuentran en nuestra comarca los parajes mas abundantes de caza. Despues de haber dado una buena batida en los zarzales y recorrido aquellos sitios agrestes, generalmente me entraba por un estero y de

allí volvía á lo de mi bondadoso huesped, el *starosta* (el mas anciano del pueblo) de Glinnoe, en cuyo albergue tenia la costumbre de parar.

El estero dista apenas dos leguas de Glinnoé: sigue el camino por un bajo, y solo yá casi á la mitad, se encuentra una pequeña colina que es necesario atravesar. En lo alto de esa colina hay una posesion compuesta de una sola casa solariega inhabitada y de un jardin. Me sucedia casi siempre el pasar delante de esa casa en el momento en que el esplendor del sol poniente era mas vivo, y recuerdo que aquella habitacion, con sus ventanas herméticamente cerradas, se me figuraba un viejo ciego calentándose al sol.

El pobre hombre siéntase á orillas del camino: há tiempo que la luz del cielo se ha trocado para él en una eterna oscuridad; pero siente, con todo, su calor en su semblante marchito y en sus mejillas arrugadas. Parecia que desde muchos años aquella casa estuviese inhabitada; solo una de sus extremidades, que daba al patio, servía de morada á un viejo ya caduco, siervo liberto, cuya alta estatura estaba encorvada por la edad y cuya cara expresiva me habia llamado la atencion. Ordinariamente estaba sentado en un banco delante de la única ventana de su cuarto, mirando hácia lo léjos como absorto en una meditacion melancólica. Luego que me apercibia, se levantaba débilmente y me saludaba con aquella gravedad que se nota en los an-

tiguos criados, no de nuestros padres, sino de nuestros abuelos. Ese viejo se llamaba Lucavitch (hijo de Lucas). Yo hablaba algunas veces con él, pero le encontraba sumamente avaro de palabras. Supe tan solo que la casa pertenecia á la nieta de su antiguo señor. Aquella dama era viuda y tenia una hermana mas jóven; ambas vivian en una ciudad extranjera y no visitaban jamas su propiedad. En cuanto á él, en fin, deseaba llegar al término de su carrera, pues decíase cansado de vivir.

Sucedió que una vez me demoré mas que de costumbre en el campo con un tiempo de los mas favorables á la caza. Aun cuando todavía no se hubiese desvanecido el crepúsculo de la tarde, la luna empezaba á despuntar, y la noche se habia ya extendido en el cielo tranquilo y nebuloso, cuando me acerqué de la casa. Debia pasar delante del jardin; reinaba en torno un gran silencio. Atravesé el camino; me deslicé cautelosamente por entre las ortigas polvorientas, y me apoyé contra un vallado. De allí podia contemplar el jardincito inmóvil, todo iluminado y como adormecido á los plateados rayos de la luna, húmedo, verde y oloroso. Delineado segun el gusto de otro tiempo, formaba únicamente un cuadrado. Estrechos senderos rectos converjian al centro y terminaban en un acirate redondo, cubierto de plantas radiadas ocultas entre la yerba espesa. Elevados tilos le rodeaban, iguales todos y frondosos. Solo

una abertura como de cinco metros habia entre estos árboles, que dejaba á descubierto una casa baja y dos ventanas, donde me causó no poco asombro el ver luz. Algunos manzanos nuevos todavia, crecian allí á distancia unos de otros en lo llano del terreno; al traves de sus menudas ramas, veíase derramarse sobre el cielo azul el suave resplandor de la luna. Una sombra desigual y débil proyectábase en la argentada yerba al pié de esos manzanos. Los tilos verdeaban confusamente de un solo lado del jardin inundados de una luz pálida é inmóvil; de la otra parte aparecian opacos y sombrios. Un murmullo extraño y tremulante corria de cuando en cuando entre las hojas, como si quisieran llamar á los paseantes y atraerles bajo su sombra apacible. El cielo estaba todo sembrado de brillantes estrellas, que de lo alto esparcian misteriosamente sus destellos suavísimos y parecian mirar atentamente á la tierra lejana. Ligeras y transparentes nubes pasaban fugitivas delante de la luna, y trasformaban por momentos su claridad serena en diáfano vapor. La naturaleza estaba adormecida. Ni la brisa mas leve turbaba el aire tibio y embalsamado, que se estremecia á veces como un raudal agitado por alguna rama. Sentíase allí algo semejante á los columpios del viento, una especie de secreto temblor. Yo me habia inclinado sobre la tapia: delante de mí una roja amapola erguia el tallo esbelto de entre la

tupida maleza: una gran gota de rocío nocturno brillaba con sombrío resplandor en el fondo de aquella flor hermosa. Todo yacia en calma, todo estaba sumergido en muelle y dulcísimo letargo; cuanto me rodeaba parecía que aspiraba al cielo, dilatándose, movilizándose y como si estuviese bajo el prestigio de una misteriosa espectativa.

¿Qué esperaba aquella noche cálida é insomne?

Esperaba un sonido; aquella atenta serenidad esperaba una encantadora voz; pero todo enmudecía. Los ruiseñores habian cesado de cantar. El súbito zumbido de algun insecto al volar en el aire, el lijero rumor de algun pecesillo en el vivero por detras de los tilos, el pio apenas perceptible de alguna ave que se agita en sueños, algun grito débil y confuso que se oia por el campo, tan lejano que no se podia distinguir si era el llamado de una voz humana ó el lamento de un animal, ó bien un paso precipitado que resonaba en el camino, todos esos ruidos agudos, esos sonidos trémulos y vagos no hacian sino redoblar el silencio de aquella soledad y aquella sombra. . . . . .

Habíase apoderado de mi corazon un sentimiento indefinible que se asemejaba á la esperanza ó al recuerdo de la felicidad; no me atrevia ni á moverme. Miraba distraido las dos ventanas suavemente iluminadas, cuando de repente sonó en la casa una armonía y corrió como

una ola repetida por un eco sonoro. Sentí un estremecimiento involuntario.

Despues de esa armonía se oyó una voz de mujer. . . . . escuché ávidamente. ¡Cuál no fué mi sorpresa! . . . . . Yo habia oido hacía dos años en Italia, en Sorrento, aquella misma romana, aquella misma voz . . . . sí, sí. . . . .

*Vieni pensando a me segretamente.* . . .

Era eso mismo, reconocí al punto aquella música.

La primera vez que la oí fué de este modo. Volvia yo de pasearme á las orillas del mar. Iba apresuradamente por la calle. Era ya de noche, una noche magnífica, meridional, no tranquila y tristemente pensativa como las noches de Rusia, sino brillante, voluptuosa y bella como una mujer feliz en la flor de sus años. La luna resplandecia con inusitado fulgor; grandes estrellas centellantes se desparramaban á millones sobre un cielo azul turquí; negras sombras hacian resaltar vivamente la luz amarillenta que inundaba la tierra. Las paredes de piedra de los jardines se alzaban á uno y á otro lado de la calle; los naranjos asomaban por encima su lujuriante ramaje; ora se distinguian apenas los globos de oro de las pesadas frutas cubiertas con las aglomeradas hojas, ora se las veia brillar fastuosamente á los resplandores de la luna. Las flores blanqueaban suavísimas sobre muchos árboles; el aire estaba impregnado de aromas

penetrantes, un tanto fuertes, pero de una fragancia deliciosa. Yo seguia andando, y debo confesar que, habiéndome acostumbrado ya á todos esos esplendores, no pensaba sino en llegar á mi *hotel* lo mas pronto posible, cuando de repente una voz de mujer resonó en uno de los reducidos pabellones edificados contra la pared, delante de la cual yo iba pasando. Aquella mujer cantaba una cancion que me era desconocida enteramente; pero habia en su voz tan poderoso atractivo, se armonizaba tambien con la espera apasionada y alegre expresada por las palabras del canto, que involuntariamente me detuve levantando la vista. El pabellon tenia dos ventanas, pero estaban las persianas corridas, y através de las varillas se escurria apenas una pálida vislumbre. Despues de haber repetido dos veces: *vieni*, *vieni*, la voz se disipó; oí una ligera vibracion de cuerdas, como si una guitarra hubiese caido sobre la alfombra; sintióse el roce de un vestido; crujió el pavimento débilmente. Una mujer de esbelto talle, toda vestida de blanco, inclinó su encantadora cabeza fuera de la ventana; en seguida extendiendo la mano hácia mí, dijo:—*sei tú?* No sabia yo qué contestar; mas al punto la desconocida retrocedió dando un débil grito, se cerró la ventana y desapareció la luz. Me quedé atónito. El semblante de aquella mujer que se me habia presentado de una manera tan repentina, era de una belleza incomparable. Pasó demasiado pronto ante mis

ojos para dejarme el tiempo de examinar sus facciones; pero la impresion general que recibí de su hermosura fué vehemente y profunda.

Sentí entonces que jamás olvidaria aquel semblante. La luna daba sobre la pared del pabellon y en la ventana donde se me habia aparecido. ¡Ah! sus ojos sombrios qué magníficamente brillaban á esa claridad!—¡Cuán abundantes caian las ondas de sus cabellos negros casi sueltos sobre su cuello torneado!.... ¡Qué púdica voluptuosidad habia en la suave comba de su talle! ¡Cuántas caricias en aquellas palabras apenas pronunciadas que me fueron misteriosamente dirijidas! Recostéme á la sombra de la pared opuesta, y allí permanecí con la vista fija al pabellon, á la espera y en la perplejidad la mas necia.

Escuchaba con ávida atencion. Unas veces me parecia oir una ligera respiracion detrás de la ventana iluminada apenas, otras el rozar de las ropas y como una risa ahogada. Se oyeron pasos por fin á la distancia; un hombre de mi estatura poco mas ó menos, apareció al extremo de la calle. Caminó rápidamente hácia una puertecilla situada cerca del mismo pabellon, la cual yo nunca habia notado; dió dos golpes sin volver la cabeza y cantando á media voz: *Ecco ridente....* La puerta se abrió luego y él atravesó el umbral acautelándose. Me estremecí, me encogí todo y con el sombrero encasque-

tado hasta los ojos, me volví de muy mal temple á mi posada.

Al dia siguiente durante lo fuérte del calor, pasé dos horas en reconocer la calle donde estaba el pabellon, pero sin ningun resultado. Esa misma tarde, salí de Sorrento sin haber ni siquiera visitado la casa del Tasso. Fácil es pues imaginar cual no seria mi sorpresa al oir aquella misma voz, aquel mismo canto en medio de las vastas planicios, en uno de los sitios mas agrestes de la Rusia. Ahora como entónces es de noche, ahora como entónces parte de repente la voz de una pequeña estancia iluminada, y ahora como entónces estoy solo. Mi corazon palpita aceleradamente. ¿No es por ventura un sueño? Y de nuevo resuena el último *vieni*.... ¿Va á abrirse la ventana? ¿Aparecerá una mujer.... La ventana se abre: una mujer se asoma.

La reconocí al instante apesar de la distancia de treinta pasos que nos separaba, apesar de la leve nube que oscurecia la luna. Era ella, mi aparicion de Sorrento; pero no extendió hácia mí como en otro tiempo sus hermosos brazos desnudos. Los tenia suavemente cruzados, y apoyándose sobre el alfeizar de la ventana, silenciosa é inmóvil miraba en direccion al jardin. Vestia un traje blanco que la caia en ambos pliegues como cuando la ví la vez primera. Me pareció un poco mas gruesa que en Sorrento. Todo en ella espiraba la serenidad y la calma del amor, el triunfo de la hermosura que descansa y fia

en su felicidad. Permaneció inmóvil largo tiempo; luego miró al interior de su cuarto, y enderezándose súbitamente, exclamó tres veces con voz conmovida y sonora: ADDIO! Estos encantadores acentos resonaron á lo lejos, muy lejos; vibraron largo espacio y fueron debilitándose á morir en los tilos del jardin y en los campos cerca de mí y por todas partes. Durante algunos instantes, cuanto me rodeaba penetróse con aquella voz de mujer; todos los objetos se estremecieron al oirla y parecieron impregnados de su dulcísima armonía. Cerró la ventana, y al cabo de un instante la casa quedó de nuevo á oscuras.

Luego que volví en mí, para lo cual á decir verdad, pasó algun tiempo, me escurrí á lo largo de la pared del jardin, me acerqué á la puerta cerrada, y me puse á mirar por encima del cercado.—Nada de extraordinario llamaba la atencion en el patio; habia una calesa en un rincon debajo de un cobertizo. La delantera está cubierta de barro seco que blanqueaba á los rayos de la luna. Los postigos de la casa hallábanse cerrados como de costumbre. Olvidábaseme decir que hacia ya mas de ocho dias que yo no habia vuelto á Glinnoe. En medio de la duda y la inquietud que me agitaban, estuve mas de media hora paseándome por delante del vallado y acabé por despertar la vigilancia de un viejo mastin que, sin ladrar, se puso á fijar en mí sus ojos entreabiertos. Comprendí su aviso y me

alejé. No bien habia andado media milla cuando oí muy cerca el paso de un caballo. Momentos despues, pasó un jinete al trote largo: volvióse rápidamente hácia mí; pero la visera de su gorra que llevaba echada á los ojos, no me dejó ver sino un lindo bigote y una nariz aguileña. Desapareció al punto en la floresta.—Hélo ahí pues! pensé yo al verle, y me palpitó el corazon de una manera extraña. Me parecía haberle reconocido. Su figura me recordaba realmente la del hombre á quien habia visto entrar por la puertecilla del jardin de Sorrento. Una media hora despues, de vuelta á casa de mi huésped de Glinnoe, le desperté y le hice mil preguntas sobre los habitantes de la casa vecina. Me respondió de mala gana, que sus dueños acababan de llegar.

—¿Qué dueños? repliqué con impaciencia.

—Ya se sabe quienes.... Los señores, contestó con voz bronca.

—¿Qué señores?

—Ya se sabe quienes son los señores.

—¿Rusos?

—¿Y de dónde han de ser? rusos ciertamente.

—¿No son extranjeros?

—¿Cómo?... vaya!

—¿Hace mucho á que han llegado?

—Es bien sabido que no ha mucho.

—¿Deben quedarse?

—¡Quien sabe!

—¿Son ricos?

—Ah! cuanto á eso no sabemos nada. Puede ser que sean ricos.

—¿No ha llegado un caballero con ellos?

—Un caballero?

El *starosta* suspiró.—Ah!.. Ah! dijo bostezando... No, no señor... Me parece que no... No lo he conocido, agregó de repente.

—¿Quiénes son los vecinos que viven por acá?

—¿Quiénes? todo el mundo sabe quienes. Hay vecinos de todas clases.

—¿De todas clases? ¿Pero cómo se llaman?

—Quiénes? las dueñas ó los vecinos?

—Las dueñas.

El *starosta* suspiró de nuevo.

—¿Cómo se llaman? murmuró entre dientes. Sabe Dios como se llaman! La mayor me parece que se llama, Ana Federovna; pero la otra... no, yo no sé nada.

—¿Al menos, cual es su nombre de familia?

—Pardiez! no sé nada.

¿Son jóvenes?

—La mas jóven puede muy bien pasar de los cuarenta.

—Estás en tu juicio!

El *starosta* se calló.

Sabiendo por experiencia que cuando un ruso se pone á contestar de cierto modo, no hay medio de hacerle entrar en razon, viendo además que mi huésped acababa de meterse en cama, y

que á cada respuesta cabeceaba, dilatando sus pupilas con un asombro infantil, abriendo con esfuerzo sus lábios pegados con la miel del primer sueño, dije que no queria cenar y me fuí á acostar dentro de mi coche.

Me costó mucho el dormirme. ¿Quién es ella? me preguntaba á mí mismo á cada instante. ¿Es rusa? ¿y si es rusa por qué habla en italiano? El *starosta* asegura que no es jóven... pero está chocheando... ¿Y ese hombre, quién es? A fé mia que no hay medio de poder entender esto... ¡Pero qué singular coincidencia! ¿Es posible que dos veces seguidas?... Es preciso, indispensable que yo sepa quien es esa mujer, y por qué motivo se encuentra en este sitio.

Agitado por estos pensamientos confusos, me dormí tarde, y mi sueño fué turbado por extravagantes imágenes. Creia vagar en un desierto durante el fuerte calor del medio dia; de repente ví correr una gran sombra sobre el arenal ardiente que se extendía ante mí, y alzando la cabeza, la apercibía á ella, á mi hermosa deidad, arrebatada por los aires. Una túnica blanca la cubria; sus largas álas eran blancas tambien.—La dulce vision me llamaba hácia ella. Quise seguirla, pero flotaba en lontananza, ráuda y vaporosa, y yo no podia alzarme de la tierra. En vano fué que quise detenerla extendiendo ambas manos, *Addio*! me dijo remontando el vuelo. ¿Por qué infeliz no tienes alas?... *Addio*! y en todas partes aquel *addio* resonaba:

cada grano de arena lo repetia y me gritaba: *addio*! La seguí con los ojos; mas apenas me aparecia ya como una nubecilla, y se elevó lentamente hasta el sol que la inundó con una lluvia de sus rayos de oro, y se evaporó luego en el espacio.

En otro sueño me pareció que atravesaba yo precipitadamente por una senda escarpada y estrecha. No sé que felicidad ignorada me aguardaba. De súbito se alzó ante mí una roca enorme. En el mismo instante se oyó una voz tras de la roca: *Passa que'i colli*, repetia con sentida tristeza. Y luego se abrió un lóbrego paso y cuando iba á arrojarse á él: Tunante! me gritó una voz, cuenta que por aquí no pasarás! —Fijeme entonces: Era Lucavich quien me salia al encuentro; me amenazaba agitando los brazos. Metí las manos en los bolsillos... queria ganármele: pero estaban vacíos:—Lucavich, le dije, déjame pasar, despues te recompensaré;— Os engañais, hidalgo, me respondió, y su semblante tomó una espresion singular; yo no soy un criado, un siervo; reconoced en mí á don Quijote de la Mancha, caballero andante muy conocido en el mundo. Toda mi vida me la he pasado desfaciendo entuertos, buscando á mi sin par Dulcinea, mas no puedo encontrarla, y no soportaré que vos deis con la vuestra.— *Passa que'i colli*—repetia de nuevo una voz sollozante.—Campo! hidalgo, grité yo con furor, ya dispuesto á írmele á las barbas... pero la

larga lanza del caballero me hirió derecho al corazon... caí exhausto y moribundo... Me hallaba tendido de espaldas, sin poder ni moverme, cuando ella entró con una lámpara en la mano. La levantó graciosamente sobre mi cabeza, mirando en torno de aquella oscuridad; y aproximándose con precaucion, se inclinó hácia mí:—El es, sí, él es este insensato! dijo con una sonrisa de desden. Mirad quien pretende averiguar quien soy yo!—Y el aceite hirviente de su lámpara cayó justamente sobre la herida de mi corazon.—¡Oh divina hermosura, exclamé con esfuerzo... y me desperté sobresaltado.

Toda la noche la pasé en esos raros sueños. Al dia siguiente, me levanté antes del alba. Me vestí de priesa, tomé mi fusil y me dirijí á la casa misteriosa. Era tan grande mi impaciencia que empezaba apenas á clarear la madrugada cuando llegué á ella. Las alondras cantaban, las cornejas saludaban la aurora en las ramas de los frondosos abedules; en la casa, empero, reinaba todavía el mayor silencio. Con la ansiedad de quien espera, ansiedad que suele crecer hasta la cólera, me puse á andar de un lado á otro por sobre el musgo cubierto de rocío, y al mirar la casita baja que encerraba entre sus paredes á aquel ser enigmático, sin apartar de ella la vista. En esto la puerta rechinó, abrióse, y Lucavich se presentó en el umbral. Su fisonomía alterada me pareció mas desapacible que de costumbre. Mostróse como asombrado de verme, y

quiso cerrar inmediatamente la puerta.

—¡Amigo, querido amigo! le grité.

—¿Qué andais haciendo tan temprano? me respondió con apagado acento.

—Díme, te lo pido, corre que ha llegado tu ama.

Lucavich guardó silencio un instante.

—Ha llegado, dijo.

—¿Sola?

—Con su hermana.

—¿No han recibido ayer visitas?

—No.

Y se dispuso á cerrar la puerta.

—Espera un poco... Hazme el gusto... Lucavich tosía y tiritaba de frio.

—¿Qué se os ofrece pues?

—¿Díme por favor, qué edad tiene tu ama?

Lucavich me miró con desconfianza.

—¿Qué edad tiene mi ama? Qué se yo!... podrá tener cuarenta años ya pasados.

—¡Cuarenta años pasados! ¿y su hermana?

—Como cuarenta años.

—Cierto! ¿y es hermosa?

—Quién? ¿la hermana?

—Sí, la hermana.

Lucavich se sonrió.—Yo no sé lo que dirán los demás; para mí es fea.

—¡Es posible!

—No tiene buena presencia, y es bastante flaca.

—¡De veras! ¿y nadie mas ha llegado á la casa?

—Nadie..... ¿ni quién podria haber venido?

—Más, esto no puede ser..... yo.....

—Eh! Señor, parece esto lo de nunca acabar, respondió el viejo de muy mal humor. Qué frio! pasadlo bien.

—Espera, espera..... toma para tí. Y le ofrecí una peseta extendiendo la mano; pero al punto que iba á dársela cerró violentamente la puerta.

—Viejo zamarro! dije para mí, parece que te han ordenado callarte;... mas no me has de engañar.

Me propuse descifrar á toda costa este enigma. Durante algun tiempo no atiné qué resolucion debia tomar. Determiné por fin el preguntar en la aldea, á quién pertenecia la casa que habia despertado mi curiosidad, é indagar quiénes eran las personas últimamente llegadas. Volveria luego á sus inmediaciones y no pararia hasta descubrir el secreto. «Mi incógnita acabará por salir de la casa, pensaba yo, y la veré á la luz del dia, de cerca, como á una mujer viva y no como á una aparicion. La aldea hallábase á media legua de distancia; me dirigí á ella apresuradamente. Una extraña emocion alteraba mi sangre. El fresco fortificante de la mañana me animaba despues de las agitaciones de la noche.

En la aldea, dos labriegos que volvian del campo, me dijeron cuanto por ellos podia yo saber. La casa, así como la aldea en donde me hallaba, llamábanse Michaielovskoe; pertenecian á

la viuda de un Mayor, Ana Federovna Chlikof; esta tenia una hermana soltera, Pelagia Federovna Badaef; ambas eran viejas y ricas; no habitaban casi nunca la casa: siempre andaban viajando; acompañábanlas solo un cocinero y dos sirvientas. Ana Federovna Chlikof habia regresado la víspera de Moscov, únicamente con su hermana. Este último dato me sorprendió sobremanera. No podia imaginarme que aquellos campesinos hubiesen recibido órden de guardar secreto respecto de mi incógnita. Por otra parte ¿cómo figurarse que Ana Federovna Chlikof, viuda de cuarenta y cinco años, y la encantadora mujer que yo habia visto fuesen una misma persona? Segun la idea que me daban de Pelagia Badaef, no descollaba esta por su hermosura, y luego, de imaginarme tan solo que mi aparicion de Sorrento pudiese llamarse Pelagia, con el agregado de Badaef, me horripilaba, y me eché á reir de la ocurrencia.—«Entretanto la he visto ayer en esta casa... La he visto con mis propios ojos» me decía á mí mismo. Irritado, furioso, pero mas inflexible que nunca en mi resolucion, quise volverme sin tardanza á continuar mis pesquisas.

Saqué el reloj; no eran todavia las seis. Decidí esperar, cierto de que todos dormian aun, y que no haria mas que llamar la atencion rondando la casa tan temprano; ademas tenia ante mí los verdes matorrales y tras de ellos un monte de susurrantes álamos. Debo aquí hacerme jus-

ticia y declarar que la febril agitacion en que me hallaba, no apagó en mí la noble pasion por la caza, despertada á la vista de aquel agreste paisaje.

Penetré en el soto. En honor de la verdad debo decir que caminé distraido y sin ningun respeto por las leyes del arte venatorio. Ni seguia á mi perro constantemente con la vista, ni golpeaba las espesas matas esperando ver levantarse con estrépito alguna ave azorada. Miraba á cada rato mi reloj, lo que en verdad no era del caso. Por fin señaló aquel las nueve. Ya es la hora, exclamé en voz alta y volví sobre mis pasos en direccion á la casa, cuando un magnífico gallo cimarron de roja cresta y gayado plumaje, pasó muy cerca de mí rozando con su vuelo la apiñada yerba; hice fuego, hiriendo debajo del ála á aquella ave admirable. No cayó inmediatamente, al contrario, se levantó, fuése hácia el monte, y metiéndose entre las matas, quiso volver en seguida, pero al llegar á la altura de los primeros álamos, le faltaron las fuerzas y cayó en la maleza dando vueltas. Desperdiciar un hallazgo semejante hubiera sido realmente imperdonable: me lancé tras del pájaro herido y me metí en el matorral. Al cabo de algunos instantes, oí un débil graznido, seguido de un aleteo; era la pobre ave que bregaba entre las patas de mi perro. La recogí y la eché en mi morral; luego levantándome, miré en derredor... quedé como clavado en el sitio...

El monte donde me hallaba era muy espeso. A corta distancia caracoleaba una vereda estrecha, y por esa vereda, á caballo y muy juntos, venian mi incógnita y el hombre á quien habia encontrado la víspera. Le conocí por el bigote. Iban al paso en silencio y dándose la mano. Los largos pescuezos de los caballos se movian en gracioso columpio. Vuelto del primer susto (no sé dar otro nombre al sentimiento que me embargó repentinamente) la observé. ¡Oh cuán hermosa! Aquella radiante aparicion venia á mi encuentro como por encanto en medio de aquel follaje de esmeralda. Suaves sombras, blandos reflejos se deslizaban sobre ella, sobre su largo traje gris, en su cuello fino y ligeramente inclinado, en su semblante de un pálido rosado, sobre sus cabellos negros y lustrosos, que flotaban debajo de su elegante sombrerillo: ¿pero cómo pintar la expresion de amor y de embeleso, que llegaba hasta el éxtasis y que se veia relucir en sus facciones? Su cabeza parecia doblegarse á una blanda presion, chispas doradas y voluptuosas centellaban en sus ojos sombríos, medio encubiertos por sus largas pestañas. En parte alguna se posaban aquellos ojos felices, cuyas finas cejas hacian resaltar su brillo y su hermosura. En sus lábios vagaba una sonrisa infantil, la sonrisa de un júbilo profundo. Parecia que el exceso de la felicidad la fatigaba y la infundía una suave languidez, como á veces una flor al abrirse doblega el tallo que sustenta su vida.

Las manos caianla sin fuerzas, la una en la mano del hombre que la acompañaba, la otra sobre las crines del caballo.

Tuve tiempo de mirarla, y á él tambien. Era un hombre hermoso y gallardo; nada tenia de ruso en la fisonomía. Mirábala con audacia y contento, admirándola con satisfecho orgullo. Tambien me pareció muy presuntuoso, y no bastante tierno ni suficientemente humilde... En efecto ¿qué hombre mereció semejante rendimiento? ¿qué alma siquiera fuese la mas pura, habria tenido el derecho de dar tanta felicidad á esa mujer?... Será preciso confesarlo, en aquel momento tuve celos.

Entretanto teníalos ya en frente. Mi perro salió al camino y se puso á ladrar. La dama asustada, dió vuelta y habiéndome apercibido, castigó recio al caballo en el pescuezo con el chicotillo. El caballo relinchó, se encabritó, sacó á la vez las dos manos y partió al galope. El hombre metió espuelas al suyo, y cuando algunos instantes despues salí del monte, los ví á ambos galopando á campo atraviesa en la dorada lontananza, y balanceándose graciosamente sobre sus monturas. Galopaban en otra direccion que la de Michaielovskoe. Les seguí con la vista. Luego desaparecieron tras de la colina que se dibujaba distintamente sobre la línea sombría del lejano horizonte. Esperé....en seguida me volví paso á paso en direccion á la floresta y me senté en el camino, con los ojos cerrados, la frente entre mis manos.

He notado que despues de encontrarse uno con personas desconocidas, es bastante cerrar así los ojos para recordar al momento sus facciones: la exactitud de esta observacion es muy fácil de que cada cual la verifique. Cuanto mas familiar nos sea la fisonomía de los demás, mayor dificultad tenemos en representárnosla y es mas vaga la impresion que se refleja en nuestra mente. Se la recuerda, pero no se la vé.

Sucede de este modo que nunca podemos representarnos al vivo nuestro propio semblante. Los mas pequeños detalles de las facciones son bien conocidos, pero cuesta á la memoria el retenerlos en conjunto. Me senté, pues, cubriéndome los ojos; al punto ví á mi incógnita y á su compañero y sus caballos, y todo... Principalmente el risueño semblante del jóven se me representaba con la mayor viveza. Púseme á contemplarle, oscurecióse y acabó por perderse en un lejos rojizo, y la imágen de ella se desvaneció así mismo sin que ya pudiese imaginármela. Me levanté—Eh bien! dije, ahora resta averiguar sus nombres.—¡Tratar de saber sus nombres! qué curiosidad impertinente y frívola; me parecia en realidad imposible que no acabase por descubrir al menos quiénes eran, despues que la suerte me habia llevado hácia ellos con tanta obstinacion y de una manera tan fortuita. Por lo demás, ya no sentia aquella primera impaciencia de la incertidumbre; esa incertidumbre habíase trocado en un sentimiento vago y triste

de que en un tanto me ruborizaba: tenia celos.

De allí adelante no tuve ya empeño en seguir mis averiguaciones. Avergonzábame de ocuparme en descubrir los secretos ajenos. A esto se agrega, que la aparicion de la enamorada pareja en pleno dia y á la luz del sol, aunque de un modo tan inesperado y casual, me habia enfriado, como quien dice, sin tranquilizarme. Ya no encontraba nada de sobrenatural ni de maravilloso en aquel suceso, nada que se asemejase á un sueño irrealizable....

Comencé de nuevo á cazar con mas ahinco que al principio; pero ya habia perdido el verdadero entusiasmo. Cazé durante hora y media. Era ya casi medio dia cuando me dirigí á la casa. Caminaba lentamente. Avisté en fin la casita baja en la cumbre de la colina. Me acerqué. Con una especie de secreto placer noté que estaba Lucavich, como antes le habia visto, inmóvil sobre su banco delante de la estremidad saliente del edificio. La puerta estaba cerrada y tambien los postigos.

—¡Buenos dias, viejo! le grité desde lejos ¿estás tomando el sol?

Lucavich volvió hácia mí su cara enjuta y alzó silenciosamente su gorra.

—¡Buenos dias, viejo, buenos dias! ¿díme, se ha levantado tu señora?

—Se ha levantado.

—Y... está en casa?

—No.

—¿Ha ido á hacer visitas?

—No, ha ido á Moscou.

—¡Cómo, á Moscou! Mas esta mañana estaba aquí.

—Sí.

—¿Y ha pasado aquí la noche?

—Sí.

—¿No hace mucho ha que partió?

—No ha mucho.

—¿Qué tiempo hará, amigo?

—Hace como cosa de una hora que se marchó á Moscou.

—A Moscou!

Y abrí tamaños ojos.

A la verdad que no habia esperado semejante cosa. Lucavich me miraba con sorna; una sonrisa de viejo zorro desplegó sus lábios secos é iluminó sus ojos apagados.

—¿Y se fué con su hermana?

—Con su hermana.

—¿De suerte que ahora no hay nadie en la casa?

—Nadie.

Creí que Lucavich me engañaba; alguna causa habia que provocase su maliciosa sonrisa.

—Escucha Lucavich, le dige, ¿quieres hacerme un servicio?

—¿Qué deseais? respondió pausadamente. Yo veia que mis preguntas ya empezaban á fastidiarle.

—Dices que no hay nadie en la casa ¿y no

podrias mostrármela? Te lo agradeceria infinito.

—Comprendo.... quereis ver los aposentos?

—Sí.

Lucavich guardó silencio.

—Muy bien, dijo en fin, venid.

Pasó agachándose en el umbral de la puertilla. Yo seguia sus pasos. Atravesamos un patio y subimos los escalones tambaleantes de una graderia de madera. El viejo empujó la puerta: no tenia cerradura; habían pasado por un agujero una cuerda con nudos. Entramos en la casa. Cinco ó seis cuartos bajos, nada mas; y segun lo que pude distingnir á la ténue luz que penetraba por las rendijas de los postigos, los muebles de aquellos cuartos eran muy sencillos y muy viejos. En una de estas piezas (justamente la que daba al jardin) habia un piano, un verdadero cascajo.... levanté la tapa é hice sonar las teclas. Dieron un sonido sordo y desafinado que se apagó lánguidamente, como si se quejase el piano de mi atrevimiento. Nada indicaba que aquella casa hubiese sido recientemente habitada; sentíase ese olor á humedad de los cuartos largo tiempo cerrados; veíanse por el suelo algunos papeles, que por su blancura parecia no hiciese mucho tiempo estuviesen allí. Levanté uno; era á no dudarlo un fragmento de carta. Una mano de mujer habia trazado con mano firme esta palabra: «callarse.» Descifré en otro papel la palabra, felicidad.... Un vaso co-

locado sobre un velador al pié de la ventana contenia algunas flores marchitas. Al lado encontré una cinta. Lucavich empujó una puerta angosta abierta en el tabique entapizado. Este es el cuarto de dormir, dijo, apuntando con el dedo: mas adelante está el de la sirvienta y ya no hay mas que ver. Volvimos por el corredor. ¿Qué pieza es esta? Le pregunté, señalando una ancha puerta cerrada con candado.

—Esta? me respondió el viejo, no es nada.

—¿Cómo nada?

—Sí, es para guardar los trastes.—Y entró en la antesala.

—¿Y no podríamos verla?

—¿Qué gusto hallareis en ello, señor? ¿Qué quereis ver? Cajas, loza, muebles, nada mas.

Muéstramela, viejo, te lo ruego, le dije, aunque avergonzado interiormente de mi terquedad indiscreta. Mira, desearia tener en mi pueblo una casa como esta.....»

No pude terminar la frase, Lucavich inclinando al pecho su cabeza blanca me miraba con una expresion singular.

—Muéstramela, le repetia yo.

—«Con mucho gusto», me respondió al fin.

Tomó la llave y abrió la puerta de muy mal humor. No ví nada de extraordinario. Las paredes estaban cubiertas con retratos antiguos de torva fisonomía, casi negros y de malignos ojos. En el suelo yacian amontonados mil objetos diversos.

—Eh bien! lo habeis ya visto? me preguntó Lucavich.

—Sí, gracias, le respondí. Cerró la puerta. Atravesé la antesala y salí al patio.

Lucavich me dijo ásperamente:—Pasadlo bien —Y me dejó.

—¿Pero quién era la señora que ayer estuvo de visita? le grité al ver que se alejaba: la he encontrado esta mañana en el monte.

Creí que sorprendiéndole con esta pregunta repentina me contestase sin pensarlo; pero el viejo no hizo mas que sonreirse maliciosamente y se alejó.

Volví á Glinnoe. Me hallaba en el estado de un muchacho á quien se le acaba de dar una fuerte reprimenda.—Nó, me dije al fin, no debo positivamente aclarar este misterio. No hablemos mas, no hay que pensar en ello.

Pasó una semana. Traté de borrar de mi imaginacion el recuerdo de la incógnita, de su compañero y de mi encuentro con ellos; mas aquel recuerdo me perseguia tenazmente y me hostigaba con la importuna perseverancia de una mosca en la hora de la siesta. Me representaba asi mismo á Lucavich con sus miradas misteriosas, sus palabras llenas de reticencia y su sonrisa tristemente fria. Hasta la casa, cuando la traia la memoria, se me figuraba como si me contemplase con malicia á través de sus postigos entreabiertos, como si burlándose de mí

me hubiese dicho:—despues de todo, nada has de saber....

En suma, se me agotó la paciencia, y un dia me dirijí á Glinnoe. Ningun cambio encontré en el exterior de la casa: las mismas ventanas cerradas, el mismo aspecto lúgubre y desamparado; solo que en vez de Lucavich, hallé un jóven como de veinte años sentado en el banco de piedra. Vestia un sayo de nanquin y una camisola encarnada. Dormía con la cabeza apoyada en la palma de la mano. A veces movia aquella de uno y otro lado, y luego la erguía como sobrecogido.

—Buenos dias, hermano, le dige en voz alta. Abrió los ojos y me miró con sorpresa. Buenos dias hermano, repetí. ¿Dónde está el viejo?

—¿Qué viejo? preguntó el mozo.

—Lucavich.

—¡Lucavich!—y miró al soslayo. ¿Necesitas á Lucavich?

—Sí, ¿no está en casa?

—No, dijo el jóven balbuceando; no.... ¿cómo decíroslo.

—¿Está enfermo?

—No.

—Y bien, ¿qué hay?

—Ha muerto.

—¡Cómo!

—Le ha sucedido una desgracia.

—Ha muerto? pregunté con tristeza.

—Se ha ahorcado, me dijo á media voz.

—Ahorcado! exclamé con asombro.

Nos miramos ambos sin hablarnos.

—¿Y hace mucho tiempo? le pregunté al fin.

—Hoy hace cinco dias. Ayer le han enterrado.

—¿Y cómo se ahorcó?

—Dios lo sabe. Era un hombre que tenia su salario; no conocia la miseria; los amos le trataban como si fuese de la familia. Ah! qué buenos amos son los nuestros! Dios les dé salud! Por lo demás no puede uno imaginar qué es lo que le ha llevado á ahorcarse. No parece sino que el diablo le ha tentado!...

—¿Y de qué medio se valió?

—¿De qué medio? tomó un cordel, se lo ató al pescuezo y se colgó.

—¿Antes de eso, no habeis notado nada de extraordinario en él?

—¿Qué he de deciros? Nada de muy raro. Era un hombre desconfiado en extremo y siempre lleno de fastidio, quejándose de todo. Es cierto tambien que ya los años debian de pesarle. En los últimos tiempos estaba mas melancólico que nunca; á veces venia á vernos á la aldea, pues yo soy su sobrino. «Vamos, amigo Vasa, me decia, ven á pasar una noche en mi covacha.—¿Para qué mi tio?—Porque tengo miedo, me aburro de estar solo. Y me iba con él. Sucedia á veces que salia al patio, se ponia á mirar la casa, meneaba la cabeza y luego suspiraba... La víspera de su desgracia vino á vernos y me lla-

mó. Me fuí con él. Llegamos juntos á su cuarto; se sentó en un banquito; en seguida se levantó y salió. Le esperé, pero viendo que no volvia, me puse á gritar en el patio «mi tio, mi tio!» No respondia. ¿Dónde se habrá ido? pensaba yo. Quizá esté en la casa. Y me fuí á buscarle. Empezaba á anochecer. Pasé delante del cuarto de los muebles y oí como si raspasen la puerta. La empujo, se abre, y qué veo! Estaba allí acurrucado junto á la ventana.—¿Qué haces ahí mi tio? le pregunté. Y entónces se dió vuelta y se puso á gritar. Tenia hoscos los ojos y le brillaban como los ojos de un gato. «¿Qué me quieres? ¿No ves que me estoy afeitando?» Y su vòz era una especie de ronquido. Se me erizaron los cabellos, tuve miedo. ¡Quien sabe si los diablos no le rodeaban en aquel momento!—En esta oscuridad!... le respondí. Y me empezaron á temblar las rodillas. ¿Qué haces? dijo, vete! Yo me fuí. Entonces salió él del cuarto y cerró la puerta con cuidado. Despues volvimos á nuestra habitacion y el susto se me pasó al instante. «¿Qué tienes que hacer en el cuarto de los muebles tio?» le dije. Se estremeció. Cállate, contestó, cállate.» Y se acostó junto á la estufa. «Bueno, pensé yo, mejor es que no le hable. Tal vez hoy se halle indispuesto.» En seguida yo tambien me acosté. Habia una vela encendida en un rincon. Ya empezaba á dormirme... de repente oigo ruido en la puerta, y que se abria... así, muy poco á poco. Mi tio se habia acostado

con la cabeza vuelta hácia la puerta y recordareis que siempre ha sido tardo de oido; pero en aquel momento se levantó precipitadamente: «¿Quién me llama? ¿Quién viene á buscarme, quién?» Y salió al patio con la cabeza descubierta: ¿Qué hay? dije entre mí, y como un miserable me volví á dormir. Me desperté por la mañana temprano.... Ya Lucavich no estaba allí... Salgo del cuarto, me pongo á llamarlo, nada. «¿No habeis visto salir á mi tio?» pregunté al guarda. «No, me respondió, no lo he visto.» Entonces los dos nos sentimos sobrecogidos de terror. «Vamos, Federovich, vamos á ver si está en la casa. «Vamos, Vassili Timofeitch,» replicó. Estaba blanco como un papel. Entramos. Pasé delante del cuarto de los muebles; un candado abierto pendia de la argolla; empujo la puerta, mas estaba cerrada por dentro.... Federovich corre á dar la vuelta y á mirar por la ventana. Vassili Timofeich! me grita, cuelgan los piés...» voy á la ventana. Esos piés eran los de Lucavich. Se habia ahorcado en medio del cuarto. Mandóse buscar la justicia.... Se le desprendió de la soga: tenia doce nudos.

—Y qué hizo la justicia?

—Bah! qué ha hecho la justicia? nada. Discurririan sobre los motivos que él hubiera tenido: motivos, no tenia ninguno. Se decidió entonces que no debia estar en su razon. Últimamente sufrió bastante de la cabeza.

Pasé como cosa de media hora todavia con-

versando con el mozo y me marché al fin con no poca agitacion de espíritu. No podia mirar en adelante aquella casa abandonada sin una especie de terror supersticioso. Un mes despues me retiré del campo y gradualmente fuí olvidando aquellos encuentros y aquellas impresiones de pavor.

## II.

Transcurrieron tres años. Una gran parte de ese tiempo lo pasé ya en Petersburgo, ya en Francia, y si aconteció que alguna vez fuese á mi casa de campo, no volví mas ni á Glinnoe ni á Michaielovskoe. No torné á ver en parte alguna á mi incógnita, ni tampoco á su cortejo. Al espirar el tercer año vine á encontrarme en una tertulia en Moscou, con madama Chlikof y su hermana, Pelagia Badaef, aquella misma Pelagia que neciamente se me habia puesto no era sino un ente imaginario. Aquellas dos señoras se encontraban en los últimos linderos de la juventud; tenian sin embargo una agradable presencia, y su conversacion era graciosa y animada; habian viajado mucho y viajado con fruto, pero entre ellas y mi desconocida no existia la menor semejanza. Las fuí presentado. Me puse á conversar con madama Chlikof; la hermana discutía entre tanto con un geólogo extranjero. La

dije que tenia el placer de ser uno de sus vecinos, del distrito de X.

—Ah! tengo allí una pequeña heredad me respondió, cerca de Glinnoe.

—Lo sé, conozco muy bien á Michaielovskoe. ¿Soleis ir algunas veces?

—Rara vez.

—¿Y ahora tres años no os encontrábais allí?

—Esperad, me parece que sí.

—¿Con vuestra hermana ó sola?

Me miró.

—Con mi hermana. Pasamos allí una semana. Fuimos por ciertos asuntos. Mas no vimos á nadie.

—Creo que hay muy pocos vecinos.

—Sí, muy pocos.

—Decidme, ¿fué en vuestra casa misma que hubo por aquel tiempo una desgracia, Lucavich. . . . . .

Los ojos de madama Chlikof se llenaron de lágrimas.

—¿Lo habeis conocido? me preguntó con viveza. Qué desgracia!

La hermana de madama Chlikof se acercó á nosotros. Parece que las sábias observaciones del geólogo sobre la formacion de las márgenes del Volga, tenia no poca parte en ese movimiento de retirada.

—Pelagia, el señor ha conocido á Lucavich.

—Cierto? pobre viejo!

—En aquella época cazaba yó á menudo en los contornos de Michaielovskoe. Hace tres años, cuando estábais allí. . . . . .

—Yó? dijo Pelagia con sorpresa.

—Sí, por cierto! repuso apresuradamente su hermana. ¿No te acuerdas?

Y le echó una rápida mirada.

—Ah! sí, sí, ya me acuerdo contestó.

—Hola! dije yo en mis adentros, parece que no estabas en Michaielovskoe, palomica.

—¿No querríais cantar algo Pelagia Federowna? dijo un jóven alto con un jopo rubio y unos ojos muy desvaidos.

—En verdad no sé nada, respondió madama Badaef.

—Cantais? esclamé ansiosamente dejando mi asiento con solícito ademan. Por favor ¡ah! os lo pido con encarecimiento, cantad alguna romanza.

—Y qué os he de cantar?

—¿No conoceis, la dije, tratando de mostrarme á toda costa indiferente y desembarazado, no conoceis una cancion italiana?.... Empieza así: *Passa que'i colli.*

—La conozco; respondió con sencillez Mlle. Pelagia. Como! ¿quereis que os la cante? Con mucho gusto.

Sentose al piano. Fijé como Hamleto la mirada en Madama Chlikof. Me pareció apercibirme que se habia estremecido desde la primera nota; sin embargo permaneció sentada hasta el fin.

Mlle. Badaef no cantaba mal. Cuando hubo acabado la cancion, la pidieron que cantase otra cosa; pero las dos hermanas se hicieron una seña y momentos despues se retiraron. A punto que salian de la habitacion oí murmurar cerca de mí la palabra: importuno!

—La he merecido! dije para mi coleto. No las volví á ver mas.

Pasose otro año. Me establecí en San Petersburgo. Llegó el invierno; los bailes de máscaras comenzaron. Una noche salia á las once de casa de un amigo; me hallaba en tan negra disposicion de ánimo, que me resolví á ir al baile de máscaras de la sociedad de la nobleza.

Púseme á pasear de un lado á otro delante de las columnas y de los espejos con un aspecto modestamente fatalista, aspecto que, tengo para mí, se nota en semejantes ocaciones en la fisonomía de las gentes mas honradas, y el porqué, Dios lo sabe. Por largo rato, pues, anduve asi, tratando de descartarme con mis chanzas de los chillones dominós adornados con encajes sospechosos y con guantes usados. Me entregué por mucho tiempo todo entero al estridente son de las trompetas y rechinar de los violines. Habiéndome en fin fastidiado á mis anchas, y con la cabeza abombada, iba ya á retirarme; pero me quedé..... Habia visto una muger vestida con un dominó negro apoyada contra una columna.... La ví, me detuve, despues me le acerqué.... Era ella! ¿Cómo la habia yo reconocido?

En la mirada distraida que me arrojó atraves de la careta, en la maravillosa forma de su espalda y de sus manos, en la magestad femenina que brillaba en toda su persona. ¿Acaso no era aquella una otra voz misteriosa que súbitamente resonaba en mi alma? No sé decirlo, mas el hecho es que yo la conocí. Pasé y repasé muchas veces delante de ella con el corazon palpitante. Ella permanecia inmóvil; habia en su actitud una tan inefable tristeza, que al mirarla se me vinieron involuntariamente á la memoria estos dos versos de un romance español;

*Soy un cuadro de tristeza*
*Arrimado á la pared.*

Me aproximé de la columna contra la cual estaba recostada y la dije por lo bajo al oido; *Passa que'i colli....* Se estremeció de piés á cabeza y se volvio rápidamente hácia mí. Tan cerca se encontraron nuestras miradas que pude notar en sus ojos una expresion de espanto. Me miró con hesitacion y me tendió débilmente la mano.

El 6 de Mayo de 184, en Sorrento, á las 10 de la noche, en la calle *della Croce*, la dije con voz lenta sin apartar de ella la vista; despues en Rusia en el distrito de.... en la aldea de Michaielovskoe, el 22 de Junio de 184....

A todo esto yo le hablaba en frances; ella entonces me miró de hito en hito y me dijo sigilo-

samente; venid! Salió con precipitacion del salon de baile. La seguí.

Caminábamos en silencio. No me es posible expresar lo que sentí al encontrarme á su lado. ¡Magnífica vision que de repente se habia tornado en realidad! ¡Estátua de Galatea transformada en una muger llena de vida, bajando de su pedestal á la vista de Pigmalion estupefacto!..... Yo no podia casi respirar.

Por fin se detuvo en una sala apartada, y se sentó en un pequeño divan al pié de la ventana. Me coloqué á su lado. Volvió lentamente la cabeza y me miró con aire receloso.

—¿Venís de su parte? me preguntó.

Su voz era débil é incierta. Aquella pregunta me turbaba no poco.

—No, no vengo de su parte, respondíla hesitando.

—Le conoceis?

—Le conozco.

Me miró con incredulidad, quiso decir algo y bajó los ojos.

—Le esperábais en Sorrento, continué, le habeis visto en Michaielovskoe, paseásteis á caballo con él... veis que sé.... que lo sé todo.

—Me parece que no me es desconocida vuestra fisonomía.

—No, no me habeis visto nunca.

—¿Y entónces, qué me quereis?

—Veis que sé... repetí. Comprendia yo muy bien que era necesario aprovechar de aquella

excelente introduccion, y aunque mi frase: «lo sé todo», viniese á ser ridícula, mi agitacion era tan grande, aquel encuentro inesperado me perturbó á tal punto, tan confundido estaba, que de veras no acertaba á decir nada mejor, pues que tampoco nada mas sabía. Ví que estaba haciendo un ruin papel, y que si debí parecerla al principio un ser misterioso é informado de todo, me iba transformando por momentos en una especie de fátuo imbécil... Pero no habia otro partido que tomar.

—Sí, lo sé todo, volví de nuevo á repetir.

—Me clavó los ojos, se levantó de pronto, y quiso inmediatamente alejarse. Mas eso hubiera sido demasiado cruel. La tomé de la mano.

—Os lo ruego por el cielo, la dije, sentaos, escuchadme.

Reflexionó un instante y se sentó.

—Acabo de deciros, continué con calor, que lo sabia todo: no es cierto. No sé nada, absolutamente nada; no sé ni quien sois, ni quién es él, y si por ventura os sorprendí por lo que os he dicho hace un momento al pie de la columna, atribuidlo solo á una casualidad extraña, inexplicable, que ya en dos ocasiones y casi de la misma manera me ha impelido hácia vos, haciéndome espectador involuntario de lo que vos tal vez hubiéseis querido conservar en secreto.

Entonces la conté todo sin rodeos y sin ocul-

tarle la mas mínima cosa: mis encuentros con ella en Sorrento, despues en Rusia, mis preguntas inútiles en Michaielovskoe, y hasta mi conversacion en Moscou con Madama Chlikof y con su hermana.

—Ahora, ya todo lo sabeis, añadí al terminar mi relacion. No os quiero decir cuán profunda, cuán fuerte impresion habeis hecho en mí desde la primera vez que os encontré. Veros y no quedar uno hechizado es imposible. Excuso deciros cual fuese esa impresion. Recordad tan solo en qué situacion os he visto dos veces... Creedlo, no soy hombre de entregarme á vanas esperanzas; pero pensad en la agitacion indecible que hoy se ha apoderado de mí, perdonad el rudo artificio á que he ocurrido para llamaros la atencion, aunque no fuese sino por un instante.

Oyó esta explicacion confusa, sin levantar la cabeza.

—¿Y qué quereis de mí? me dijo en fin.

—¿Yo?... no quiero nada. Me considero ya bastante feliz. Sé respetar debidamente los secretos en que no tengo parte.

—Sin embargo parece... Más, continuó, no quiero en manera alguna reprocharos. Cualquiera en lugar vuestro habria hecho otro tanto. Luego, la casualidad nos ha realmente aproximado con tan singular pertinacia, que esto os da algun derecho á mi franqueza. Escuchad: yo no pertenezco al linaje de esas mujeres desven-

turadas que pretenden que nadie las comprende, y van al baile de máscaras para dar parte de sus sufrimientos al primero que se las acerca, á caza siempre de un corazon simpático. Yo no tengo necesidad de simpatías; mi corazon está muerto, y solo he venido aquí para enterrarle.

Llevó el pañuelo á la boca.

—Espero, añadió conturbada, que no tomareis mis palabras como una vulgar confidencia de un baile de máscaras. Debeis comprender que no está para ello mi cabeza.

Habia en efecto algo de pavoroso en su voz, no obstante la inefable dulzura de su acento.

—Soy rusa, dijo en su idioma (hasta entonces habia hablado en francés) si bien he permanecido poco en Rusia... Es inútil que sepais mi nombre. Ana Federovna es una de mis antiguas amigas; realmente he estado en Michaielovskoe tomando el nombre de su hermana... Entonces no podia verle sino reservadamente... Algunos rumores empezaron á esparcirse. Existian aun algunos obstáculos, él no era libre. Esos obstáculos han desaparecido; pero aquel cuyo nombre debió ser el mio, la persona con quien me habeis visto, me ha repelido de su lado.

Hizo una accion extendiendo la mano y se calló.

—¿Realmente no le conoceis? repuso; ¿no le habeis encontrado nunca?

—Nunca.

—Casi todo este tiempo ha estado ausente, viajando. Ahora está aquí... Esta es mi historia; veis que no hay nada de misterioso en ella, nada que pueda sorprenderos.

—¿Y Sorrento? la pregunté tímidamente.

—«Fué en Sorrento donde le conocí,» me contestó con lentitud, quedándose silenciosa y pensativa.

Ambos nos mirábamos. Una rara conmocion cundia en todo mi ser. Hallábame sentado junto á ella, al lado de la fantástica mujer cuya imágen tantas veces agitara mi espíritu, despertando en mi alma un tierno y melancólico recuerdo. Hallábame junto á ella, y sentia helado y opreso el corazon. Sabia que no resultaria nada de aquel encuentro, que se abria un abismo entre ella y yo, que una vez separados ya no volveríamos á encontrarnos jamás. Con la cabeza erguida, puestas las manos sobre las rodillas, parecia indiferente y tranquila. Conozco bien esa indiferencia de un dolor incurable, conozco esa serenidad de un irreparable infortunio. Los enmascarados pasaban delante de nosotros; la música confusa de un valz resonaba á lo lejos y á veces se aproximaba en explosiones repentinas. Aquella música alegre me llenaba de tristeza.

—Es imposible, pensé, que esta mujer sea la misma que se me apareció á la ventana, allá en la casita de campo, en todo el brillo de su

triunfante hermosura... Y sin embargo, parecia que el tiempo ni la hubiese rozado con sus alas. La parte inferior de la cara, que el encaje del antifaz dejaba á descubierto, era de una frescura infantil; pero emanaba de toda su persona así como el frio de una estátua... ¿Galatea habia vuelto á colocarse sobre su pedestal para no volver nunca á bajar de él?

De repente se irguió, miró á la sala y levantóse.

—Dadme el brazo, me dijo, venid pronto, pronto!

Volvimos á la sala. Ella se detuvo al pié de una columna.

—Esperaremos aqui, murmuró.

—¿Buscais á alguien? iba yo á preguntarla.

Mas en aquel momento no hacia caso de mí. Su mirada fija parecia hender la muchedumbre. Sus grandes ojos negros lanzaban por entre su antifaz de terciopelo sombrías miradas de ira y de amenaza.

Comprendí todo al darme vuelta. En una galería formada de columnas, andaba el hombre á quien habia encontrado yo con ella en el monte. Le reconocí inmediatamente: no habia cambiado casi nada. Traia su bigote rubio atusado con la misma gracia; la misma satisfaccion tranquila y presuntuosa iluminaba sus ojos penetrantes. Caminaba despacio, é inclinando un poco su gallardo talle, conversaba con una mujer de

dominó, á quien traia del brazo. Cuando llegó á enfrentarse con nosotros levantó de pronto la cabeza; primero me miró, luego echó de paso la vista sobre mi compañera. Probablemente la conoció en los ojos, pues frunció un poco el sobrecejo. Una sonrisa casi imperceptible, pero de una ironía cruel, vagó un instante por sus lábios. Se agachó hácia la mujer que le acompañaba y la deslizó dos palabras al oido. La mujer nos abrazó á ambos con una rápida mirada; luego, sonriéndose ligeramente le amenazó con el dedo, mostrando una mano delicada. Él se encogió de hombros. Ella se acercó zalamera al jóven apretándole el brazo...

Me fijé entonces en mi desconocida. En ese momento seguia con los ojos á la pareja que se alejaba, y, arrancándose súbitamente de mi brazo, se dirigió con paso acelerado hácia la puerta. Iba yo á arrojarme trás de ella, pero volvió la cabeza y me miró de tal manera que no pude menos de hacerla una profunda reverencia y permanecer en mi lugar. Comprendí que seguirla hubiera sido á un tiempo estúpido y grosero.

—Díme, te lo ruego, preguntaba yo un cuarto de hora despues á uno de mis amigos, que conoce á todo Petersburgo, ¿sabes quién es ese extranjero alto, buen mozo, de bigotes?

—Ah! es un extranjero, un sér bastante enigmático, á quién rara vez se le vé entre nosotros.

Volví á mi casa. Desde entonces no he encontrado mas á mi incógnita. Como una vision se me habia aparecido, como una vision pasó ante mí y desapareció para siempre.

IVAN TOURGUENEF.

(Revue des Deux-Mondes).

# MARIA ESTUARDO.

María Estuardo es, en mi opinion, de todas las trajedias alemanas la mas patética y la mas bien concebida. El destino de aquella reina, que empezó su vida tan colmada de dichas, que perdió su felicidad á causa de sus faltas, y que diez y nueve años de prision condujeron al cadalso, produce igual terror y compasion que Edipo, Orestes, ó Niobe; pero la misma belleza de esa historia tan favorable al genio, abrumaria á la mediocridad.

La escena comienza en el castillo de Fotheringay, en donde María Estuardo está encerrada. Diez y nueve años de prision han corrido, y el tribunal instituido por Isabel está á punto de fallar sobre la suerte de la infortunada reina de Escocia. La nodriza de María quéjase al comandante de la fortaleza del duro tratamiento que

dá á su prisionera. Aquel, acérrimo parcial de la reina Isabel, habla de María con cruel severidad; vése que es un hombre de bien, pero que juzga á María como sus enemigos la han juzgado: anuncia su muerte próxima, y esa muerte le parece justa, porque cree que ella ha conspirado contra su soberana....

Cuando aparece en la escena María Estuardo, el espectador siéntese ya anhelante y conmovido; se la conoce; no por su retrato, sino por su influencia sobre los amigos y los adversarios. No es una relacion la que se escucha, sino un suceso de que cada cual parece ser contemporáneo.

El carácter de María Estuardo está admirablemente sostenido, y no cesa de interesar durante toda la tragedia. Débil, apasionada, envanecida de su beldad, y arrepentida de su vida, inspira cariño y se la vitupera al mismo tiempo. Un hombre que quiere salvarla, se avanza á confesar que lo hace solo entusiasmado por sus gracias. Isabel está de ellas celosa; en fin el amante de Isabel, Leicester, se ha enamorado de María y le ha prometido en secreto que la dará su apoyo. El atractivo y la envidia dimanados de la encantadora gracia de la infortunada, hacen que su muerte sea mil veces mas sentimental.

Ella ama á Leicester. Aquella mujer infeliz experimenta todavia la pasion que mas de una vez esparciera tanta amargura en su destino.

Su belleza, casi sobrenatural, parece ser la causa y la excusa de aquella habitual embriaguez del corazon, fatalidad de su vida.

El carácter de Isabel excita la atencion de un modo muy diverso; es una pintura enteramente nueva la de una mujer déspota. Las nimiedades de las mujeres en general, su vanidad, su deseo de agradar, todo cuanto la esclavitud produce en ellas, en fin, sirve al despotismo en Isabel, y el disimulo que nace de la debilidad es uno de los instrumentos de su poder absoluto. Sin duda todos los tiranos son disimulados. Es preciso engañar á los hombres para subyugarlos; débese, por lo menos en este caso, la urbanidad de la mentira. Pero lo que caracteriza á Isabel, es el deseo de ser atractiva unido á la voluntad mas imperiosa, y todo lo que hay de mas fino en el amor própio de una mujer, manifestado por los actos mas violentos de la suprema autoridad.

Los cortesanos tienen tambien para con su reina una especie de servilismo que se mezcla á la galanteria. Quieren persuadirse que la aman para mas noblemente obedecerla; y ocultan el temor del vasallo con la sumision del caballero.

Isabel era mujer de gran génio, lo atestigua el esplendor de su reinado: no obstante, en una trajedia en que se representa la muerte de María, no puede verse á Isabel sino como la rival que hace asesinar su prisionera, y el crímen que

comete es por demas atroz para no borrar todo lo bueno que pudiera considerarse como un nuevo acierto en Schiller, el haber tenido el arte de tornar menos odiosa á Isabel, sin disminuir el interés por María Estuardo: pues hay mas positivo talento en los contrastes bien graduados, que en las oposiciones extremas, y hasta la figura principal gana con que no la sacrifiquen ninguno de los personajes del cuadro.

Leicester insta á Isabel porque vea á María; la propone que pare, en medio de una partida de caza, en el jardin del castillo de Fotheringay, y que permita á María pueda pasearse en su recinto. Isabel consiente en ello, y el tercer acto empieza por las demostraciones de gozo de María, al respirar el aire libre despues de diez y nueve años de prision: todos los peligros que corre han desaparecido á su vista; en vano su nodriza trata de recordárselos para moderar sus transportes. María todo lo ha olvidado al volver á ver el sol y la naturaleza. Siente la felicidad de la infancia al aspecto, nuevo para ella, de las flores, de los árboles, de los pájaros; y la inefable impresion de esas maravillas exteriores, cuando se ha estado largo tiempo separado de ellas, pintase en la emocion exaltada de la desdichada prisionera.

El recuerdo de Francia viene á embelesarla. Pide á las nubes que el viento del norte parece impelir hácia esa pátria feliz de su eleccion, lleven á sus amigos las memorias de su alma y

la expresion de sus deseos: «Id, les dice, mis únicas mensajeras, el aire libre os pertenece; vosotras no sois súbditas de Isabel de Inglaterra.» Distingue á lo lejos un pescador que boga en una débil barca, y al punto se lisonjea de que podrá salvarla: en todo ve ella una esperanza desde que ha vuelto á contemplar el cielo.

Ignora aun que se ha dejado salir á fin de que Isabel pueda encontrarla; oye el ruido de las trompas de caza, y los placeres de su juventud se le vienen á la memoria al escucharlas. Quisiera cabalgar en un fogoso corcel, correr con la rapidez del relámpago, por valles y montañas; el sentimiento de la felicidad despiértase en su pecho, sin razon ninguna, sin el menor motivo, solo porque es preciso que el corazon respire y se reanime algunas veces de repente, al acercarse mayores desgracias, como sucede que hay casi siempre un momento de mejoria antes de agonizar.

Anuncian á María que Isabel va á venir. Ella habia deseado esa entrevista; pero cuando el instante se acerca, todo su ser se siente estremecido. Leicester acompaña á Isabel: sucede pues, que todas las pasiones de María son escitadas á la vez: contiénese algun tiempo, pero la arrogante Isabel la provoca con su desden, y aquellas dos reinas enemigas acaban por entregarse á los arranques del odio que mútuamente se profesan. Isabel reprocha á María sus herre-

res; María le recuerda las sospechas de Enrique VIII contra su madre, y lo que se ha dicho de su nacimiento ilegítimo. Esta escena es singularmente bella, hasta por lo mismo que el furor hace trasponer á ambas reinas los límites de la dignidad natural. Ya solo se presentan como dos mujeres, dos rivales en hermosura, mas que en poder; la soberana ha desaparecido y la prisionera tambien, y aun cuando la una pueda mandar á la otra al patíbulo, la mas bella de las dos, la que se considera mas rica de encantos, goza aun el placer de humillar á la omnipotente Isabel á los ojos de Leicester, á los ojos del amante por quien entrambas suspiran.

Lo que aumenta muchísimo el efecto de esa situacion, es el temor que se experimenta por María á cada palabra de resentimiento que pronuncia; y cuando se entrega al ímpetu de su ira, sus expresiones injuriosas, cuyas consecuencias serán irreparables, hacen temblar, como si se presenciase ya su muerte.

Los emisarios del partido católico quieren asesinar á Isabel á su regreso á Lóndres. Talbot, el mas virtuoso de los amigos de la reina, desarma al asesino que queria apuñalearla, y el pueblo pide á gritos la muerte de María. Admirable es la escena en que el consejero Burleigh insta á Isabel á que firme la sentencia de María, mientras que Talbot, que acaba de salvar la vida de su soberana, se arroja á sus piés suplicándola perdone á su enemiga.

«Se os repite, le dice, que el pueblo pide su muerte; créese agradaros con esa violencia ficticia; créese determinaros en el sentido de lo que deseais; empero pronunciad que quereis salvarla, y en el instante vereis desvanecerse la pretendida necesidad de su muerte: lo que se encontraba justo pasará por injusto, y los mismos hombres que la acusan tomarán altamente su defensa. Vos la temeis viva: Ah! temedla mas bien cuando haya dejado de existir. Es entonces que será verdaderamente formidable; renacerá de su tumba, como la diosa de la discordia, como el espíritu de la venganza, para apartar de vos el corazon de vuestros súbditos. En ella no verán estos á la enemiga de su culto, sino á la nieta de sus reyes. El pueblo reclama con furia esta resolucion sangrienta, mas no la juzgará sino despues de consumado el hecho. Atravesad entonces las calles de Lóndres y vereis reinar por do quiera el silencio, el terror; os imaginareis estar en otro pueblo, otra Inglaterra: ya no se verán las demostraciones de júbilo con que se festejaba la santa equidad de que se hallaba rodeado vuestro sólio; en cambio, el temor, ese compañero sombrío de los déspotas, no os abandonará un solo instante; encontrareis desiertas las calles por donde transiteis; habreis acometido la empresa mas árdua mas temible. ¿Qué hombre podrá estar seguro de conservar su vida, cuando no se haya respetado la regia cabeza de María?»

La respuesta de Isabel á este discurso es de una notable habilidad: un hombre en semejante situacion, habria ciertamente empleado la mentira para paliar la injusticia; pero Isabel va mas lejos, quiere interesar por sí misma, entregándose al placer de la venganza; querria casi despertar la compasion, cometiendo la accion mas inhumana. Tiene una especie de coqueteria sanguinaria, si tal expresion es permitida, y el carácter de la muger se trasluce á traves de su índole tiránica.

»Ah! Falbot, esclama, me habeis salvado hoy, »habeis apartado el puñal de mi pecho; ¿por qué »no le dejásteis penetrar hasta mi corazon? El »combate habria terminado; y, libertada de mis »vacilaciones, pura de toda culpa, hubiese baja»do á mi silencioso sepulcro: creedme, estoy »cansada del trono y de la vida; si una de las »dos reinas debe caer para que la otra viva, (y »esto es así segun mi conviccion) ¿por qué no »he de ser yo la que abandonase este mundo? »Mi pueblo puede elegir, le devuelvo su poder. »Dios es testigo que no he vivido para mí sino »para el bien de la nacion. ¿Esperan por ventu»ra de esa seductora Estuardo, de esa reina mas »jóven, dias mas felices? Entonces bajaré del »trono, volveré á la soledad de Woodstock, don»de he pasado mi humilde juventud, donde, lejos »de las vanidades de la tierra, encontraba mi »grandeza en mí misma. No, yo no he nacido »para ser reina, un mandatario debe ser duro,

»y mi corazon es débil. He gobernado bien esta »isla, mientras solo se trataba de hacer felices »á sus habitantes: mas ha llegado el momento »de las crueles tareas impuesto por el deber de la »corona, y me siento en la incapacidad de cum»plirlo.»

Al decir esto, Burleigh interrumpe á Isabel, y la vitupera cuanto ella desea se la reprochase, su debilidad, su indulgencia, su piedad; aparece animoso, porque pide á su reina con energia lo que ella desea en secreto mas que él mismo. La lisonja brusca alcanza á menudo mejor éxito que la lisonja obsequiosa, y es hábil de parte de los cortesanos, cuando se hallan en el caso de hacerlo, darse los aires de expresarse arrebatadamente, en la ocasion en que mas meditan sus palabras.

Isabel firma la sentencia, y, sola con el secretario de sus órdenes, la timidez de la mujer, mezclándose á la perseverancia del despotismo, la hace desear que aquel hombre subalterno tome sobre sí la responsabilidad de la accion cometida por ella: el secretario quiere la órden positiva para enviar la sentencia; Isabel la rehusa y le repite que debe cumplir con su deber, dejando á aquel desgraciado en la mas espantosa incertidumbre, de que lo saca el canciller Burleigh, arrancándole de las manos el papel que le ha dejado la reina.

Leicester encuéntrase muy comprometido por los amigos de la reina de Escocia; vienen á pedir-

le los ayude á salvarla. Descubre que está acusado ante Isabel, y toma de repente la resolucion horrorosa de abandonar á María, y de revelar á la reina de Inglaterra, con astuta avilantez, una parte de los secretos que debe á la confianza de su infortunada amiga. A pesar de todas esas cobardes artimañas, no tranquiliza el ánimo de Isabel sino á medias, y ella le exige que conduzca personalmente á María al patíbulo, para probar que no la ama. Los celos de mujer manifestándose por el suplicio que Isabel ordena como reina, deben inspirar á Leicester por ella un ódio profundo; la reina le hace temblar, cuando por las leyes de la naturaleza era él quien debiera dominar; y ese singular contraste produce una situacion original en sumo grado. Mas nada iguala al quinto acto. Fué en Weimar en donde asistí á la representacion de María Estuardo, y no puedo aun recordarlo, sin enternecerme hondamente, al repasar en la memoria las últimas escenas.

Vénse primeramente aparecer las damas de María vestidas de negro, y llenas de un sombrío pesar; su anciana nodriza, de todas la mas afligida, trae sus régios diamantes; ella le ha ordenado juntarlos para distribuirlos á sus damas. El comandante de la prision, seguido de muchos de sus fámulos, vestidos tambien de negro como él, llenan el teatro de luto. Melvil, en otro tiempo gentil hombre de la córte de María, llega de Roma en ese instante. Ana, la nodriza

de la reina le recibe con júbilo; píntale el valor de María, que de súbito resignada á su suerte, no se ocupa mas que de su salvacion, y solo se aflije por no poder obtener un sacerdote de su culto, para recibir de él la absolucion de sus culpas y la santa comunion.

La nodriza cuenta cómo durante la noche la reina y ella habian oido redoblados golpes, y que ambas esperaban fuesen sus amigos que venian á salvarlas; pero que en fin habian sabido que ese ruido era el que hacian los trabajadores al levantar el cadalso en la sala debajo de sus pies. Melvil pregunta como ha soportado María la terrible noticia: contéstale Ana que el trance mas duro para ella ha sido el saber la traicion del conde de Leicester, pero que despues de esa gran pena volvió á la calma y dignidad propias de una reina.

Las doncellas de María entran y salen, para ejecutar las órdenes de su señora; una de ellas trae una copa de vino que María ha pedido para marchar con paso mas firme hasta el cadalso; otra llega vacilante á la escena, porque al pasar por la puerta de la sala donde debe tener lugar la ejecucion, ha visto las paredes cubiertas de negro, el cadalso, el tajo y la hacha. El terror siempre creciente del espectador llega ya casi al colmo, cuando María aparece magníficamente ataviada, vestida ella sola de blanco en medio de su comitiva enlutada, llevando un crucifijo en la mano, la corona en la cabeza, y ra-

diante con la aureola del perdon celeste que le han alcanzado sus desgracias.

María consuela á sus doncellas, cuyos sollozos la conmueven: «¿Os aflijis, las dice, porque »mi calabozo se halla abierto? La muerte ese »amigo severo, viene hácia mí, y cubre con sus »negras álas las faltas de mi vida: el último fa»llo de la suerte levanta á la criatura postrada; »siento de nuevo que orna mi frente la diadema; »en mi alma purificada siento germinar un justo »orgullo.»

María vé á Melvil, muéstrase gozosa de tornarle á encontrar en tan solemne momento; lo interroga sobre sus parientes de Francia, sobre sus antiguos servidores, y le recomienda sus últimos adioses para todos cuantos le fueron amados.

»Bendigo, dice, al rey cristianísimo mi cuña»do, y á toda la familia real de Francia; bendi»go á mi tio el cardenal, y á Enrique de Guisa, »mi noble primo; bendigo tambien al Santo pa»dre, para que á su turno me bendiga, y al rey »católico, que generosamente se ha ofrecido á »ser mi salvador, mi vengador. Ellos todos en»contrarán sus nombres en mi testamento, y por »mas insignificantes que sean los presentes de »mi cariño, espero que serán bastante bondado»sos para no desdeñarlos.»

María vuélvese entonces á sus servidores y les dice:—«Os he recomendado á mi real herma»no de Francia; él tendrá cuidado de vosotros,

»os dará una nueva pátria. Si respetais mi úl-»tima plegaria, no os quedeis en Inglaterra. Que »el soberbio corazon de los ingleses no se rego-»cije con el espectáculo de vuestra desventura; »que los que me han servido no caigan en el pol-»vo. Juradme, por la imágen de Cristo, que luego »que deje de existir, dejareis para siempre esta »isla funesta.»

(Melvil lo jura en nombre de todos.)

La reina distribuye sus diamantes á sus doncellas, y nada es mas patético que los detalles en los cuales entra sobre el carácter de cada una de ellas, y los consejos que las dá para que les sirva de guia en lo futuro: muéstrase sobre todo generosa al dirigirse á aquella cuyo marido ha sido un traidor, al acusar formalmente á María delante de Isabel; quiere consolar á esa mujer de tal desgracia, y probarla que no guarda por ello ningun resentimiento.

«En cuanto á tí, dice á su nodriza, mi fiel »Ana, á tí, ni el oro ni los diamantes te sedu-»cen; mi recuerdo es el don mas precioso que »yo puedo dejarte. Toma este pañuelo que he »bordado para tí en las horas de mi tribulacion, »y que han empapado mis lágrimas; con él me »vendarás los ojos cuando llegue el momento; »espero de tí este último servicio. Venid todas, »agrega, extendiendo las manos á sus donce-»llas, venid todas y recibid mi último adios: »recibidlo, Margarita, Alisa, Rosamunda; y tú, »Gertrudis, siento sobre mi mano tus lábios

»ardientes. He sido muy odiada, pero tambien »muy querida! Que un esposo de alma noble »haga feliz á mi Gertrudis, pues un corazon »tan sensible tiene necesidad de amar! Berta, tú »has elegido lo mejor, quieres ser la casta espo- »sa del cielo, apresúrate á cumplir tus votos. »Los bienes de la tierra son falaces, el destino »de tu reina te lo enseña. Basta ya; adios para »siempre, adios!»

María se queda sola con Melvil, empezando entonces una escena de mucho efecto, aunque á algunos respectos pueda criticársela. El único pesar q' resta á María despues de haber cumplido con todos los deberes terrestres, es el no poder ser asistida en esos momentos supremos por un sacerdote de su religion. Melvil despues de recibir la confidencia de sus piadosos deseos, la cuenta que ha estado en Roma, donde recibiera las órdenes eclesiásticas, para adquirir el derecho de absolverla y consolarla: descúbrese la cabeza para mostrarla la tonsura sagrada, y saca de su seno una hóstia que el Papa mismo ha bendecido para ella.

»¡Una felicidad celeste, esclama la reina, me »esperaba aun en los umbrales del sepulcro! »El mensagero de Dios desciende hácia mí co- »mo un ser inmortal entre azuladas nubes: de »ese modo el apóstol se vió en otro tiempo li- »bertado de sus pesadas cadenas. Y mientras »que todos los auxilios mundanos me han fal- »tado, ni los cerrojos, ni las espadas han po-

»dido impedir el socorro divino. Vos, mi ser»vidor de otros dias, sed al presente el servi»dor de Dios y su santo intérprete; y así como »habeis doblado ante mí la rodilla, me pros»terno ahora á vuestras plantas, humillada en »el polvo.»

La bella, la real María se arroja á los piés de Melvil, y su vasallo, revestido de toda la dignidad de la iglesia, la deja en esa postura y la interroga.

(Bueno es no olvidar que tambien Melvil creia á María culpable de la última trama contra la vida de Isabel; tambien debo añadir que la escena siguiente es hecha solo para ser leida, y que en la mayor parte de los teatros de Alemania, se suprime el acto de la comunion, cuando se representa la trajedia de María Estuardo.)

*Melvil*:—«En el nombre del Padre, del Hijo »y del Espíritu Santo, María, reina, ¿has son»deado tu corazon, y juras confesar la verdad »ante el Dios de verdad?»

*María*:—«Mi corazon va á abrirse sin miste»rio ante tí como ante Él.»

*Melvil*:—«Dime, ¿de qué pecado te acusa tu »conciencia desde que te acercaste la última vez »al santo banquete?»

*María*:—«Mi alma ha estado llena de ira »envidiosa, y pensamientos de venganza me »agitaban el pecho. Pecadora, imploraba el per»don de Dios, y no podia perdonar á mi enemiga.»

*Melvil*:—«¿Te arrepientes de esa culpa, y tu

»resolucion sincera es la de perdonar á todos »antes de dejar este mundo?»

*María*;—«Tan cierto como espero la miseri»cordia de Dios.»

*Melvil*:—«¿No tienes otra falta de qué acu»sarte?»

*María*:—«Ah! no es solo el ódio lo que me »ha hecho culpable, he ofendido mas á Dios »todavia por una pasion criminal; este cora»zon demasiado vano se ha dejado seducir por »un hombre sin fé, que me ha engañado, y me »ha abandonado.»

*Melvil*:—«¿Te arrepientes, y tu corazon se »ha apartado de ese ídolo frágil para dirijirse »hácia su Dios?»

*María*:—«Ha sido el mas cruel de mis es»fuerzos, pero en fin he roto ese último vínculo »que me ligaba al mundo.»

*Melvil*:—«De qué otra culpa te acusas?»

*María*:—«Ah! de una culpa sangrienta con»fesada ha mucho tiempo. Mi alma se estremece »al aproximarse el juicio solemne que me espe»ra, y las puertas del cielo me parece se cu»bren de luto á mi presencia. Yo hice sucum»bir al Rey mi esposo, cuando consentí en dar »mi corazon y mi mano al seductor su asesino. »Me he impuesto todas las expiaciones ordena»das por la Iglesia; pero el roedor remordimiento »no me consiente estar tranquila.»

*Melvil*:—«¿Nada queda en el fondo de tu alma »de que te debas confesar?»

*María*:—«No, tú sabes ahora todo lo que pesa »sobre mi corazon.»

*Melvil*:—«Piensa en la presencia del escudri- »ñador de los pensamientos, en el anatema con »que amenaza la iglesia una confesion enga- »ñosa; es un pecado que dá la muerte eterna, »y que el santo padre ha fulminado con su mal- »dicion.»

*María*:—«Asi obtenga en mi último trance »la clemencia divina, como que en este instante »solemne no te he ocultado nada.»

*Melvil*:—«¡Cómo! ocultas á tu Dios el crí- »men por el castigo del cual los hombres te »condenan: nada me dices de la parte que has »tenido en la alta traicion de los asesinos de »Isabel; sufres la muerte terrestre por esta ac- »cion; ¿quiéres que ella tambien traiga apareja- »da la perdicion de tu alma?»

*María*:—«Estoy cercana de pasar del tiempo »á la eternidad: antes que la aguja del reloj »haya completado su giro, me presentaré ante el »trono de mi juez; y lo repito aqui, mi confesion »es completa.»

*Melvil*:—«Examínate bien. Nuestro corazon »es á menudo para nosotros mismos un confi- »dente falaz: tal vez has evitado con maña la »palabra que te hiciese culpable, aun cuando «participases de la voluntad en el crímen; pero »debes saber que ningun arte humano puede »engañar la mirada de fuego que penetra hasta »el fondo del alma.»

*Mario*:—«He rogado á todos los príncipes que »se reuniesen para libertarme, pero jamás he »amenazado ni con mis proyectos, ni con mis »acciones la vida de mi enemiga.»

*Melvil*:—«¡Es posible! ¿tu secretario te ha »acusado falsamente?»

*María*:—«Que Dios lo juzgue! Lo que he dicho »es la verdad.»

*Melvil*:—«¿Así pues, subes al cadalso conven- »cida de tu inocencia?»

*María*:—«Dios me ha concedido espiar con »esta muerte inmerecida, el crímen de que mi »juventud fué culpable!»

*Melvil* (bendiciéndola):—Que así sea, y que »tu muerte sirva para absolverte! Cae sobre el »altar como una víctima resignada. La sangre »puede purificar lo que la sangre habia man- »chado: tú no eres ya culpable sino de las faltas »de una mujer, y las debilidades de la humani- »dad no siguen hasta el cielo al alma biena- »venturada. Te anuncio pues en virtud del po- »der que me ha sido otorgado de atar y des- »atar en la tierra, la absolucion de tus pecados: »*tal como has creido que sucederia!* (la presen- »ta la hóstia.) «Toma este cuerpo, fué sacrifica- »do por tí *(toma la copa que está sobre la mesa, la consagra con una oracion contrita* y *la ofrece á la reina que hesita todavia* y *no se atreve á aceptarla)* «Toma la copa llena de esa »sangre que ha sido derramada por tí; tómala, »el Papa te concede esta gracia en el momento

»de tu muerte. Gozas del derecho supremo de »los reyes *(María recibe la copa)*; y como tú es»tás ahora misteriosamente unida con tu Dios »en este mundo, revestida asi de un esplendor »angélico, lo serás tambien en la morada de »beatitud, donde no habrá mas para tí ni culpa »ni dolor» *(vuelve á dejar la copa, oye ruido fuera, cúbrese la cabeza, y vá hácia la puerta; María permanece arrodillada, absorta en la meditacion.)*

*Melvil*:—Os queda todavia que pasar por »una dura prueba; señora, ¿sentís en vuestro »ánimo la fuerza suficiente para triunfar de »toda las sugestiones de la amargura y del »rencor?»

*María*:—(se levanta) «No temo una recaida; he sacrificado á Dios mi ódio y mi amor.»

*Melvil*:—«Preparaos pues, á recibir á lord »Leicester y al canciller Burleigh: ahi están.» *(Leicester permanece apartado sin levantar los ojos; Burleigh se interpone entre la reina y él.)*

*Burleigh*:—«Vengo, lady Estuardo, á recibir »vuestras últimas órdenes.»

*María*:—«Gracias, milord.»

*Burleigh*:—«La reina ha dispuesto que no se »os rehuse nada de lo que sea razonable.»

*María*:—«En mi testamento están consigna»dos mis últimos deseos; lo he depositado en ma»nos del caballero Paulet: espero que será fiel»mente egecutado.»

*Paulet*:—«Lo será.»

*María*:—«Como mi cuerpo no puede descan»sar en tierra bendita, pido se conceda á este »fiel servidor el llevar mi corazon á Francia, »donde están los mios. ¡Ay! siempre estuvo »allí.»

*Burleigh*:—«Se hará. ¿No quereis mas na»da?»

*María*:—«Llevad mi saludo de hermana á »la reina de Inglaterra, decidla que la perdo»no mi muerte desde el fondo del alma. Me »arrepiento de haberme exaltado demasiado »ayer en mi entrevista con ella. Que Dios la »conserve y la conceda un reinado feliz.» *(En ese momento llega el Sherif; Ana y las doncellas de María entran con él.)* «Ana, cálmate, »el momento ha llegado, he ahí al *Sherif*, que »debe conducirme á la muerte. Todo ha ter»minado. ¡Adios, adios! *(A Burleigh.)* Deseo que »mi fiel nodriza me acompañe al patíbulo, mi»lord concededme esta gracia.»

*Burleigh*:—«A ese respecto no me hallo fa»cultado.»

*María*:—«¡Cómo! se me rehusará esta súpli»ca tan simple! ¿Quién me hará los últimos ser»vicios? Quizás no esté en la voluntad de la reina »que en mi persona se ultrajen los respetos que »se deben á una mujer.»

*Burleigh*:—«Ninguna mujer debe subir con »vos al cadalso; sus gritos, su dolor»...

*María*:—Ella no exhalará sus quejas, garanto

»la fuerza de alma de mi Ana. Sed compasivo, »milord; no me separeis al morir de mi fiel »nodriza. Ella me recibió en sus brazos en los »umbrales de la vida, que su mano amiga me »conduzca á la muerte.»

*Paulet*:—«Es necesario consentir.«

*Burleigh*:—«Sea.»

*María*:—«Nada me resta ya que pediros.» *(Toma el crucifijo y lo besa.)* «Mi Redentor, »mi Salvador; recíbeme en tus brazos.» *(Dáse vuelta para partir, y en ese instante, encuéntrase con el conde de Leicester: se estremece, dóblanse sus rodillas; y, ya á punto de caer, el conde de Leicester acude á sostenerla; este vuelve á un lado la vista, no pudiendo soportar la presencia de María.)* «Habeis cumplido vues»tra palabra conde de Leicester; me habeis pro»metido vuestro apoyo para salir de esta pri»sion, y venís ahora á ofrecérmelo.» *(El conde de Leicester parece anonadado; ella continua con un acento lleno de dulzura)*: «Sí, Leicester; »y no era tan solo la libertad lo que yo que»ria deberos, sino una libertad que me fuese »mas cara desde que me viniese de vos. Ahora »que me hallo en el camino de la tierra al cielo, »y que voy á transformarme en un espíritu »bienaventurado, excento de afecciones munda»nas, me atrevo á confesaros, sin ruborizarme, »la flaqueza de que por fin he triunfado. Adios, »y si os fuese posible, sed feliz. Habeis querido »agradar á dos reinas traicionando el corazon

»amante para obtener el corazon orgulloso. »Prosternaos á los piés de Isabel, y que vuestra »recompensa no venga á ser vuestro casti»go! Adios! ningun vínculo me liga ya á la »tierra.»

Leicester se queda solo luego que se aleja María: el sentimiento de desesperacion y de vergüenza que lo abruma, apenas puede describirse: siente, escucha lo que pasa en la sala de la egecucion, y cuando todo ha terminado cae en el pavimento sin sentidos. Sábese, en seguida, que se ha marchado á Francia, y el dolor que experimenta Isabel, al perder á la persona amada, empieza el castigo de su crímen.

# CARTA

DE

## MR. DE LAMARTINE Á MR. D'ESGRIGNY.

### DEDICATORIA.

30 de Agosto de 1858.

Doy á la prensa para tí, mi noble y bella amiga, esas páginas que he traducido á nuestro idioma—páginas amables, impregnadas del perfume de la naturaleza, de la elocuencia del dolor, á quien el tiempo ha vuelto la palabra para trasmitirse y reverberarse en ella, como relumbra y se comunica en las nubes el fuego celeste, cuando el ábrego las azota limpiando el firmamento.

Oh! cómo van á llegar esas reminiscencias

vibrantes de ternura á tu alma, vaso de eleccion y de pureza que atesora todos los aromas, que refleja todos los matices del sentimiento, desde los extásis de la pasion alimentada por las esperanzas de un idealismo sublime, hasta las acerbas delicias de un recuerdo que vive de melancolia y de amor!

Si, muy simpáticas han de ser para tí, amiga, las lágrimas del poeta que quiere vivificar con ellas las flores muertas del pasado. ¡Ay! todo el llanto de la humanidad no bastaria á volverlas á la vida; solo el génio puede darlas una existencia aérea, ficticia, sin color, pero suave y peregrina, como la tienen las imágenes tristes ó risueñas que nacen y fluctuan en el adormecimiento de los sentidos, cuando despierta el alma. Lamartine es uno de esos regeneradores por el pensamiento, de lo pasado y lo marchito; se complace en hacer revivir sus impresiones dormidas, en reanimar su espíritu con el bautismo de nuevas lágrimas, en remontar su imaginacion á todas las alturas, en hacerla descender llorosa hasta las urnas cinerarias que contienen santas reliquias, para reconcentrarse, para orar, para lamentarse allí, y sacar el agua de salud, el alimento de su fuerza, del centro oscuro, donde habitan juntos el silencio y la muerte; agrádale en fin, conversar con las sombras amigas que en lontananza le sonrien, aspirar sus caricias, ingeniarse en los misterios de la inmortalidad. El ha recogido la flor hu-

milde que nace al pié de la cruz en los sepulcros, y la ha enlazado á la palma triunfal del capitolio, que ciñó la frente del Tasso y del Petrarca. Se ha sentado á todos los festines y conoce todos los infortunios. El tiempo derramando nieve sobre su cabeza, ha concentrado en su pecho el calor fecundo de la primavera del hombre. Su vida es de esas vidas, que conforme van caminando á su fin, aproximándose al cielo, nadan, como las cimas de encumbrados montes, en una atmósfera mas diáfana y mas pura. Oigámosle sino, evocar con ternísima uncion las memorias perdidas entre el tumulto de las pasiones y de los intereses que se apoderan alternativamente de nosotros: ó bien, arrebatar al olvido en que suelen desvanecerse, aquellos recuerdos íntimos que jimen allá en el fondo de los años, al ir estos cayendo sin ruido en el abismo de la eternidad.

Lamartine revuelve con recogimiento esas cenizas amadas, de lo que ya no existe. Esta piadosa ocupacion incendia su fantasia, le enternece, le inspira; templa en él las mas delicadas fibras del sentimiento humano, que, rebosando de amor y de ternura, se difunde en las abstracciones de su pensamiento, en suspiros dolientes, en dulcísimos lamentos, en el vago y triste recordar de dias mas azules, cuando la juventud radiante y coronada, fresca y vigorosa, desplegaba á su vista el rosicler de sus tornasolados horizontes, con su aureola de luz,

con sus ensueños coloridos y sus lozanas esperanzas.

Todo ese mundo encantado desaparece, amiga, para no volver jamás. Se van nuestros dulces desvarios, nuestros deseos palidecen, la copa del deleite se despedaza en nuestras manos, y nuestras ilusiones, á la manera de una bandada de palomas blancas que fuese huyendo la tormenta, toman el vuelo y déjannos, conforme se va acercando nuestro invierno.

Hombres hay, sin embargo, que gozan el privilegio de prolongar la juventud del corazon hasta el crepúsculo de los últimos años. Yo no sé, pero tengo el presentimiento de alcanzar para mí ésta gracia del cielo; tu hermosura, tus encantos, tu modestia me lo aseguran en secreto.

C. G. S.

---

CARTA DE MR. DE LAMARTINE Á MR. D'ESGRIGNY.

Saint Point, 4 de Octubre de 1849.

Querido D'Esgrigny:

Esta mañana mi editor me ha escrito de Paris pidiéndome un prólogo para las «*Harmonías poéticas y religiosas.*» Este prólogo prometido en el prospecto de mis obras revistas, depuradas, comentadas y publicadas por mí mismo. El labrador remueve así su campo á las prime-

ras nieblas de otoño, y entierra, en el reverso del surco, las yerbas parásitas brotadas inútilmente entre la última siega y la última sementera.

Es menester cumplir mi promesa, es menester que el correo lleve á los atentos regentes de la imprenta de M. Didot, cierto número de páginas en las cuales diga yo á mis lectores cómo, por qué, en qué disposicion de ánimo, en qué sitio de Francia, de Italia, de Saboya ó de Oriente, he cantado aquellas harmonías, y lo que es una harmonía!

Ay! mi amigo, qué ocasion para pediros un prefacio! ¡Qué tiempos para hacer retrogadar mi pensamiento á aquellos años de mi juventud que hállanse tan muertos y barridos en los valles y en los torrentes de mi pasado, como las hojas del verano de 1829 en las quebradas de estos montes y en el *humus* vegetal de los nuevos retoños que huellan mis piés. Un prefacio! á mí! hoy! Leed antes la relacion de mi jornada y juzgad por vos mismo si estaré de vena para escribir, sea en verso, sea en prosa, á propósito de prosa ó verso, y si podré distraer, con una digresion literaria, de cualquier género que sea, mi alma, mi corazon, mi espíritu, mis ojos, de las impresiones que completamente me dominan.

Vos sabeis que he venido al país de mi nacimiento, hace algunas semanas, á restablecer mi salud herida hasta la sávia y á respirar el

aire antiguo siempre jóven de las colinas donde aspiramos nuestro primer aliento, como mándase á su nodriza, bien que esta no tenga ya la misma robustez, al niño endeble á quien el régimen de las ciudades ha enervado; sabeis que he venido tambien, y sobre todo, á ocuparme de penosas erradicaciones domésticas de propiedades, de casas paternas, de moradas, de afecciones, de habitudes, así como váse una última vez á la mansion venerada de nuestros padres, para desamueblarla antes de sacudir el polvo de los piés en el umbral querido y de decirle un piadioso y último adios: estoy bajo mi tienda, en una palabra, para levantar mi tienda; para replegarla é ir á replantarla desgarrada y reducida no sé adónde. En esto es que me ocupo durante el corto tiempo que me han dado por fuerza la naturaleza y los asuntos políticos, de acuerdo para licenciarme de París. Paso este asueto en el centro de mis ocupaciones de vendedor de tierras y á proximidad de los hombres de la ley, de los hombres de bando y de los hombres de tráfico rural, cerca de la pequeña ciudad de Macon.

Comienzo á recuperar fuerza en los miembros, en el corazon aun no bastante; sin embargo vos le conoceis; es elástico, dóblase, no se quiebra; el corazon es un músculo, dicen los fisiologistas, un soberbio músculo les diria yo á mi vez, pues él es sobre quien descansa el destino!

Esta mañana me sentia mejor; veíame obligado á hacer un viaje á algunas leguas de mi morada temporaria, una excursion á aquel apartado valle de Saint Point, cuyo camino conoceis. Algunos de mis versos han remontado este nombre sobre sus alas, como las palomas que llevan en su collar, mas allá de los bosques, el nombre ó la cifra de los amantes que las domesticaran.

Dije al viejo jardinero que llamase á mi yegua negra que pacia libremente en un huerto vecino y la ensillase para mí. El manso animal viendo, despues de larga holganza, la silla que el jardinero traia sobre la cabeza, sacudió la crin, hinchó las narices, tendió el nervio de su cola en forma de penacho, galopó un momento en derredor del verjel espantando las alondras y haciendo brotar el rocío de la yerba á la presion de su casco; en seguida aproximándose alegremente á la barrera, presentó sus fuertes y lustrosos hijares á la silla y abrió su pequeño hocico al freno, cual si estuviese tan impaciente de llevarme como lo estaba yo de cabalgarla. Nadie sabe, á menos de haber sido vaquero, pastor, soldado, cazador ó solitario como yo, cuánta amistad hay entre los animales y su dueño! Este mundo es un océano de simpatías de que solo bebemos una gota pudiendo absorver torrentes. Desde el caballo y el perro hasta el ave y desde el ave hasta el insecto, desatendemos á millares de amigos. Vos sabeis que esas amistades no las descuido por

mi parte, y que desde la covacha del alano en el corral, al establo del cabrero, y del establo á las tapias del jardin donde siéntome al sol, conocido de los conejillos, de las comadrejas husmeadoras, de las ranas de voz plateada, campanillas del rebaño subterráneo, y de los lagartos, curiosos de ventana que asoman la cabeza á todas las hendiduras, tengo por doquiera relaciones y simpatías; *Honni soit qui mal y pense!* Soy como el vicario de Goldsmith, amo amar!

Partí solo, seguido de mis tres perros. Atravesé rápidamente la ondeada planicie que separa las márgenes del Saona de la cordillera de altas montañas negras tras las cuales profundízase el valle de *Saint Point.*

Cuando llegué al pié de esas montañas, puse la yegua á paso corto. El dia era de otoño, indeciso como la estacion entre la melancolía y el esplendor, entre la bruma y el sol. Algunas nieblas salian, como la humareda de una fogata de leñadores, de los desfiladeros por entre los troncos de abetos; fluctuaban un momento sobre los prados en declive al borde de los bosques; en seguida tan pronto como el viento las arrollaba en ligeros grupos de vapores, elevábanse, envolvíanme en un instante en un ropaje trasparente, y disipábanse remontando siempre y dejando algunas gotas de agua sobre las crines de mi cabalgadura. Pero despues de haber subido las primeras quebradas, cesó toda lucha entre la niebla de la montaña y la luz del medio dia. El sol

habia absorvido la humedad de la tierra; nadaban las cumbres en un aire estival. Un viento Sur tibio, sonoro, mediterráneo, preludio voluptuoso de equinóccio, soplaba del valle del Ródano, con los murmullos y rehilos alternativos de las ondas del mar Sirio, que vienen de minuto en minuto á estrellarse y á bañar con su espuma los cimientos del Líbano. Yo sabía que ese viento venia efectivamente de allí; que habia solo algunas horas soplara en los cedros y sollozara en las palmeras; aun parecíame oir, y casi sin hacerme ilusion, en esas ráfagas cálidas, las palpitaciones de la vela en los mástiles, el arfar de los barcos sobre las ondas encrespadas; el bullir de la espuma escurriendo de la proa, al levantarse esta de la oleada, como el agua que hierve al contacto de una plancha candente; los silbidos agudos del viento cuando dóblase un cabo; el choque del mar en los costados de la nave y los golpes sordos y huecos de la quilla de las chalupas, cuando el pescador las amarra en los escollos de Sidon.

Una aldeilla muy semejante á un villaje árido y piramidal de España ó de Calabria, elévase en lo alto con sus techos escalonados en gradas de tejas coloradas y con su iglesita de piedra gris bronceada al sol. Su campana de la cual veíase el bamboleo y la boca através de las ventanas de la torre, y oiase crujir y rechinar el mecanismo de vigas y tirantes, tocaba á medio-dia y á la hora de comer para los labradores del campo y los zagales de las montañas. Humaredas de sar-

mientos salian de dos ó tres chimeneas y huian impelidas á sotavento á manera de bandadas de palomas azules. Esa aldea era la mia, el hogar de mi padre despues de las borrascas de la primera revolucion, la cuna de todos nosotros, hijos de ese nido ahora desierto. Pasé sin entrar, delante de la puerta de mi patio; seguí con la cabeza baja, á lo largo del atezado muro abultado de piedras áridas, que guarnece el camino y circunda el jardin; no me atreví á detenerme ni aun á la sombra de siete ú ocho plátanos y del seto de enredaderas cuyas hojas amarillas inclínanse hácia fuera. Oíanse allí algunas voces: yo sabía que pertenecian á extranjeros venidos de lejos á comprarme mi hacienda, quienes á la sazon mensuraban las alamedas que aun conservaban las huellas de nuestros pasos, sondaban las paredes todavia impregnadas con nuestras ternuras de familia, y avaluaban los árboles nuestros contemporáneos y amigos, cuya sombra y frutos iban en adelante á verdear y sazonarse para otros que los mios!...

Agachéme para no ser visto por encima del vallado, y trepé sin dar vuelta á la montaña entapizada de brezos y de boj que domina la aldea. Luego doblé un promontorio de rocas cenicientas donde las águilas se aplacen, donde fracasa el viento aun en tiempo de calma; este promontorio ocultóme á Milly, y enmarañéme en otros desfiladeros desde cuya espesura solo el sonido de su campana venia á herirme el corazon.

Despues de haber andado, ó antes bien, encaramádome cosa de una hora por torrenteras de arena roja, atraves de los jarales y á la sombra del ramaje de inmensos castaños que entrelazasen á modo de serpientes dormidas al sol, llegué á la cumbre de aquellas sierras empinadas. Hay allí en el punto estrecho y culminante de la hoz ó garganta que forman, una cresta de algunos pasos de extension. Camínase buen tramo por ella sin dar con el descenso; la vista dilátase sin obstáculo segun que se mire á levante ó poniente sobre el vasto llano del Maconés, de la Bresa, y del Saona, ó bien sobre los sombrios y profundos valles de *Saint Point*, las cumbres, las árduas pendientes y los desfiladeros peñascosos, áridos y arbolados que ya se aglomeran ó derríbanse hácia la parte honda del país.

Cada vez que se llega á esa eminencia, el jadeante viajero hace en breve alto y no puede reprimir una exclamacion de asombro. Hasta el jumento, el mulo y el caballo conocen aquel panorama de Dios. Acortan el paso sin que se les tire la rienda y agachan la cabeza para olfatear el valle y para ramonear algunas matas ardidas por el viento al borde de la rambla.

Mi yegua recordó aquel sitio y el alto de costumbre; dióme un momento treguas á mirar hácia atras. Habria en que espaciar la vista un dia entero. Las agudas pirámides de las sierras peladas del Maconés y del *Beaujolais*, agrupadas á derecha é izquierda cual ondas de piedra

levantadas por una ráfaga del caos; sobre sus flancos numerosas aldeas; al pié una inmensa llanura cubierta de praderias sembradas de multitud de vacas blancas, y cruzada de una ancha línea tan azul como el cielo, lecho serpenteante del Saona sobre el cual fluctua, de distancia en distancia, el humo de los barcos de vapor; mas allá una tierra fértil, la Bresa, semejante á una espaciosa floresta. Mas lejos todavia un primer cuadro regular de alcores parduzcos, muralla del Jura que oculta el lago Leman; en fin, atras, aquel estribo de las montañas que parecen de aquí el primer peldaño de una escalera erguida contra el cielo—toda la cordillera de los Alpes desde Niza hasta Basilea, y enmedio de la cúpula cándida y rosada del *Mont Blanc*, catedral sublime techada de nieve que parece enrojecerse y derretirse en el éter, tornándose trasparente como la arena vitrificada expuesta al foco del sol, para dejar entrever á traves de sus paredes diáfanas, los llanos, las ciudades, los rios, los mares, y las islas de Italia.

Fuí arrancado de improviso á mi contemplacion por el galope de un caballo, el rebuzno de un asno y los gritos de un hombre azorado. Todo este ruido y este movimiento, oíanse á algunos pasos de mí detras del zarzal que separaba el sendero trillado de la montaña, del pequeño otero de musgo cercado de piedras áridas donde habia venido yo á buscar el arrimo del corpulento

castaño. Acudí al punto, salvé la cerca, y salí á la vereda. Mi yegua habia disparado; asustáronla los guijarros que hizo rodar á sus piés un caballo que pacia en un barranco contiguo sembrado de brezos bravios; quebró de una sobarbada los tronchos de acebo á los cuales la atara por la brida; galopaba yendo y viniendo en el camino cóncavo, detenida por las voces y ademanes de un viejo que alzaba y sacudia como á tientas con sus mano trémula un gran palo con el cual parecia querer resguardarse del peligro.

Llamé á *Safira*, es el nombre de mi yegua; aquietóse á mi voz, y vino á lamerme las manos y á entregárseme. Grité al anciano que se tranquilizase y me aproximé de él con la rienda en el brazo.

En ese buen hombre acababa yo de reconocer uno de los mas antiguos hueveros de estos montes, quien alquilaba por primavera á nuestra madre algunas burras para dar leche á sus pobres criadas enfermas, el mismo que tambien servíala de guia y de escudero, cuando paseaba á sus hijos por estas soledades elevadas, desde las cuales contemplaba ella á la naturaleza de mas alto y adoraba de mas cerca á Dios.

Dáse aquí el nombre de huevero á esos labriegos que andan de cabaña en cabaña y de huerta en huerta comprando huevos, ciruelas, manzanas, castañas, peras silvestres, llenan las árguenas de sus borricos, y van á vender con una pequeña utilidad á las puertas de las igle-

sias, despues de vísperas en las aldeas vecinas.

El que yo encontré era ya viejo y cascado en mi niñez. Creíale reposando desde muchos años bajo alguna de esas piedras de granito cubiertas de musgo, esparcidas á manera de tumbas en su reducido sembrado de cebada y de avena al rededor de su empinada choza. Desde aquel tiempo era enfermo de la vista; mi madre solia darle como remedio, una redomita en que recogia las lágrimas de la vid, sávia de la cepa que destila en la primavera un sudor balsámico que tiene, segun dicen, la virtud sin los vicios del vino. Ahora, casi centenario, parecia enteramente ciego, pues mientras de la una mano hacia visera, fijos al sol los ojos, cual si quisiese concentrar alguna sensacion de sus rayos, con la otra palpaba las piedras de la pared que corria el sendero, como para reconocer el lugar donde en el camino se encontraba.

»Tranquilizaos, tio *Dulcmps*, le dije acercán»dome, ya agarré el caballo, no asustará á vues»tro asno, ni tampoco os hará daño,» y detúveme á la sombra de un peral silvestre, delante del aldeano.

—»Hola, me conoceis, pues dijisteis mi nombre?» murmuró el ciego—«en cuanto á mí yo no »os conozco: cierto es que vá de mucho que no »puedo conocer á los demas sino en la voz; los »árboles y las paredes eso sí, no mudan de lugar; »pero los hombres no: andan de un lado para »otro, hoy aquí, mañana allí, corren como el agua

»y cambian como el viento; á menos de no ver-»los uno, no se sabe á quien se habla y ya mis »ojos no ven. Mas cuando me han hablado una »vez es otra cosa, los reconozco siempre en el »sonido de la voz: la voz es como quien dice una »persona en mi oido, pero no me acuerdo de »haber jamás escuchado la vuestra. ¿Qién sois, »pues, sino os ofende la pregunta?

«Ay! tio *Dutemps* le contesté—eso prueba «cuanto ha cambiado mi voz, así como mi sem-«blante, pues la habeis oido bien á menudo de-«bajo del añoso serbal que crece en vuestro pa-«tio, cuando recogíamos al pié del árbol las ser-«bas que la Magdalena vuestra mujer hacia ma-«durar entre paja, ó cuando llamaba á los sabue-«sos de mi padre, á la entrada del bosque, por «encima de vuestro sembrado de maiz.»

Echó hácia atrás la cabeza, quitóse el gorro, del que rodaron sobre sus mejillas cadejos de cabellos como el vellon blancos y finos, y retrocedió maquinalmente dos pasos.

—«¡Cómo, sois el señor Alfonso» exclamó (los labradores de estos contornos no conocian de mi nombre sino este) «solamente él ha cono-«cido á Magdalena, ha sacudido el serbal del «patio, ha llamado los perros de los cazadores «para echarles el pan de centeno delante de la «casa! Ah! cuanto gusto no tendria Magdalena «en volverle á ver, si ella viviese!» añadió con un acento de enternecido pesar.—«Si, soy yo, «tio *Dutemps* «le dije;» dadme vuestra mano,

«quiero estrecharla todavia en reconocimiento «de los buenos fogotes de leña que nos habeis «quemado, de las buenas galletas de maiz que «nos habeis cocido al calor de vuestro fuego, y «de la amistad que Magdalena, sus hijos y vos, «teníais por nuestra madre y por sus hijos; hace «mucho tiempo de esto, pero, lo veis, la me- «moria en el corazon de los niños es como la «brasa del hogar apagado durante el dia que «conserva la ceniza caliente y cuando viene la «noche, enciéndese de nuevo apenas se la re- «vuelve!»

—«¡Es posible! qué! sois vos!» replicó con un asombro que comenzaba á apaciguarse. «Ah! si; «hace mucho que no habeis venido á nuestra «tierra, que no veia humear ya el castillo, que «no se oian ladrar los perros allá en el jardin al «pié de las torres, que no pasaban ya los caba- «llos blancos conduciendo damas y caballeros á «los prados. Mi hija decíame: el pais está muer- «to; parece que la campana llora en vez de ta- «ñer; decian tambien que vos no volveríais «nunca; que por allá habia habido alboroto; que «se os habia nombrado uno de los reyes de la «república; y despues, que habian querido en- «carcelaros ó desterraros como en la época del «terror. Vino por primavera un buhonero que «vendia imágenes vuestras en la comarca, como «las de un grande de la república; en seguida «vinieron otros en otoño que vendian canciones «contra vos como las del bandido Mandoin! Bien

«he llorado cuando mi hija contóme eso un do-
«mingo, al volver de misa; ¿puede ser creible,
«dije, que aquel señor haya cometido todos
«esos crímenes, que él que no hubiera hecho
«daño á un animal cuando niño, haga correr la
«sangre de los hombres de Paris por malicia? Y
«despues algunos meses mas tarde dijeron que
«no era cierto; y luego ya no se habló mas
«nada!

—«Ay! tio *Dutemps*, le respondí, hay algo de
«cierto y de falso en todos esos rumores de nues-
«tras agitaciones lejanas, que han alcanzado á es-
«tos desiertos, como el estruendo del cañon Leo-
«nés cuando el viento está del mediodía, sin que
«de aquí pueda saberse si es el cañon de alarma,
«ó si es anuncio de fiesta. De igual modo solo
«despues de las revoluciones se sabe, si los hom-
«bres en ellas envueltos, son dignos de excusa ó
«vituperio.

«No hablemos de eso ahora. Vengo aquí para
«olvidarlos durante agunos dias, á este hermoso
«sol que la sangre y las lágrimas de los pueblos
«no empañan. Demasiado pronto me veré obli-
«gado, por deber, á volverme adonde se juega la
«suerte de los imperios, y á acarrearme todavía
«miserias y enemistades acá abajo, para captar-
«me en el cielo un juez indulgente y compasivo.
«Porque, lo veis, cada cual á su faena en este
«mundo, y preciso es desempeñarla á todo tran-
«ce. Estoy muy fatigado, pero aun no tengo co-
«mo vos el derecho de sentarme todo el dia al

«sol junto á la pared, y quién sabe si la ha-«brá...! Pero vos, tio *Dulemps*, hablemos de «vos; ¿vivís siempre allá arriba en aquella choza «á una legua de toda vecindad, al canto del há-«yal? Qué edad teneis? ¿Quién es el que azado-«na por vos la colina de arena? Quién sacude el «castañar? Quién cuida de vuestros jumentos y «de vuestras cabras? Desde cuando habeis perdi-«do enteramente la vista? ¿Y cómo pasais el «tiempo que Dios os ha medido mas largo que á «los demas hombres, pues segun creo sois el mas «antiguo del valle.

«Tengo ochenta años, respondióme; mi mu-«jer, Magdalena, ha muerto hace siete años; «ella era mucho menor que yo; todos mis hijos «han muerto, excepto la Margarita que era la «última de mis hijas, y á quien llamábais la «yerba doncella de los bosques, porque tenia los «ojos azules como esas flores que crecen á la «sombra, cerca del manantial. Enviudó á los «veinte y ocho años, y ha rehusado volver á ca-«sarse por venirme á cuidar, y á alimentar allá «arriba en la cabaña donde ha nacido y donde «permanecerá hasta mi muerte; tiene una niñita «y un chico que llevan los animales al campo y «que continúan á servir á mis marchantes de «huevos y de manzanas. Este reducido negocio «de que les dejamos el sobrante á los niños, ser-«virá para comprarles vestidos, ropa blanca «y el ajuar cuando estén en edad y tengan el «deseo de casarse. Margarita labra el sembrado

«de patatas y de alforfon, recoge leña seca pa-«ra el invierno, hace pan de centeno; por mi par-«te yo no hago mas de lo que veis,» añadió de-jando caer sus manos sobre las rodillas para significar el ócio en que vivia. «Cuido el as-«no, ó por mejor decir, él me cuida cuando los «chicos no están; pues para un animal es tan «viejo como yo lo soy entre la gente; él sabe que «no veo y por eso nunca se aparta mucho del «camino, y cuando quiere irse échase á rebuz-«nar que es un contento, ó bien viene á es-«tregar la cabeza contra mí cual si fuese un «perro, hasta que nos volvemos juntos á la «choza.

—«¿Pero los dias no os parecen muy largos «enteramente solo en los senderos del monte?» preguntéle.

—«¡Oh, no, nunca!» dijo «nunca me dura el «tiempo; cuando está sereno el dia, fuera de la «casa, siéntome en un buen lugar al sol, sea «contra una pared, un peñasco ó un castaño, y «veo en idea la llanura, el castillo, el campanario, «las casas echando humo, los bueyes que pacen, «los viajeros que atraviesan y platican andando «el camino; antaño los veia con estos ojos. Co-«nozco las estaciones, enteramente como en el «tiempo en que veia yo verdear la avena, segar «los campos, madurar los trigos, amarillear las «hojas del castaño, colorear las plumas de los «pájaros en los matorrales. Tengo ojos en las «orejas, «continuó sonriéndose;» téngolos en las

«manos y en las plantas de los pies. Horas en-
«teras me paso escuchando cerca de los panales
«las avispas que comienzan á zumbar en el cor-
«tijo, y que salen al despertarse una á una por
«su puerta, á saber si el viento es suave y si el
«trébol empieza á florecer. Oigo escabullirse
«los lagartos en las piedras peladas, conozco
«el vuelo de todos los insectos y de todas las
«mariposas en el aire que me rodea; el andar
«de todos *los animalitos de Dios* sobre la yer-
«ba ó sobre las hojas secas al sol. Ese es mi
«reló y mi almanaque, estais? Dígome á mí mis-
«mo, canta el cuclillo? es el mes de Marzo, y
«vamos á tener calor; el mirlo silva? es el mes
«de Abril; he allí al ruiseñor? es el mes de
«Mayo; el salton aparece? estamos en San Juan;
«chirria la cigarra? es el mes de Agosto; el
«tordo ha venido? es la vendimia, la uva es-
«tá madura; llegó la nevatilla, vinieron las cor-
«nejas? es invierno! Lo mismo acontece para
«con las horas del dia. Sé perfectamente la ho-
«ra que es, observando el canto de los pája-
«ros, el zumbido de los insectos, el rumor de
«las hojas que se levanta y apágase en el cam-
«po segun que sube el sol, pára ó baja en el
«cielo. Por la mañana todo es vivo y alegre; á
«mediodía todo mengua, á la tarde por un mo-
«mento todo empieza de nuevo, pero mas triste
«y mas breve; en seguida todo cae y todo cesa,
«¡Oh, yo nunca me fastidio! y despues cuando
«comienzo á aburrirme ¿para qué tengo esto?»

díjome resgistrando el bolsillo y sacando á medias su rosario. «Rezo á Dios bendito hasta que «mis lábios se cansan de repetir su santo nom«bre y mis dedos de repasar las cuentas. Quién se «fastidia hablando todo el dia á su rey que no se «cansa de escucharle?» añadió con una fisonomia de religioso entusiasmo. «¿Y ademas la «campana de Sain-Point no se oye aquí cinco ó «seis veces por dia? El.i me dice que Dios tam«bien piensa en mí.»

—Pero en invierno, repliqué, como si hubiera querido instruirme en mi provecho de todos esos misterios de la soledad, de la ceguera y la vejez.

—«Oh! en invierno, repuso el anciano, hay «el fuego del hogar, el ruido de las galochas de «los niños en casa, descortézanse las casta«ñas, desváinanse los guisantes, desgránase «el maiz, escarménase el cáñamo; para niugu«na de estas ocupaciones se precisa de la vista. «Trabajo todo el invierno á la lumbre char«lando con los chicos, ó con las cabras y las «gallinas que viven con nosotros, y descanso «el verano. Oh, no! el tiempo no me es largo; so«lamente á veces, buenas ganas tendría, como «ahora, de tornar á ver la cara de los que me en«cuentran en el camino y á quienes conocí en el «tiempo antiguo. Por ejemplo, ¿decidme, Señor, «si os place «prosiguió tímidamente» si teneis «siempre aquellos largos cabellos castaños que «os salian debajo del sombrero, y os azotaban

«las mejillas mas frescas que las de una mucha-«cha, cuando acompañábais á casa á vuestro pa-«dre, y que bebíais un trago de leche al pasar, «en la despensa de mi hija?

—«Ay, tio *Dutemps*, ha nevado sobre esos «cabellos desde entonces; el semblante del niño, «del jóven y del hombre, aseméjanse como el «árbol que plantásteis ha treinta años, al que «os dá su fruto en el otoño; es el mismo tronco; «no ya las mismas hojas.

—«Y teneis siempre aquellos hermosos caba-«llos blancos que galopaban en la vega junto al «castillo, y que decíais que habíais traido des-«pues de vuestros viages, del país de nuestro pa-«dre Abraham.

—«Murieron de tristeza y de vejez distantes «de su querencia y lejos de su dueño.

—«¿Pero es cierto que vais á vender estos «prados, estas viñas, esas arboledas, aquella «buena casa que el sol hace relumbrar al sol «como las paredes de una iglesia en lo interior «del país?

—«No hablemos de eso, tio *Dutemps*, Dios «es Dios; los prados, las tierras y las casas «le pertenecen, y él las cambia de dueño cuan-«do quiere! Yo no sé lo que ordenará de noso-«tros, pero acordaos siempre de mi padre, de mi «madre, de mi mujer y de mí, y cuando rezeis «vuestro rosario, reservad siete ú ocho cuentas «en memoria de ellos!»

Juzgábame dichoso por haber vuelto á en-

contrar ese anciano, cual regocíjase un hombre que despues de medio siglo dá de nuevo con sus huellas en un sendero por él atravesado en apacibles dias y que creia borradas para siempre. A cada tranco de mi caballo, al descender de las montañas, descubria yo mas un tramo del valle, de los lugarejos escondidos bajo los nogales, de mis jardines, de mis verjeles, de mi casa; mi vista deslumbrábase y humedecíase de reconocimiento en reconocimiento. De cada sitio, de cada techo, de cada árbol, de cada sinuosidad del terreno, de cada golfo de verdura, de cada claro del sol iluminado por los rayos rasantes del sol en ocaso, un relámpago, una memoria, un gozo, un sentimiento, una imágen parecian surgir y reflejarse en mis ojos y en mi corazon. Recordaba á padre, madre, hermana, infancia, juventud, amigos de la casa, contemporáneos de mis dias de júbilo y de fiesta, árboles predilectos, manantiales ocultos, animales queridos, todo lo que habia otrora poblado, animado, vivificado, encantado para mí ese valle, esas praderas, esos bosques, esas habitaciones.

Rechazaba como un fardo importuno tras de mí los años intermediarios entre la partida y el regreso; arrojaba aun mas lejos la idea de separarme para siempre de aquellos sitios deleitosos. Tenia doce años, tenia veinte, tenia treinta; miradas de mi madre, voz de mi padre, juegos de mis hermanos, conversaciones de mis amigos, primeros enagenamientos de mi vida, ladridos

de mis perros, relinchos de mis caballos, dilatacion ó abstracciones de mi alma alternativamente expansiva ó concentrada en sus extásis, madrugadas de verano, dias á la sombra, veladas de otoño en el hogar doméstico, primeras lecturas, preludios de poesía, melodías vagas, prematuros amores, todo renacia nuevamente, todo irradiaba, todo murmuraba, todo cantaba en mí como aquel canto de resurreccion, como el aleluya engañosa que oye *Margarita* en la iglesia, el dia de Pascuas, en el drama de Goéthe! Mi alma habíase transformado en un cántico de ilusiones!

Pareciame que encontraria al entrar al patio y al atravesar los umbrales de mi casa lo que el tiempo habia venido á arrebatarle! Si se hubiera anotado en verso aquel canto, seria el himno de la felicidad humana, el holocausto de la ventura terrestre vuelta á encender en el corazon del hombre por la vista de los lugares donde ha sido feliz.

Ese canto interior apagábase poco á poco á medida que avanzaba en mi camino. Mi yegua apresuraba el paso; trepaba el hondo atajo que sube del arroyo hácia el otero del castillo; los ágiles garañones y los potros que andaban paciendo en los vecinos prados acudian al ruido de sus pasos en las piedras; pasaban la cabeza por encima de los vallados que lindan el camino, saludábanla con sus relinchos y seguíanla por detrás de los setos galopando como para fes-

tejar á su antigua compañera de los campos.

Ay! á mí nadie salíame al encuentro; las hojas secas del jardin barridas por el viento y los torrentes sembraban únicamente el césped en otro tiempo tan verde y tan lozano, y alfombraban la entrada de la barrera entreabierta por la cual penétrase al cercado. Solo un perro, viejo y estropeado, arrastróse con dificultad hácia mí y lanzó algunos tiernos ahullidos, lamiendo las manos de su amo. Una chica de doce años que guarda las vacas en el corral entreabrió la puerta al ruido de los pasos de mi cabalgadura. Fué corriendo á anunciar mi llegada á la vieja sirvienta, que estaba hilando en un aposento de arriba. La pobre mujer bajó, cojeando, la escalera espiral y recibióme con una triste y curiosa familiaridad en la cocina inferior, donde la ceniza fria alfombraba el fogon. Luego alivié de la silla y de la brida á mi yegua, á la cual la pastorcilla franqueóle la barrera y la echó al pasto.

Despues de haber encargado algunas verduras y algunas frutas para mi comida, subí á las habitaciones y abrí los postigos cerrados hacia ya tres años. Empero, mas tristeza penetró en ellas con mas luz, porque al inundarla esta, con mayor evidencia mostróme su abandono. Solo algunas aves caseras, aquellos pavones por nuestra madre alimentados, se alegraron al ver cómo de nuevo las ventanas se abrian; miraron, volaron pesadamente del césped á la repisa de la

galería gótica en que teníamos costumbre de desmigajarles el pan; siguiéronme como antes buscando con la vista las mujeres, y picoteando el entablado resonante. La fidelidad de estas pobres aves me enternecía. Apresureme á bajar al patio para escapar á la inanimada soledad que me rodeaba. Solo seguíanme mis perros y pensaba yo en el dia en que seria necesario despedirlos tambien.

Para un hombre que ha vivido largo tiempo en un sitio predilecto, el jardin es una prolongacion de la casa, una habitacion sin techo; encierra los mismos secretos, los mismos vestigios ó idénticos recuerdos; los árboles, el verde, las alamedas desiertas, commemoran, presentan, conversan ó lloran como las paredes. En mi jardin volví á hallar todas las horas de otro tiempo al sol ó á la sombra, todas las poesías de mis libros y de mi corazon allí sentidas, escritas ó solamente ideadas durante los mas fecundos y espléndidos años de mi estio de hombre. Cada fuente murmuraba como otrora su nota por mí reproducida, cada rayo de luz sobre el musgo proyectaba su estampa en mis cuadros pintada, cada árbol regalábame su sombra, sus nidos, sus brisas en las hojas lozanas ó marchitas. Yo habia saboreado, recogido y repercutido esas impresiones en mis propias harmonías, todo existía aún, excepto el eco muerto ya, y el espejo ya enturbiado para reflejar tanta delicia.

Llegué arrastrando mis pasos sobre las ramas

amarillentas y sobre las arenas húmedas, hasta la puertecilla de un muro vetusto entapizado de yerba y de boj. Sabeis que el paredon de la iglesia hace sombra á la parte antigua del jardin y que comunícase por la puerta excusada del vallado con el cementerio de la aldea.

Sabeis tambien que he añadido á este cementerio, sombreado por añosos nogales, un pedazo de tierra cercenada al jardin, á fin de que ese terreno que he cedido al ayuntamiento del lugar fuese á la vez propiedad de la muerte y propiedad de la familia, y que si la necesidad nos despojase algun dia de la habitacion y del dominio de *Saint Point*, esa necesidad no hiciese en todo caso pasar aquel dominio de los muertos á manos de una familia extraña ó de un propietario indiferente.

Es en esa frontera entre el cementerio y el jardin en donde he fabricado el único edificio por mí levantado en la tierra, un pequeño monumento fúnebre, una capilla de arquitectura gótica rodeada de un cláustro formado de arcos abocinados de piedra esculpida que protejen algunas flores tristes y que se abren sobre una sepultura.

Allí es donde he recogido y traido de lejos cerca de mi corazon, el ataud de mi madre y de todo lo que he perdido en mi camino de mas amado y de mas sentido en este mundo.

Siempre que llego á *Saint Point* ó que parto para una larga ausencia, voy, al caer el dia, á

decir arrodillado un saludo ó un adios á aquellos queridos huéspedes del eterno reposo sobre ese umbral intermediario entre su exilio y mi felicidad. Recuesto mi frente contra la piedra que sola me separa de sus cenizas, converso en voz baja con ellos, les pido que me envuelvan en mi esterilidad con un rayo de su paz, en mis tinieblas con un destello de su verdad.

Hoy he permanecido allí mas largo tiempo y mas absorto en el pasado y en el porvenir que en ninguno de mis anteriores regresos. He leido por decirlo así mi vida entera sobre aquel libro de piedra de tres sepulcros: infancia, juventud, albores del pensamiento, años en flor, años en fruto, años marchitos, gozos inocentes, devociones santas, afectos espontáneos, estudios entusiastas, extravíos perdonados de la adolescencia, pasiones nacientes, adhesiones sérias, viajes, faltas, arrepentimientos, dichas sepultadas, cadenas rotas, cadenas reanudadas de la vida, penas, esfuerzos, trabajos, agitaciones, peligros, combates, victorias, elevaciones y desmoronamientos de la edad madura sobre las grandes ondas del océano de las revoluciones, para hacer avanzar un grado mas el espíritu humano en su navegacion al infinito! En seguida los resfriamientos de fé, los embates del destino, los martirios del ánimo, las pérdidas del corazon, la expropiacion obligada de las cosas ó de los lugares en los cuales nos hemos arraigado, los trasplantes mas penosos para el hombre que para el ár-

bol, las injusticias, las ingratitudes, las persecuciones, los destierros, la laxitud del cuerpo precediendo á la del alma, la muerte siempre á la mitad del camino.

Todo esto ha rodado zumbando, yo no sé cuanto tiempo en mi cabeza, como el torrente de mi vida que se precipitase de golpe despues de un turbion, de todas las montañas, y hubiera vuelto á ocupar su cáuce desecado. La tumba era para mí la piedra de Moisés, de donde todas las aguas manaban; abrí mi corazon como un raudal y la oracion escapose de él en grandes ondas con el dolor, la resignacion y la esperanza, y mis lágrimas tambien corrieron, y cuando aparté mis manos de los ojos, y que las puse sobre la lápida para bendecirla, ellas hicieron una señal húmeda sobre la piedra blanca.

Un ruido me hizo levantar sobresaltado. Era una sorda y monótona salmodia que salia de una ventanilla de reja á un costado de la iglesia, muy cerca de mí. Limpiéme la frente y las rodillas para dar la vuelta al edificio, y entrar en él por la puertecilla que cae al mediodia del lado opuesto. Detúvome en el primer escalon el encuentro de un pequeño féretro sobrepuesto de un paño blanco, y de dos ramilletes de rosas blancas tambien, que llevaban cuatro jóvenes de una aldeilla de estos montes. El viejo cura los seguia recitando algunos versículos de la liturjia latina sobre la brevedad de la vida: un padre y una madre lloraban vacilantes detrás de él.

Yo seguí con ellos en direccion á la fosa, eché á mi turno las gotas de agua, imágen de las gotas de lágrimas sobre el ataud de la jóven, y me retiré sin haberme atrevido á mirar al pobre padre.

He pasado la noche escribiéndoos: este corazon tiene necesidad de gritar cuando está herido. Doy gracias á Dios de haberme dejado en el vuestro un eco que me devuelve hasta el ruido de mis lágrimas sobre el papel. Adios!

**Post-Scriptum.**

Pensándolo bien, tenia que escribir mañana una conversacion, para explicar á mis lectores lo que eran las *Harmonías*. Voy á copiar esta carta, suprimiendo lo demasiado íntimo; nada puede explicar mejor lo que es una *harmonía*: la juventud que se despierta, el amor que se sueña, la vista que contempla, el alma que se eleva, la oracion que invoca, el duelo que llora, el Dios que consuela, el extásis que canta, la razon que piensa, la pasion que fracasa, la tumba que se cierra, los ruidos todos de la tierra en un corazon sonoro, son estas harmonías. He escrito algunas en verso, otras en prosa, millares de otras no han resonado jamás sino en mi pecho. Que el lector se escuche á sí mismo vivir y sentir, y escribirá algunas mas melodiosas y mas verdaderas que estas; la vida es un cántico de que toda alma es una voz.

LAMARTINE.

# Á ELVIRA.

**(Traduccion de Lamartine.)**

Sí, el Anio de Cíntia el dulce nombre
En las rocas de Tíbur aun murmura;
Valclusa ha conservado
Con inmortal renombre
El de Laura adorado,
Y hasta la edad futura
Dirá siempre Ferrara el de Eleonora:
¡Feliz la hermosa que el poeta adora!
¡Feliz el nombre amado
Por su harmoniosa lira consagrado!
Tú á quien su alma en secreto está rendida,
Oh! sí, puedes morir: él en el tiempo
Imprime á cuanto adora eterna vida,
Y el amado y la amante
Igualando su vuelo,

Suben del genio en alas hasta el cielo.
Ah! si mi barca frágil, zozobrante,
Fuese al puerto impelida
Por mas benignas auras; si en mi oriente
Astros mas bellos su esplendor me dieran;
Si el lloro de una amante haciendo amiga
La fortuna inclemente,
De la muerte enemiga
Disipara las sombras en mi frente!
Quizás.... Oh! si, perdon númen del canto!
Osaría quizás, ¿qué no osa el que ama?
Igualar mi ambicion á aquesta llama
Que me inspira, y en himnos sublimados,
Y en delirante acento,
Dejar de nuestro amor un monumento:
Así el viajero que descansa un punto
Al abrigo del valle solitario,
Antes de continuar la ardua jornada,
Se complace en dejar allí grabada
Su cifra, en algun tronco hospitalario
De que gustó la sombra regalada.

¿No veis cual todo cambia ó muere en torno?
Pierde la madre tierra
Sus frutos, y su adorno
La selva hojosa pierde;
El rio en la honda mar se abisma; queda
Á un soplo de los vientos
Marchito el prado verde;
Y el carro del otoño recibiendo
El rudo empuje del invierno, rueda

Del año en la pendiente,
Como un gigante armado y prepotente,
Los seres todos al acaso hiriendo.
En su vuelo incansable
El Tiempo con la Muerte al huir renueva
Este universo instable!
Cae en perpétuo olvido
Cuanto segando va con fiera mano:
Ve así caer un rápido verano,
De los espigadores en la cesta,
Su corona de fiesta;
Y la viña feraz que amarillece,
Ve que el fecundo otoño sus opimos
Y dorados racimos,
del vendimiante al carro los ofrece,
De este modo tambien caereis vosotras
¡Oh breves flores de la vida! ardiente
Amor, placeres, juventud, belleza;
Belleza fugitiva, almo presente
Que el cielo mismo envidia á los mortales;
Así caereis si el genio en su grandeza
No os levanta en sus palmas inmortales!
Contempla compasiva cual se embriaga
En brazos del placer, rica de encantos,
La vulgar juventud: cuando agotare
La copa en que su sed ardiente apaga
¿Qué de ella en pos? apenas un recuerdo;
Su amor al borde del sepulcro espira.....
Mas vanamente tu mansion mortuoria
Siglos y siglos hollarán; Elvira
Eterna es tu memoria!

# CANTO DE AMOR.

## POESIA DE LAMARTINE.

(TRADUCCION.)

Nápoles, 1822.

Si tú imitar pudieras ¡oh lira! el tremulante
Susurro que alza el aura, de la arboleda errante
Vagando entre el dosel;
Del lago en estas vegas el plácido murmullo,
O, cuando juega á orillas del agua, el tierno arrullo
De la paloma fiel;

Si cual la frágil caña que el viento ébrio de aroma
Columpia, repitieses aquel sublime idioma,
Secreto divinal,
Que al modo que los ojos, los ángeles amantes
Se hablan sin palabras, del alma fulgurantes
En la region ideal;

Si la harmonía fácil con que tu voz exhalas,
Acariciando esta alma que desplegó sus alas
Al soplo del amor,
Flotar entre ilusiones hiciérala, indecisas,
Cual á las blancas nubes las celestiales brisas
En el purpúreo albor;

En tanto que mi amante dormita entre las flores,
Velando mis suspiros, mis cántigas mejores
La diera en grato afan;
Tan puras como el éxtasis que al verla me domina,
Tan suaves como en sueños la música divina
Que las esferas dan.

Diría, abre los ojos mi luz, déjame en ellos
Oh, deja, sí, contemple feliz, mi vida—y bellos
Revélenme tu amor;
Tu lánguida mirada mas dicha en mí destella,
Que al que en tinieblas, yace, la fúlgida centella
Del astro vencedor.

* *
*

Doblado tiene un brazo so el cuello que lo oprime,
En la alba frente el otro que en medio la comprime,
La cáe con morbidez;
Así una blanca tórtola para dormir inclina
La sien, y sobre el párpado despliega el ala fina
Con dulce languidez.

Del seno el suave anhélito que exhala ténue y vago,
Se mezcla á las oleadas harmónicas del lago
Que arrulla gemidor;

De sus pestañas negras la sombra temblorosa,
Semeja en su semblante la imágen vaporosa
De un sueño volador.

Cuán plácido es tu sueño ¡oh lirio de inocencia!
¡Con que igualdad tu pecho se agita! qué cadencia,
Qué fácil respirar!
Dos olas argentadas por la luciente luna,
Tan suaves en la playa no vienen una á una
Besándola, á espirar!

* *
*

Consiente de tus lábios de rosa el perfumado
Y fresco aliento aspire... ¡Oh Dios! te has desper-
(tado!
El cielo azul turquí
Tus ojos adormidos procura dulcemente;
Mas tú al abrirlos suaves al dia refulgente,
Los fijas solo en mí.

* *
*

Ah! de ambos la mirada vivaz, larga, profunda,
Cual dos rayos divinos, en uno se confunda,
Llevando con ardor
A nuestros corazones la llama temblorosa,
Aquel interno fuego que al alma fervorosa
Tan solo dá el amor!

Hasta que alguna lágrima furtiva, nube errante,
Bañando tus pupilas, anúblete el semblante
Con sombras de pesar,

Como al nacer la aurora, de la mañana el llanto
Que pinta y que recogen las orlas de su manto,
Su luz viene á empañar.

* *
*

Háblame ¡cuánto me encanta
Tu voz mediosa! canta
Aun si callas en mi ser,
Y cual un templo al acento
De los númenes, me siento
Reanimar y estremecer.

Una palabra, un suspiro,
Luego el silencio—te miro
Y basta; sé adivinar
Tu idea que en mi alma brilla,
Como el musgo de la orilla
Comprende el rumor del mar.

De tu boca el suave aliento,
Una sonrisa, un lamento,
Hácenme el pecho latir;
Tiernamente así una lira
Vibra, si el aura que espira
Leve sus cuerdas va á herir.

¿Por qué el rostro me ocultas con tus cabellos? deja
Que de él celosa aparte mi mano esa madeja.
¿Te ruboriza acaso, mi encanto, tu hermosura?
Tambien la aurora en rosas su candidez purpura.
¡Pudor, sonrojo santo ¡oh instinto misterioso,
Que dá mas sombra á aquello que brilla mas radioso

Como si la belleza, del cielo luz divina,
Debiese habitar solo su esfera cristalina!

Tus ojos vivos raudales
Son que el cielo azul procura,
Mirándose en sus cristales
A traves de la espesura.
Tus pensamientos flamantes
En ellos rayos brillantes
Reflejan; así âl hender
Los cisnes el aire manso,
Vése en el limpio remanso
Veloz su sombra corrrer.

Tu sien ora en tul velada,
Descubierta y libre ora,
Es una noche azulada
Que está á espera de la aurora;
Y tu boca sonriente
La ola pura y decreciente
Que hacen las brisas huir,
Y del borde á que se aleja
A los ojos que atráe deja
Contar las pelas de Ofir.

Son tus manos soberanas
Dos transparentes cestillas,
Sus dedos de rosas granas
Les festonan las orillas.
Besa el césped tu ligera
Leve planta, y hechicera
La gracia como un laud

Celeste, tus pasos guia,
Y su ritmo y harmonía
Te impregnan en su virtud.

* *
*

¿Por qué castos y ardientes el seno me traspasan
Tus ojos? Ah! mitiga el fuego en que me abrasan,
Le aparta, ó moriré!
Mas nó, vén, ven, levántate, y en amoroso lazo,
Sobre el florido césped, ciñéndote mi brazo,
Tu talle sostendré.

* *
*

De un lago azul al márgen se enhiesta una colina
Cuya verdeante cumbre con suavidad se inclina
La linfa á contemplar;
El sol durante el dia refléjase en el onda,
Y al céfiro marino las sombras de la fronda
Fluctúan sin cesar.

De dos viejas encinas asidos al ramaje
Se enredan los sarmientos de fresca vid salvaje,
Y arlando en grata union
Sus copas, las realzan los pámpanos sagrados,
Que se éntran por los valles lucientes, sombreados,
En vívido feston.

Allí en el flanco hendido de un risco, una caverna
Se encuentra, verde gruta do la paloma tierna
De amores va á gemir;
La vid, la higuera fértil, la ocultan, la entapizan,

Y en ella el dia miden los rayos que deslizan
De un cielo de zafir.

La noche y la frescura de sombras tan discretas,
Conservan de las húmedas y pálidas violetas
El tímido color;
Un manantial sonoro de entre la piedra brota,
Y canta ó se lamenta filtrando gota á gota
Su virginal licor.

Detras de esa cortina de rústica verdura,
Se ve tan salo el éter, el agua en que fulgura,
Y en su cerúlea faz;
Del pescador la vela que al encubrir hinchada
Su barca, aquel espejo del cielo hiende alada
Cual pájaro fugaz.

Apenas si se escucha la ola plañidera
Que como un largo beso murmura en la ribera,
Del aura el vago son,
De Filomena el canto cadencioso y flébil,
Ó unidos de nuestra alma con el suspiro débil,
Los ecos del peñon.

*
* *

Vén, aquel sitio apartado
Procuremos, hasta ver
Se hayan sus flores cerrado
Del sol al rayo postrer.
Ese, mi estrella, es tu cielo;
Levanta, levanta el velo,
Tu esplendor difunde allí;

Habla, canta, sueña, llora,
Mas detén encantadora
Tu mirada errante en mí.
Deja siempre el musgo en rosas
Donde tú en descanso estés,
Y del lecho en que reposas
Deja me siente á tus piés.
Feliz la grama que huellas,
El boton que habren tus bellas
Manos, de rico frescor,
Y esas corolas bermejas,
Que libas cual las abejas
Que aman del campo la flor.

Si el lirio mustio que arrojas
Flota en la linfa de añil,
Ó del ramo que deshojas
Gozo la esencia sutil;
Si tu cabello ondeante
Por mi rostro, al labio amante
Perfumado llega, ó bien
Si alcanzo á sentir tu aliento,
De la muerte el ala siento
Rozar mi pálida sien.
Recuerda el dichoso instante
En que un númen inmortal,
Te esparció en mi vida errante,
Grata sombra en campo erial.
Desde entónces fortunada
Nuestra existencia hermanada
Dando un solo resplandor,

Es un cáliz siempre lleno
En que apura ávido el seno
La inocencia y el amor.

*
* *

De tí envidioso un dia el tiempo helado, aleve
Tu fausta primavera marchitará flor breve
Que pasa en el vergel.
Y agostará en tu boca graciosa y purpurina
Ay Dios! los raudos besos de que eres tan mezquina
En su estacion de miel.

Mas cuando el llanto anuble tu frente, que los años
Fugaces, desluciendo tus gracias, desengaños
Te brinden y el dolor,
Que en vano en tu memoria procures y en la calma
Del lago azul tu imágen—contémplala en mi alma
Risueña en su esplendor.

Allí tu beldad siempre florece, y siempre amado
Y eterno tu recuerdo palpita, resguardado
Por mi fidelidad,
Como de una áurea lámpara, la vírgen consagrada
Cruzando el templo, encubre con mano delicada
La ardiente claridad.

Y cuando blanda llegue de un otro amor seguida
La muerte, y que la antorcha de nuestra doble vida
Fatal venga á extinguir—

Al lado de tu tálamo tambien extienda el mio,
Y asidas nuestras manos, ni aun el sepulcro frio
Nos pueda dividir.

Mas ántes este valle de lágrimas crucemos,
Como esos tiernos cisnes que en el otoño vemos
Del uno el otro en pos,
Partir, acariciándose, de sus calientes nidos,
Y hácia los dulces climas que van buscando unidos
Volar de dos en dos!

FIN.

# ÍNDICE.


| | Páginas. |
|---|---|
| Prólogo. . . . . | V |
| Maquiavelo y su siglo. . . . . | 1 |
| Mugeres griegas. . . . . | 61 |
| Los padres y los hijos del siglo XIX. . . . | 102 |
| Las pálidas viajeras. . . . . | 123 |
| Fragmento del canto VI de la Iliada. . . | 130 |
| Literatura rusa.—Tres encuentros. . . . | 136 |
| María Estuardo. . . . . | 180 |
| Carta de Lamartine á Mr. D'Esgrigny. . | 202 |
| A Elvira. . . . . | 232 |
| Canto de amor. . . . . | 235 |

# TIENDA DE NOVEDADES

DE LAS

**MEJORES FÁBRICAS FRANCESAS, INGLESAS, ALEMANAS Y ESPAÑOLAS.**

## DE JUAN MANUEL VILLARINO.

Este antiguo y acreditado establecimiento que durante 20 años ha estado abierto en la calle de la Florida, esquina de Cuyo, se ha trasladado á la de Piedras 69, esquina Moreno 176, en donde se encuentra un escogido y abundante surtido de toda clase de géneros como siempre ha tenido.—BUENOS AIRES.

---

# GRAN DEPÓSITO.

De tripes y alfombras para altares.—Esteres, damascos de seda y cortinas bordadas por mayor y menor.—Casa especial en estos ramos de **R. Aspiunza Gonzalez y Comp.**—FLORIDA, 130.

Se reciben gustos nuevos por todos los paquetes.

NOTA.—La casa estará abierta solamente desde las ocho de la mañana hasta la oracion.

---

# A. MANIGOT ETC. C.IA

## CASA INTRODUCTORA.

Artículos finos para hombres, calzado, medias, camisería especial. —Recibe calzado de todas las fábricas de Europa por cada vapor.—

FLORIDA 27 Y 29.

---

## CASA INTRODUCTORA POR MAYOR Y MENOR.

ROPA BLANCA

PARA HOMBRES

—

SOMBREROS.

ARTÍCULOS

DE VIAJE.

—

NOVEDADES.

MARCA DE FABRICA

# P. BURGOS Y C.IA

CALLE DE FLORIDA NUM. 105, ESQUINA CANGALLO.

GUANTES, BASTONES

PARAGUAS.

**Buenos Aires.**

PERFUMERIA FINA.

## CASA DE REMATE Y COMISIONES

**DE PABLO ESCALANTE.**

SAN MARTIN 154.

Se encarga de vender á comision en remate toda clase de mercaderias, ya sea en casa ó fuera de ella. La casa anticipa dinero por toda mercaderia que se le mande para vender en remate.—Dias de remate, los miércoles y viernes.

---

SEGUNDA ÉPOCA.

## CIGARRERÍA DEL PLATA DE GHIGLIASSA H.NOS

FLORIDA NÚM. 2, ESQUINA Á RIVADAVIA.

**BUENOS AIRES.**

---

## SOMBRERERIA DE LA ELEGANCIA.

DE A. JOURDAN. A. TRONCHON.

**Gerentes.**—FLORIDA 109.

Guantes, cuellos, camisas, corbatas, bastones y paraguas.

BUENOS AIRES.

---

## KOOKE, PARRY ETC. C.ª

DEFENSA, 91.

Cerveza blanca, marca Bass.—Cerveza negra, marca Guinness.—Galletitas, marca Huntley de Palmer. Cognac, fine Champagne, marca Washington Norton.—Vinos finos de Burdeos.—Té.—Jerez en casco y cajon, marca Cutler, Palmer etc. C.ª—Oporto.—Jamones ingleses, marca Coplan etc. C.ª—Quesos.—Salsa inglesa, marca Lea etc. Perrins.—Conservas, marca Crosse etc. Blackwell.—Mostaza, marca Colman.

---

# BIBLIOTECA
# HISPANO-SUR-AMERICANA.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

**Buenos Aires, Salta núm. 324.**

CONDICIONES DE LA SUSCRICION EN AMÉRICA.

Por dos años de publicacion ó sean 24 tomos, peso m|c. 600.